

Entre heladas y miradas

Eva Bennett

Entre heladas y miradas

Eva Bennett

Copyright ©2026 Eva Bennett
Eva Bennett
c/o WirFinden.Es
Naß und Hellie GbR
Kirchgasse 19 65817 Eppstein
Todos los derechos reservados.
Aviso legal: Publicado de forma independiente
Imágenes: Canva

ÍNDICE

Capítulo 1 2
Capítulo 2 10
Capítulo 3 23
Capítulo 4 34
Capítulo 5 38
Capítulo 6 48
Capítulo 7 52
Capítulo 8 61
Capítulo 9 65
Capítulo 10 67
Capítulo 11 75
Capítulo 12 83
Capítulo 13 89
Capítulo 14 97
Capítulo 15 105
Capítulo 16 109
Capítulo 17 113
Capítulo 18 117
Capítulo 19 121
Capítulo 20 127
Capítulo 21 131
Capítulo 22 139
Capítulo 23 142
Capítulo 24 149
Capítulo 25 159

Capítulo 26 165
Capítulo 27 169
Capítulo 28 173

A veces, el camino hacia adelante nos lleva precisamente al lugar al que nunca quisimos volver.

Mara regresa a su ciudad natal debido a la enfermedad de su madre, decidida a quedarse solo el tiempo estrictamente necesario. Pero cuanto más tiempo pasa allí, más claro tiene que la ciudad la necesita. Y ella necesita respuestas que ha evitado durante años.

Lena conoce esta ciudad al dedillo. Sabe lo que se puede mostrar aquí y lo que es mejor ocultar. Sobre todo, si se ama a las mujeres.

Cuando sus caminos se cruzan de nuevo, el pasado y el presente chocan. Entre la responsabilidad, el miedo y la cercanía, surge una pregunta decisiva: ¿cómo se puede vivir con honestidad sin perderlo todo?

CAPÍTULO 1

Mara, 15 años antes

Pensé mucho si debía ir. Demasiado, en realidad. La invitación no vino directamente de ella, sino a través de tres rodeos, como casi todo en mi vida. Alguien había hablado en voz alta en la cafetería de que el sábado habría una fiesta «en casa de Mason», y otra persona había dicho que «todo el mundo podía venir», y yo había fingido que no me concernía. Como si yo no fuera alguien que se aferra a las palabras como a un salvavidas.

Había nevado toda la tarde. No era una nieve romántica, una capa ligera y esponjosa, sino esos copos pesados y húmedos que lo cubren todo de gris al instante. El tipo de nieve que se te cuela por el cuello y se derrite allí, hasta que te preguntas por qué has salido. Minnesota, vaya. El invierno aquí no era nada suave. El invierno era algo que había que soportar.

Estoy en mi habitación delante del espejo y miro mi reflejo como si fuera el de una desconocida. Dieciséis años. Hombros demasiado estrechos. Ojos demasiado grandes detrás de unas gafas que solo elegí porque eran prácticas. Intento imaginar cómo me vería ella, si es que se fijara en mí. La imagen seguía siendo borrosa.

Ella era diferente. Siempre lo había sido. Se movía por los pasillos del instituto como si le pertenecieran, como si las taquillas, las voces y las miradas fueran solo su telón de fondo. Es increíblemente

genial. La vi por primera vez en otoño, cuando salió riendo de un aula, rodeada de gente que parecía un poco más alegre a su lado. Su belleza no tenía nada de ostentoso. No tenía que esforzarse. Simplemente estaba ahí.

Cuando nos pusieron juntos en la clase de Biología, maldije por dentro. Los trabajos en grupo eran mi pesadilla. Significaban conversaciones y expectativas, a veces también errores delante del público, porque siempre me ponía muy nervioso. Pero ella simplemente se sentó a mi lado, pronunció mi nombre correctamente, sin esa vacilación que tenían los demás cuando se preguntaban si valía la pena intentarlo. *«¿Mära? ¿O Merra?».* Esa era la pregunta habitual. Simplemente Mara, por favor. Gracias.

«Eres bueno en esto, ¿verdad?», me había dicho Lena, señalando mis apuntes.

Asentí con la cabeza, quizá demasiado rápido. Entonces ella sonrió y algo dentro de mí pensó que aquello podría ser el comienzo de algo.

Ahora me pongo mi camisa de franela. Mi compromiso entre la comodidad y el deseo de encajar. No es bonita, pero tampoco es vergonzosa. Me recojo el pelo castaño, lo suelto y vuelvo a recogerlo. Al final, lo dejo suelto, porque en realidad me gusta bastante. Mi madre me grita desde la cocina que me abrigue bien. Se lo prometo. Una camisa de franela es muy abrigada.

La casa es más grande de lo que esperaba. Una luz cálida sale por las ventanas. Me quedo un momento parada en la acera y escucho el sordo golpeteo de la música que atraviesa el frío. Mi corazón se adapta al ritmo. Por un instante, pienso en marcharme. Pero luego me esfuerzo por seguir adelante. Todo irá bien.

Dentro hay mucho ruido y bullicio. Además, huele a alcohol. De repente, vuelvo a sentirme un poco fuera de lugar. Una cosa está clara: hoy no voy a beber aquí. Conozco la ley y no me apetece poner a prueba mi valor.

Me quito la chaqueta, la sostengo un momento en las manos, como si no supiera dónde ponerla, y finalmente la cuelgo en una silla que parece haber visto mejores noches. Entonces la veo. Lena. Es aún más guapa que en el colegio, lo que es casi injusto. Algunas

personas tienen peor aspecto en las fiestas, como si estuvieran pintadas. Ella no. Parece como si este lugar hubiera sido creado para ella. Como si pudiera respirar en sitios como este.

Siento esa conocida punzada de envidia y admiración, aunque no quiero. Me obligo a no ir inmediatamente hacia ella, porque no quiero parecer alguien desesperado o algo así. Así que hago lo que siempre hago: observo.

Se ríe mucho. La gente se inclina hacia ella, la escucha. A veces echa la cabeza ligeramente hacia atrás cuando se ríe, y me pregunto si sabe lo que provoca con eso. Lo mucho más guapa que parece entonces. Probablemente lo sabe. Hay que saberlo para ir por el mundo así.

Cuando nuestras miradas se cruzan, casi me siento aliviado. Por fin. Asiento con la cabeza, casi imperceptiblemente. Ella me mira como si estuviera reconociendo un rostro de un viejo sueño. Luego se da la vuelta. Quizás solo sea mi imaginación. Soy bueno exagerando las cosas. Cojo una bebida, aunque no tengo sed. Lo importante es no estar aquí solo. El vaso me resulta extraño en la mano. Le doy un sorbo y frunzo el ceño por dentro. Demasiado dulce. Como algo que intenta disimular otra cosa. Espero que no sea alcohol.

Vuelvo a buscar a Lena con la mirada, pero no la veo por ninguna parte. Ya ha pasado suficiente tiempo como para hablar con ella. Si me atrevo, claro.

De repente, está a mi lado. ¡Oh, mierda!

Mi cuerpo reacciona más rápido que mi cabeza. Mi corazón late como un loco contra mis costillas y mis hombros se tensan. No hay nada como la maldita espontaneidad.

«Hola», dice ella.

«Hola», respondo, y suena más esperanzado de lo que quiero. Ahora no puedo parecer desesperado.

«¿Estás bien?».

Cuando pueda volver a respirar con calma, ¡por supuesto! «Claro, ¿y tú?».

«Sí». Me mira. «¿Quién te ha invitado?».

«Eh...». ¿Es posible que no le parezca tan genial que esté aquí? Me lo replanteo mentalmente. Al fin y al cabo, nos llevábamos muy bien.

Jackson se une a nosotros. Es uno de esos que nunca han tenido que pensar si encajan o no. Su presencia lo domina todo, un poco como la Lena masculina, pero por desgracia es megaarrogante. Su presencia cambia el ambiente. Automáticamente me hago más pequeña sin moverme.

«¿Quién es?», le pregunta a Lena mientras me mira de arriba abajo.

«Mara». Por la forma en que Lena lo dice, parece un poco aburrida. ¿Por qué? Somos amigos...

«¿La empollona que hace tus deberes?», pregunta él.

¿Qué demonios? ¿Está loco?

«Sí», confirma Lena. Así, sin más.

La palabra no me golpea como un puñetazo. Es más bien como un jarro de agua fría. De repente, todo queda claro. No soy alguien a quien presentar. Soy una nota al margen. Una función.

Espero. Espero una sonrisa. Espero un «no te lo digo con mala intención». Espero cualquier cosa. Pero no llega nada.

Me quedo unos segundos más, por rebeldía o por shock, no lo sé. Luego me voy. Y nadie me detiene.

Afuera, respiro el aire frío como si tuviera que expulsar algo de mi interior. Me arden los ojos, pero me niego a llorar. Las lágrimas habrían significado que era importante.

La nieve cruje bajo mis pies. Camino por la calle, alejándome de la música y de la luz. Mi respiración se acelera y finalmente se calma. Con cada paso me siento más ligera y más pesada al mismo tiempo.

Pienso en la clase. En el lunes. Y en cómo me miraría. Si se acordaría. Si se avergonzaría. O si simplemente volvería a ser «una empollona más».

La nieve me cae en la cara. Siento su frío en los labios. Es como si me devolviera a la realidad y me mostrara cuál es mi lugar. Afuera, fuera de la luz.

Quizás este sea el momento en el que uno aprende que la cercanía a veces solo se siente así hasta que alguien más entra en la habitación. Un Jackson que está por encima de las cosas.

Me abrocho la camisa de franela y sigo caminando. Completamente sola. No me pongo la chaqueta porque ahora necesito el frío. Necesito sentir la realidad con urgencia para no caer en ninguna ilusión.

Aún no he cruzado la puerta de casa y mamá ya sabe que algo no va bien. Siempre lo sabe. Quizás porque suelo andar más despacio. O porque cuelgo la chaqueta cuidadosamente en el perchero, en lugar de tirarla sobre la cómoda como suelo hacer.

«¿Mara?», grita desde el salón.

«Aquí estoy», respondo rápidamente.

Me quito los zapatos sin sentarme, dejando que el frío penetre en mis pies como si me lo mereciera. El reloj de la cocina hace demasiado ruido. De repente, todo lo demás está muy silencioso.

Mamá se levanta antes de que pueda explicarle nada. Se acerca como si no hubiera nada más importante que yo en ese momento.

«¿No era lo tuyo?», pregunta en voz baja.

Niego con la cabeza. Luego asiento y me encojo de hombros. Las palabras se atascan en algún lugar entre la garganta y el pecho, como si ellas mismas no supieran si pueden salir. Me pone la mano en la espalda, me lleva al salón y me empuja hacia el sofá. Lo dejo hacer. Estoy cansada de contenerme.

«Cuéntame», dice.

Así que le conté, pero no todo. Solo le dije que me sentía fuera de lugar. Que alguien había dicho algo descuidado. Que me había dolido, aunque no sé por qué.

Mamá escucha. Me mira como si fuera algo frágil, pero importante. Como si hubiera que mirar con atención para no perderse nada.

Cuando termino, se queda en silencio un momento. Luego me toma la cara entre las manos, con mucho cuidado, como si tuviera que comprobar que sigo ahí.

«Sabes», dijo, «algunas personas solo ven lo que es ruidoso».

Frunzo los labios. «Entonces nunca me ven a mí».

Ella niega con la cabeza. «Sí. Pero no las adecuadas. Todavía no».

Suspiro.

«Mamá», le digo, «no soy guay. Nunca lo seré».

Ella sonríe un poco. «Por suerte. Ser guay es algo pasajero. Ser inteligente, no».

Doblo las rodillas y las abrazo con los brazos. De repente, la tela de mis vaqueros me parece áspera.

«Eres inteligente», dice con calma. «Y atento. Escuchas. Reflexionas. No te rindes fácilmente. Eso te llevará más lejos de lo que ahora puedes imaginar».

«Pero ahora mismo no me lleva a ninguna parte», murmuré.

Mamá me acaricia el pelo. Una y otra vez. «No todo lo que importa tiene un efecto inmediato», dice. «Algunas cosas necesitan tiempo. Como tú».

Quiero creerla. Me gustaría ver la imagen que tiene de mí. Alguien que más tarde llegó a alguna parte. Pero en mi cabeza sigue habiendo otra imagen: yo contra la pared, con un vaso de plástico en la mano, mientras alguien habla de mí como si no estuviera allí.

«¿Y si sigo siendo así?», pregunto en voz baja. «Siempre la que se queda al margen en silencio».

Mamá me abraza. Su jersey huele a té y a hogar. «Entonces te quedarás ahí de momento. Estar al margen no significa estar equivocada. Solo significa estar... en otro lugar».

Inspiro y espiro. Todavía me duele, pero no tanto. Sus palabras no cambian nada, pero me envuelven como una suave manta.

«No tienes que creerte a ti mismo hoy», dijo finalmente. «Basta con que me lo dejes a mí. Por ahora».

Cierro los ojos. Quizás tenga razón. Quizás no, pero mamá cree en mí. Así que no *puedo* ser un completo perdedor.

CAPÍTULO 2

Mara, hoy

Miro fijamente la luz de neón parpadeante sobre mi escritorio, como si me hubiera dado la respuesta que no quiero oír. Zumbando suavemente, como un pequeño y molesto recordatorio de que aquí todo sigue igual. Nombres que no deben convertirse en personas, si no quieres acabar destrozado.

Mi móvil está junto al teclado. La pantalla está apagada. Sin embargo, tengo la sensación de que aún está caliente por la llamada. Cáncer. La palabra se me queda atascada en la garganta. No como en las películas, donde uno se derrumba porque la música se intensifica. Más bien como un bocado demasiado grande que uno se traga por cortesía y luego se da cuenta de que no quiere bajar. Mamá había intentado sonar tranquila. Tan tranquila que lo supe de inmediato.

«Mara, cariño, quería decírtelo yo misma antes de que te enteraras de alguna manera...», y entonces se rió brevemente, como si fuera una nimiedad que se había colado en el orden del día. «... antes de que te lo contara por error la tía Susi. Ya la conoces».

Sí, la conozco. También conozco la forma en que mamá me dice las cosas, como si fueran solo el parte meteorológico.

Ya es tarde. En la oficina, «tarde» es un concepto elástico. Afuera, las luces de la ciudad se reflejan en los cristales de las ventanas de enfrente, una cuadrícula de vidrio y neón. En algún lugar lejano

suena una sirena y, por un momento, parece que todo sigue igual. Solo que no es así.

Soy Mara. Fiscal en Nueva York. Asistente del fiscal del distrito, eso es lo que pone en mi tarjeta de visita, tan elegante y tan importante que casi te lo crees. En los últimos años he ganado más casos de los que he perdido. He visto llorar en el estrado a personas que nunca se habrían permitido derramar una lágrima en público. He visto a delincuentes salir esposados de la sala y a víctimas que, aunque no se recuperaban de repente, al menos recuperaban su dignidad. Soy buena en mi trabajo. Me lo dicen. Lo esperan de mí. Y, sobre todo, cuentan conmigo.

Y, sin embargo, ahora estoy aquí sentada y siento que algo dentro de mí se derrumba. Como si alguien hubiera accionado una palanca invisible y me hubiera alejado de esta gran ciudad, de mi ritmo seguro. De vuelta a una casa que huele a detergente y madera. De vuelta a casa.

Abro mi agenda. Las próximas semanas están llenas: reuniones preliminares, toma de pruebas, listas de testigos, un juicio que se ha estado preparando durante meses como un castillo de naipes que sostengo cada día con dos dedos. Además, las reuniones con la policía, los expedientes que mi equipo me pone sobre la mesa porque «yo soy el que puede evaluarlos más rápido». Confían en mí y ahora tengo que decepcionarlos.

Me quedo mirando las citas, como si pudiera cambiarlas con la mirada. Entonces llaman a la puerta.

«Adelante», digo, y mi voz suena profesional, como si no acabara de tragarme un pedazo de cristal. La puerta se abre y Dana aparece en el umbral, con un expediente en una mano y una taza de café en la otra. Dana tiene unos cuarenta y tantos años, siempre está impecable y es absolutamente profesional. Es mi jefa, la jefa de Delitos Graves, y tiene el talento de parecer a la vez una profesora estricta y la tía favorita de alguien. Hoy parece ambas cosas, pero con falta de sueño.

«Todavía estás aquí», dice.

«Tú también».

«Sí, pero al menos yo tengo la excusa de que no conozco límites». Levanta el expediente. «Mañana por la mañana tenemos que definir la estrategia para el caso Ramírez. La defensa solicita...». Se detiene al ver mi cara. Dana sabe leer las caras. En nuestro trabajo hay que saber hacerlo si no quieres llevarte sorpresas constantemente. «Vale», dice lentamente y deja la taza de café sobre mi escritorio como si fuera un pequeño escudo protector. «¿Qué ha pasado?».

Podría mentir. Podría decir que simplemente estoy cansada. Podría murmurar algo sobre «estrés» y ni siquiera sería mentira. Pero con Dana eso no funciona y, además, de repente ya no tengo fuerzas para seguir con el papel.

«Mi madre», digo entonces. Y solo decir «mi madre» me hace sentir como si tuviera otra edad, como si estuviera sentada de nuevo en la mesa de la cocina haciendo los deberes de matemáticas. «Tiene cáncer».

Dana se sienta en la silla de enfrente sin preguntar. Su mirada se suaviza, pero no con lástima. Más bien... con comprensión.

«¿Cómo de grave?».

«Aún no lo sé con certeza. La semana que viene le harán más pruebas, pero...». Tragué saliva. «Lo dijo como si ya estuviera claro qué tratamiento le iban a dar. Probablemente quimioterapia».

Dana asiente lentamente con la cabeza. «¿Quieres ir?».

La pregunta me sorprende. No porque sea ilógica, sino porque saca a la luz algo que estaba tratando de ocultar bajo una pila de carpetas.

¿Quieres ir?

Por supuesto que quiero ir. Por supuesto que *no* quiero. Ambas cosas son ciertas.

«Sí», digo, y suena como una confesión. «Tengo que ir».

Dana se recuesta en su asiento. «Entonces, hagámoslo».

«Así de fácil...».

«Tan fácil». Levanta una mano como si quisiera descartar una objeción. «Mara, escucha. Tienes días de vacaciones acumulados, tienes días de baja por enfermedad. Y si se alarga más, está la FMLA».

Conozco el acrónimo. Ley de Licencia Familiar y Médica. Hasta doce semanas de vacaciones no remuneradas con protección del puesto de trabajo, si se cumplen los requisitos. Es una especie de... salvavidas.

«No puedo simplemente...». Señalo la pantalla y las pilas de expedientes. «Ramírez, Holloway, el caso de protección de testigos...».

Dana se inclina hacia delante. «Puedes. Y lo harás. Y nosotros lo compensaremos. Deja de actuar como si fueras el único que mantiene a flote toda la fiscalía de esta ciudad».

«A veces realmente se siente así», murmuro.

«A eso se le llama hiperfuncionamiento», dice Dana con sequedad. «Es muy común en personas que aprendieron de niñas que el rendimiento les da seguridad. Lo sé bien. Yo misma lo padezco».

Me estremezco porque tiene razón. Dana no tiene por qué saber cuánto.

«¿Qué pasa con mis casos?», pregunto, más objetiva, porque quiero aferrarme a algo que tenga números y plazos.

Dana coge el expediente y lo abre como si se tratara de una reunión normal y corriente. «Bueno. En la práctica, funciona así: comunicas a Recursos Humanos una ausencia de corta duración. Primero, vacaciones o baja por enfermedad, según el caso. ¿Hablamos de una o dos semanas para empezar?».

Asiento automáticamente, aunque no sé si serán una o dos semanas, o dos meses, o un maldito año entero.

«Bien. Por si acaso... Tenemos sustitutos. No eres la única fiscal de registro, aunque a menudo trabajes como tal». Dana señala la lista con el bolígrafo. «Ramírez: puedo pasárselo a Jordan, al menos para la reunión previa. Jordan es bueno, siempre que no intente tratar la sala del tribunal como si fuera un escenario».

Veo a Jordan delante de mí, disimulando su falta de paciencia con un exceso de carisma. Lo conseguiría, pero maldeciría.

Dana continúa: «Holloway: las pruebas son complejas, pero se trata más bien de un trabajo minucioso. Maya puede encargarse de eso, tiene buen ojo para los detalles».

Maya. Tan callada como antes. Nunca se olvidaría de revisar una nota al pie. Pero, por desgracia, eso también la hace muy lenta. Probablemente revisa cada nota al pie dos veces.

«¿Y si hay plazos que cumplir?», pregunto. «¿Qué pasa si hay un juicio en ese momento?».

Dana asiente con la cabeza, como si estuviera esperando esa pregunta. «Entonces solicitamos una prórroga, si es necesario. Los tribunales suelen conceder aplazamientos en casos de emergencia familiar, sobre todo si lo comunicamos con antelación. No son ilimitados, pero unas semanas son realistas. Y si no es posible, otra persona se hace cargo del proceso. Al fin y al cabo, el Estado no está representado por una persona concreta... aunque a veces lo parezca».

El Estado. Como si fuera un cuerpo al que simplemente se le cambian las manos cuando una falla. Miro fijamente mis dedos. Están cuidadosamente colocados uno sobre otro. Me mantengo firme como un expediente que no debe abrirse.

«Tienes derecho a marcharte», dice Dana en voz más baja. «Y tienes la obligación de permitirte hacerlo».

Me río brevemente. «Suenas como mi terapeuta».

«Quizás debería cobrarte una tarifa».

Exhalo. El nudo en mi pecho no se deshace, pero se suaviza un milímetro.

«¿Cuánto tiempo puedo ausentarme?», pregunto.

Dana se encoge de hombros. «Todo el tiempo que necesites, dentro de los límites que establecen Recursos Humanos y la ley. Las vacaciones y las bajas por enfermedad son remuneradas, la FMLA suele ser no remunerada, pero al menos protege el puesto de trabajo. Quizás tengamos políticas adicionales o fondos comunes para los días de ausencia. Lo averiguaremos. Haré que RR. HH. te envíe las opciones. Y quiero que te vayas a casa ahora, Mara. No dentro de una hora. Ahora».

«No puedo dejarlo todo así».

Dana levanta una ceja. «Sí puedes. Hazlo».

La miro. No hay dureza en su mirada, sino más bien algo que conozco de mamá: esa tranquila e inquebrantable *«estoy aquí»* que

no necesita discusión.

Y entonces, de repente, aparece otra imagen: mamá en la cocina, preparándome té cuando volví a casa después de una de esas noches en las que creía que alguien me había destripado en público sin derramar sangre. Sentándose a mi lado, como si su presencia fuera un escudo protector. Mamá siempre estaba ahí.

Me levanto. Por un momento, siento mis rodillas como si fueran ajenas a mí, como si hubiera crecido demasiado rápido.

«De acuerdo», digo finalmente. «Me voy de vacaciones. Por ahora».

Dana asiente. «Bien. Y mañana por la mañana pásate un momento o llamamos por teléfono y lo comunicamos oficialmente. Enviaré un correo electrónico a todos, sin detalles. No tienes que explicar tu historia personal a nadie».

Cojo mi bolso. «Gracias».

«No hay de qué». Dana también se levanta. «Es normal. Las personas tienen familias y estas se ponen enfermas. Aquí no somos máquinas».

Quiero llevarle la contraria, porque mi sistema interno lleva años basándose en ser una máquina, al menos en la oficina. Pero no soy capaz, así que solo asiento con la cabeza.

Mientras camino por el pasillo, los sonidos me parecen diferentes. El monótono repiqueteo de los teclados ya no me resulta tan acogedor como de costumbre. El mundo sigue girando, aunque el mío esté a punto de desmoronarse. Es inquietante. Me detengo junto al ascensor y veo mi reflejo en la puerta metálica. Cabello liso y castaño, blusa impecable, traje que me queda perfecto. Y el rostro de una mujer que ha aprendido a no dejar traslucir nada. Solo mis ojos me delatan. De repente parecen tener dieciséis y treinta años al mismo tiempo.

En casa, en mi apartamento, que parece más un «éxito» que un «hogar», dejo el bolso y me quedo parada, porque no tengo ni idea de cómo se puede vivir sin una lista de tareas pendientes. No es tan fácil. Sobre la mesa del salón hay una foto que a veces olvido porque ya no la miro tan a menudo: Elise y yo en una gala del hospital. Elise con un vestido oscuro, yo con un traje. Sonreímos y

parecemos una pareja poderosa que se ha comprado el futuro. Elise es cirujana y fue mi pareja durante siete años. Nos separamos. No fue un gran drama. De verdad. Éramos como dos personas que en algún momento se dan cuenta de que viven una al lado de la otra, en lugar de juntas. Ella tiene sus operaciones, yo mis casos, y en algún momento el *«¿qué tal te ha ido el día?»* se convirtió en una formalidad. Supongo que es lo que pasa cuando ambos quieren hacer carrera. Una relación no puede aguantar eso a largo plazo.

Cuando le doy la vuelta a la foto, siento una punzada, pero ya no siento dolor. Se ha pasado. Me siento en el sofá y cojo el móvil. El chat con mamá está abierto. Su último mensaje: «No te preocupes, Mara. De verdad. Solo quiero que sepas lo que pasa».

Escribo: «Voy para allá. Dime cuándo quieres que esté allí».

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Vuelven a aparecer. Oh, mamá. Envía un mensaje de voz rápido.

Luego: «No tienes que dejarlo todo inmediatamente».

Cierro los ojos. Mamá sigue sabiendo cómo protegerme. Incluso ahora, cuando es ella la que necesita protección. Pero se equivoca si cree que puede hacerse la fuerte. Esta vez estoy aquí para ella.

A la mañana siguiente vuelvo a la oficina, pero solo con medio cuerpo. La otra parte de mí ya está en la entrada nevada de la casa de mis padres, respirando aire frío e intentando no llorar.

Dana ya me espera en su oficina. Recursos Humanos me ha enviado una lista con posibles combinaciones para justificar mi ausencia. Incluso con modelos de trabajo flexibles viables. Todo en viñetas, como si la vida se pudiera organizar así.

«De acuerdo», dice Dana y abre su ordenador portátil. «Plan. A partir del lunes te tomas dos semanas de vacaciones. Además, podemos utilizar días de baja por enfermedad si tienes citas que entran más bien en la categoría de "asuntos médicos familiares". Por suerte, nuestra oficina es generosa en ese sentido».

«¿Y si se alarga?», pregunto.

Dana asiente. «Entonces pasaremos a la FMLA. Probablemente, RR. HH. necesitará un certificado. No sobre los detalles, sino de que

un familiar está gravemente enfermo y tú tienes que cuidarlo. También puedes trabajar a tiempo parcial si quieres. Pero Mara...».

«Lo sé», digo rápidamente, porque intuyo lo que viene.

«No, en realidad no lo sabes». Dana se inclina hacia delante. «Te sentirás tentada de trabajar desde casa. Leer expedientes, responder correos electrónicos, porque eso te da control. Y a veces... está bien. Pero no vuelves para hacer videollamadas junto a la cama del hospital. Vuelves para ser una hija».

Aprieto los labios. Una parte de mí quiere protestar. Otra parte quiere abrazarla, lo que, por supuesto, no hago, porque soy una fiscal adulta y aquí tenemos límites.

«¿Qué pasa con Ramírez?», pregunto en su lugar.

Dana me pasa una hoja. «Jordan se hará cargo. Hoy le darás un informe. Todo lo que tengas en la cabeza debe salir de tu cabeza y ponerse sobre el papel».

«¿Holloway?».

«Maya».

«¿Y mi testigo en el caso de protección?».

Dana se pone seria. «En ese caso, hay que actuar con delicadeza. La llamas y le explicas que una compañera se hará cargo. No le des ninguna razón. Solo dile que no estarás localizable durante un tiempo. De todos modos, no debemos compartir demasiada información personal».

Asiento con la cabeza. Todo parece factible. Y ese es precisamente el problema: cuando algo parece factible, quiero hacerlo a la perfección. Como si tuviera que ganarme el derecho a marcharme. Me paso la mañana redactando informes, creando memorandos y ordenando carpetas para que todo el mundo sepa dónde está cada cosa. Hablo con Jordan, que primero maldice y luego se pone serio y me da una palmada en el hombro, como si de repente hubiera comprendido que detrás de mi «estoy bien» se esconde un gran vacío.

«Oye», me dice cuando estamos junto a la fotocopiadora. «No te preocupes. Yo me encargo».

«Llámame si necesitas algo», le digo.

Él sonríe con ironía. «Quizás te llame para que me impidas gritarle a algún juez».

«Por favor, no lo hagas».

«No prometo nada».

Por supuesto. No debo esperar demasiado.

Maya es, como siempre, más sencilla. Asiente con la cabeza, hace dos preguntas precisas y luego dice: «Vete. Esto solo es trabajo».

Solo trabajo. Como si se pudiera decir así. Pero, en principio, me alegro de que piense así. Al menos hay alguien en la oficina que sabe cuáles son las prioridades.

Al final del día, mi escritorio está más vacío. Siento como si dejara atrás mi identidad en cajas etiquetadas.

Dana me acompaña hasta la puerta. «Tienes mi número».

«Lo sé».

«¿Y Mara?».

Me doy la vuelta.

«No tienes por qué ser fuerte solo porque puedas».

Tragué saliva. «Es lo que le digo siempre a mamá».

Dana sonríe brevemente. «Entonces sigue tu propio consejo».

El fin de semana hago las maletas. No de forma eficiente, como cuando voy de viaje de negocios. Más bien como alguien que no sabe qué versión de sí misma necesita. Hace mucho que no voy a casa. La chica de antes ya no existe.

Meto un jersey grueso de lana, una chaqueta por costumbre. Luego lo vuelvo a sacar. Meto vaqueros, zapatillas, una bufanda que huele a Elise, porque siempre me la pedía prestada. La acerco brevemente a la cara y luego la meto, como si me hubiera sorprendido a mí misma necesitando algo.

Por la noche, me siento junto a la ventana y contemplo la ciudad. Podría explicar toda mi vida aquí: las largas noches, las victorias. Podría decir: me he convertido en alguien. Y, sin embargo, siento como si estuviera pasando a otro capítulo que nunca más quería volver a leer.

Mi móvil vibra. Un mensaje de mamá: «Estoy deseando verte, pequeña».

Me quedo mirando las palabras hasta que se difuminan y le respondo: «Yo también, mamá». Dejo el móvil, respiro hondo y vuelvo a respirar. Mañana me voy. Mañana mi éxito aquí no contará, ni mi título, ni los casos que he ganado, ni mi reputación. Mañana solo seré su hija. Y tal vez, por absurdo que parezca, eso sea lo más difícil y lo más importante que haré en años.

CAPÍTULO 3

El aeropuerto huele igual en todas partes. Una mezcla de café, pasteles y demasiado perfume. Sin embargo, este me parece diferente, de alguna manera me recuerda un poco a casa. Arrastro mi maleta, el ruido de las ruedas es demasiado fuerte en el suelo, y automáticamente busco caras conocidas, aunque sé que solo veré una. Papá está un poco apartado, junto al panel de llegadas, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Lleva la misma chaqueta marrón de invierno que hace diez años. Cuando me ve, su rostro se ilumina de una manera que me reconforta y me avergüenza al mismo tiempo.

«Mara», dice, como si acabara de ir al colegio y ahora volviera.

Suelto la maleta y nos abrazamos. Su barbilla sin afeitar se apoya brevemente contra mi sien.

«Has adelgazado», dice, y sé que lo que realmente quiere decir es: «Has madurado y yo me lo he perdido».

«Tú no», le digo, y él se ríe en voz baja.

El camino hasta el coche es corto. Su coche es el mismo de siempre. Limpio, pero con pequeños defectos que nadie más que él nota. Dejo la maleta en el maletero y me siento en el asiento del copiloto. Cuando arranca el motor, tengo la absurda sensación de que vamos a ir al colegio y que me dejará delante de la entrada, como antes.

La ciudad nos recibe como siempre. No hay cambios dramáticos. Las mismas calles, los mismos semáforos, las mismas tiendas, cuyos escaparates antes solo veía de reojo porque tenía prisa por llegar a otro sitio.

«La panadería tiene una nueva jefa», dice papá y señala con la cabeza hacia la izquierda.

«¿Es tan buena como el señor Finley?».

Él sonríe. «Sus bollos de canela, sin duda».

Seguimos adelante. Cada cruce me produce una sensación de opresión. Mi cuerpo reconoce estos caminos, aunque mi cabeza finja haberlos olvidado. Aquí solía caminar para que no me vieran en el autobús. Allí esperaba una vez que alguien me hablara. Y aquí decidí que me iría, sin importar cómo.

«Tu madre ha cocinado algo especial hoy», dice papá al cabo de un rato, como si tuviera que decir algo neutro para que el silencio no se hiciera demasiado pesado. «En realidad solo quería hacer sopa, pero... bueno».

«Claro que ha cocinado», digo. Puedo imaginarme perfectamente a mamá delante de los fogones, como si el cariño fuera algo que se pudiera remover y saborear.

Papá carraspea. Sus manos descansan tranquilas sobre el volante, pero veo la tensión en sus hombros.

«Bueno», comienza, y la palabra queda suspendida en el aire por un momento. «La quimioterapia... no es fácil».

Asiento con la cabeza. Me he propuesto escuchar con calma, sin reaccionar como una fiscal que analiza los detalles.

«Está muy cansada. Y a veces tiene náuseas. El pelo...». Se interrumpe y exhala. «Dice que es solo temporal».

«¿Lo dice o lo cree?», pregunto en voz baja.

Papá sonríe con ironía. «Ambas cosas. Y a veces ninguna de las dos».

Miro por la ventana. El instituto pasa ante nuestros ojos, ese edificio bajo de ladrillo que parece tan inocente, como si nunca hubiera tenido nada que ver conmigo. Se me revuelve el estómago.

«Los médicos son cautelosamente optimistas», continúa papá. «Se ha detectado a tiempo. Eso ayuda. Pero llevará tiempo».

«Tengo tiempo», digo automáticamente.

Me lanza una breve mirada. «Lo sé. Y estamos contentos de que estés aquí, Mara. Muy contentos».

Su voz se suaviza. «Tu madre dice que ahora todo irá bien. Ella cree firmemente en ello».

Ahora todo irá bien. La frase suena como una promesa que se hace por miedo a la alternativa.

«Estoy aquí», digo. Suena como una oferta.

Giramos hacia nuestra calle. *Nuestra*. La palabra me resulta extraña y familiar al mismo tiempo. La casa está ahí como siempre, pintada de blanco, con su pequeño porche y el molinete que tintinea suavemente, como si quisiera darnos la bienvenida. Nada parece diferente. La verdad es que eso me tranquiliza.

Papá aparca. Nos quedamos sentados un momento, como si ambos necesitáramos respirar hondo antes de salir del coche.

«Está muy contenta», repite.

Asiento con la cabeza y agarro la manilla de la puerta.

Dentro hace calor. Huele a especias. Cuánto lo echaba de menos.

Mamá está en la cocina, con una cuchara en la mano, como si solo nos hubiera estado esperando un momento. Lleva un jersey holgado, tiene el pelo más corto de lo que recuerdo, pero al menos su sonrisa es la misma.

«Aquí estás», dice.

De repente, vuelvo a tener dieciséis y treinta años al mismo tiempo. Me acerco a ella. Con mucho cuidado, como si pudiera romperla, y entonces ella me abraza.

«Hola, mamá», le digo, y mi voz se quiebra un poco.

«Todo está bien», murmura. «Ahora todo está bien».

La mesa está puesta. La sopa humea en los platos y el pan está listo. Es acogedor, casi festivo. La casa parece como si nada hubiera pasado, como si nunca hubiera habido un diagnóstico. Me siento, tomo la sopa y noto el sabor del perejil. Papá cuenta una historia sin importancia sobre la ferretería, mamá se ríe en momentos que no entiendo. Quizás he estado fuera demasiado tiempo. La observo mientras sostiene la cuchara. Todo me resulta familiar. Y, sin embargo, veo el cansancio bajo la superficie, como una sombra que no desaparece del todo. Se siente como un estancamiento. Como si alguien hubiera detenido el tiempo para protegernos. Esta normalidad es preciosa y, al mismo tiempo, frágil.

«Es hora del siguiente plato», dice mamá con voz melodiosa y se levanta.

Me recuesto y dejo que el calor de la casa me envuelva. Quizás siempre es así cuando uno regresa. No a otro mundo. Sino al mismo. Solo hay que aprender a verlo con otros ojos.

A la mañana siguiente, mamá está de pie junto a la mesa de la cocina clasificando papeles. Lleva el mismo jersey que ayer, con las mangas remangadas, como si tuviera que demostrarle al día que lo tiene bajo control.

«¿Me harías un favor, Mara?», pregunta sin levantar la vista.

«Por supuesto», respondo inmediatamente. Ayudar es ahora tan natural como respirar.

Me pasa dos notas. «El carnicero ha reservado la carne para mañana. Y en la floristería tienen listas las flores para la visita de la tía Susi. Yo iría yo misma, pero...».

«Yo lo haré», digo. «No hay problema».

Mamá sonríe aliviada. «Gracias, cariño».

Me pongo una chaqueta y cojo las llaves del coche, que son más pesadas que las de mi piso en la ciudad. El coche de papá me resulta familiar, casi lento, cuando me subo. No tiene navegador ni pantalla táctil. Solo botones que hay que pulsar. Siempre que se sepa cuáles.

Cuando arranco, me doy cuenta de cuánto tiempo hacía que no venía por aquí. No solo físicamente, también interiormente. Las calles son más estrechas de lo que las recordaba. O quizá yo he crecido. Probablemente ambas cosas. Paso por delante del parque en el que solía sentarme en un banco a leer. En el cruce en el que una vez llegué tarde al colegio y pensé que era una catástrofe. Es extraño: los recuerdos no vienen como imágenes, sino como sensaciones corporales. Un tirón en el estómago y una presión desagradable entre los hombros. En aquella época, la vida no era fácil para mí, porque siempre tenía la sensación de no encajar. Hoy estoy aquí, conduciendo por esta ciudad y me siento... seguro. Exitoso. Aquí ya nadie puede hacerme daño. Al menos eso es lo que me digo a mí mismo.

La carnicería sigue en la misma esquina. El letrero está un poco descolorido, pero el nombre no ha cambiado. Aparco, salgo del coche y respiro el aire frío de la mañana. La nieve aquí huele muy diferente a la de casa. Huele menos a barro y mucho más a naturaleza. Debo admitir que también echaba de menos eso.

Dentro, suena la campanilla que hay sobre la puerta.

«Buenos días», dice el hombre detrás del mostrador. Levanta la vista y me mira más detenidamente. Frunce el ceño. «Un momento», dice. «¿No eres tú...?»

Sonrío cortésmente.

«Mara», dice entonces, y su voz se ilumina. «¡Mara! Vaya, casi no te reconozco».

«Últimamente oigo eso a menudo», digo, y mi voz suena tranquila.

«Tu madre me ha contado que eres fiscal», dice con admiración. «En Nueva York».

«Sí», respondo. Siento una pequeña y peculiar sensación de orgullo. Hoy ya no paso desapercibida. ¡Y eso me sienta de maravilla!

«Respeto», dice, sacudiendo la cabeza. «Hay que conseguirlo primero».

Recojo el pedido y pago. Me desea lo mejor, me pregunta por mis padres y por mi trabajo, como si fuera alguien que pertenece a ese lugar. Afuera me detengo un momento, sostengo la bolsa y me río en voz baja de esa voz dentro de mí que pensaba que tenía que prepararme. Que aquí volvería a ser la que pasan por alto. Mi preocupación era infundada.

Sigo hacia la floristería. Allí ocurre lo mismo: una breve vacilación, luego el reconocimiento y, finalmente, palabras cálidas. «Tu madre debe de estar orgullosa de ti». «¡Menuda carrera!». «Me alegro de que hayas vuelto».

Cuando salgo de la tienda, con el aroma de las flores en las manos, me detengo. El sol está ahora más alto y me calienta la cara. Respiro profundamente. Estoy en medio de esta ciudad que antes me daba miedo y ya no puede quitarme nada.

Entonces mi mirada se desvía hacia la derecha. La peluquería.

Es más pequeña de lo que la recordaba. O quizá la había idealizado en mi mente. El escaparate refleja la calle, los coches que pasan y, en él, un movimiento.

Mi sonrisa se congela.

Ella está allí, con una mano en la frente, como si estuviera pensando, con su pelo pelirrojo recogido, despreocupada, como siempre. Ha envejecido. Claro. Pero sigue siendo inconfundiblemente ella. Lena.

El nombre me impacta como un reflejo.

Lena, cuya risa habría podido distinguir entre cualquier otro sonido. Lena, de quien me enamoré mucho antes de saber que me gustaban las mujeres.

De repente, se ríe de algo que alguien dice en la tienda. Esa risa. Mi cuerpo lo recuerda más rápido que mi mente. Mi estómago se contrae, mi corazón late un poco más rápido. Está guapa. Como siempre.

Por una fracción de segundo, espero absurdamente que no me reconozca. Entonces levanta la cabeza. Nuestras miradas se cruzan. Y todo lo que me acabo de decir a mí misma... que estoy segura de que tengo éxito, que aquí ya nadie puede hacerme daño... se silencia, cuidadosamente apartado por la versión de mí misma de dieciséis años, que susurra: Ahí está.

Estoy ahí, con flores en la mano, fiscal, mujer adulta, y al mismo tiempo me siento terriblemente visible. Y Lena me mira como si nunca me hubiera olvidado.

Me quedo paralizada. Mi cuerpo ya no me pertenece. Está inmovilizado. Maldita sea...

Lena sigue pareciendo alguien que nunca ha aprendido a hacerse pequeña. Desenfadada, familiarizada con la gente y el espacio que la rodea. Como si el mundo fuera algo que le deja espacio. Igual que antes.

Mi corazón late con fuerza en mi garganta. Se me seca la boca. Noto cómo mis dedos se tensan alrededor del tallo de la flor. Vete, Mara. ¡Vete, maldita sea! Pero estoy pegada al suelo.

Los pensamientos se agolpan en mi cabeza. ¿Por qué sigue estando tan guapa? ¿Y por qué mi corazón sigue latiendo así cuando

pienso en ella?

Siento que algo antiguo se apodera de mí. Ese calor detrás de las costillas, una mezcla de vergüenza y rabia que no encuentra una salida clara.

Ella levanta una ceja. Luego, esa pequeña vacilación, ese reconocimiento que se extiende por su rostro. Y algo dentro de mí se rompe.

Por fin puedo volver a moverme y me doy la vuelta bruscamente. Mis pasos son rápidos, mis movimientos probablemente bruscos. Camino hacia el coche como si fuera mi bote salvavidas. Oigo mis propios pensamientos. No le debes nada. Ni una sonrisa ni nada. Ella nunca te mereció. Abro la puerta del coche, tiro las flores al asiento del copiloto y me subo. Me tiemblan las manos al meter la llave en el contacto y me odio por cómo estoy reaccionando. ¿Por qué no puedo simplemente pasar de ella?

El motor tarda un momento en arrancar. Por favor. Por favor, ahora.

Cuando por fin arranca, exhalo con fuerza, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde los dieciséis años. Arranco y voy claramente demasiado rápido. No me importa. No veo nada por el retrovisor, ni quiero verlo. Mi corazón sigue latiendo con fuerza y mi cabeza está llena de imágenes que he mantenido ocultas durante años. La risa de Lena. La voz de Lena. La mirada de entonces que decía: *«No eres nada».*

«Idiota», digo en voz alta. No sé si me refiero a ella o a mí misma.

Quizás mis pensamientos no sean justos. Ella sabía perfectamente lo que hacía y decía entonces. Las personas como ella no cambian.

Sé que quizá eso no sea cierto. Lo sé en algún lugar, en lo más profundo de mi ira. Pero ahora mismo no puedo acceder a ello. La ira es más fuerte. Me protege mejor que cualquier razonamiento.

Solo cuando estoy dos calles más allá me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos. Esas viejas lágrimas ardientes que tienen más que ver con el orgullo que con la tristeza. Las elimino parpadeando.

«Contrólate», me digo a mí misma. Fiscal. Mujer adulta. Has visto a personas peores que ella en los tribunales. Pero esto es diferente. Esto no es un caso. Esto es mi cuerpo, que recuerda.

Finalmente aparco delante de la casa, me quedo un momento sentada en el coche y apoyo la frente contra el volante. Inspiro. Expiro. Mis manos siguen temblando.

¿Cómo puede una sola persona provocar algo así? ¡Es una locura!

Cuando salgo del coche, miro a mi alrededor. La calle está tranquila. Nadie me observa. Nadie sabe que algo antiguo acaba de estallar.

Cojo las flores, entro en casa y le sonrío a mamá. «Todo hecho».

Y es cierto. Pero no como ella cree.

CAPÍTULO 4

Lena

Lena sostiene las tijeras con firmeza en la mano. Es algo de lo que se enorgullece, de lo tranquilas que están sus manos, incluso cuando algo se le escapa de la cabeza. La mujer sentada en la silla habla del tiempo, de alguna discusión con su hermana, de cosas que se cuentan cuando se confía en alguien que escucha sin estar realmente involucrado. Lena escucha. Siempre lo hace.

Pero entonces ha reconocido a esa mujer en el espejo. Abrigo oscuro. Flores en la mano. Finalmente la reconoce. Mara.

La forma en que se detiene, como si su cuerpo hubiera comprendido algo que su cabeza aún no ha asimilado. Lena siente la punzada incluso antes de que Mara se dé la vuelta sin saludar. Lo ve claramente. Ese giro brusco y la dureza del movimiento. Lena siente un nudo en el pecho.

Sigue cortando, con precisión, como solía hacerlo. La mujer en la silla no se da cuenta de nada. La tienda zumba suavemente, el secador encendido, las voces alegres.

Pero en la cabeza de Lena de repente vuelve a haber ruido. Recuerda. Recuerda lo fácil que era ser cruel. Lo poco que le costaba. Una risa en el momento equivocado. Una mirada de más. Un comentario que parecía inofensivo y, sin embargo, dolía. Recuerda cómo Mara siempre era un poco demasiado callada. Demasiado vulnerable para un lugar que premiaba la dureza. Que premiaba a personas como Lena, que se sentían intocables.

No le di motivos para ser amable, piensa Lena. Antes era una idiota, y en sus ojos sigo siéndolo.

La mujer sentada en la silla le sonríe en el espejo. «Tiene un carácter tan tranquilo», dice. «Uno se siente de alguna manera... a salvo».

Lena asiente y le devuelve la sonrisa. «Me alegro».

Ha cambiado. Por supuesto, no de la noche a la mañana. No por una sola razón importante. Sino poco a poco, por vergüenza y por saber que, como joven, quizá se te permita hacer muchas cosas, pero no se pueden deshacer todas.

Cuando la mujer paga y se marcha, Lena se apoya brevemente en el mostrador y respira hondo. La tienda es suya desde hace cinco años. No la ha «construido» ella, como a algunos aquí les gusta contar. La verdad es más simple y más complicada al mismo tiempo: su tía le había dejado el dinero a ella, no a su hermana, que contaba con ello, aunque no había estado ahí para ella. Cuando su tía enfermó, Lena la cuidó. La llevó al hospital. La visitó cuando ya no le permitieron salir. Pero, sinceramente, Lena tampoco sabía cuánto dinero tenía su tía. Al parecer, nunca había gastado nada en sí misma, sino que siempre había ahorrado.

Al principio se avergonzaba de su alegría secreta. No se debe alegrarse por la muerte de una persona. Después de tres o cuatro meses, poco a poco se le pasó. Se dio cuenta de que no se había alegrado por la muerte de su tía, sino por la sensación de tener por fin dinero. Toda su vida había tenido poco, ahora por fin podía cumplir su sueño.

Lena había comprado esa tienda con el apartamento incluido, la había renovado y reformado. Techos altos. Mucha luz. Sin pósters cursis. Un poco demasiado moderna para una ciudad pequeña, pero perfecta para ella. La gente había hablado. Se rumoreaba que era una cazafortunas. Quizás su propia madre era en parte culpable de los rumores. Lena les dejaba hablar. Que pensaran lo que quisieran. De vez en cuando le daba dinero a su madre para no tener que escuchar reproches. Eso era todo.

Lena es soltera por convicción. No por rebeldía o amargura, sino por convicción. Le gusta su vida tal y como es. Ella decide cuándo

llega, cuándo se va, con quién pasa el tiempo y, sobre todo, con quién no. Tiene aventuras, sí. Sin complicaciones. Discretas. Con gente de fuera, en su mayoría. Aquí se habla demasiado. Cada mirada se convierte inmediatamente en una historia.

Y, sin embargo, no cambiaría este lugar por nada. Le gustan los burgueses. De verdad. Le gusta su previsibilidad, su honestidad y sus pequeños dramas. Le gusta que aquí confíen en ella, que le dejen las llaves de los pisos, que le cuenten cosas que no le cuentan a nadie más. Le gusta formar parte de algo que conoce.

Al terminar la jornada laboral, cierra la tienda y sube por la estrecha escalera hasta su apartamento.

El ático es su refugio. Techos altos como abajo, vigas a la vista y grandes ventanas con vistas a la ciudad. Desde aquí se ve la aguja de la iglesia y el parque. Por la noche, las farolas iluminan el interior. El piso es un poco extravagante. No es intencionado. Más bien por su afición a coleccionar cosas: un sofá azul oscuro, un viejo sillón de cuero marrón, cuadros en las paredes que no combinan, pero que sin embargo crean armonía, un espejo enorme en el dormitorio. Plantas que, sorprendentemente, mantiene vivas. Pilas de libros de su tía, numerosas velas gruesas y una alfombra que, en realidad, era demasiado cara.

Lena se sienta junto a la ventana y mira hacia fuera. Piensa en Mara. En el breve momento de rigidez que tuvo delante de su salón. No sabe si Mara aceptaría una disculpa. Solo sabe que no puede fingir que no ha pasado nada. Lena apoya la cabeza contra el cristal. En algún momento se disculpará por su comportamiento anterior.

CAPÍTULO 5

Mara

Mamá está en el pasillo y me mira con esa mirada inquisitiva que solo las madres tienen.

«Tienes canas», dice finalmente, casi sorprendida.

Me detengo, con el jersey medio puesto. «¿Qué?».

Mamá se acerca, levanta una mano, duda un momento, como si tuviera que pedir permiso, y luego aparta con cuidado un mechón de pelo.

«Aquí», dice. «Y aquí. ¿Lo ves?».

Giro la cabeza hacia el espejo. Sí. Las veo. Finas líneas plateadas entre el castaño más oscuro. Yo misma ya las había notado. Pero oírlo de boca de mamá es diferente. De alguna manera, más definitivo.

«Es lo que pasa», digo con tono relajado. «Ya no tengo veinte años».

«No, no», dice mamá rápidamente. «No lo digo en sentido negativo. Estás estupenda. De verdad. Solo pensaba...».

Quítalas, añade Mara en sus pensamientos.

«... Lena podría hacerte unas mechas», dice mamá. «Muy discretas. Es muy buena. Mucha gente acude a ella».

La frase suena casual. Mara siente cómo algo se endurece dentro de ella. «Lena», repite.

«Sí», dice mamá. «La peluquería que está al lado de la floristería. Seguro que la has visto hoy».

Me río brevemente. Un sonido seco e incrédulo. «¿Y crees que eso es una buena idea?».

Mamá frunce el ceño. «Creo que sería práctico».

«Práctico».

«Mara», dice mamá en tono conciliador. «Eso es agua pasada. Fue en el instituto. Tonterías de niños».

Esas palabras me duelen más que cualquier otra cosa.

«Quizás para ti». Mi voz es tranquila, pero hay algo agudo en ella. «Para mí no lo fue».

Mamá la mira sorprendida. Y eso es precisamente lo que más me duele. ¿Por qué no puede entender lo mucho que me dolió en aquel entonces? Quiero decir... tuve que seguir trabajando con Lena hasta la entrega del proyecto conjunto. Tuve que esforzarme a regañadientes para sacar una buena nota. Por las *dos*. Eso fue lo que más me molestó. Y en el pasillo del colegio, Lena fingía no conocerme.

«Cariño», dice con cautela. «Sé que no fue una época agradable para ti. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora tienes éxito y confianza en ti misma...».

«Parece que no te diste cuenta de lo mal que lo pasé», la interrumpí.

Mamá abre la boca y la vuelve a cerrar. «Yo estaba ahí», dice en voz baja.

«No siempre», respondo rápidamente y enseguida me arrepiento. Pero no puedo retractarme. «Tenía dieciséis años», continúo, ahora más rápido. «Y todos los días pensaba que había algo malo en *mí*. Y tú pensabas que solo era callada. O sensible. O que las cosas mejorarían».

Mamá se sienta lentamente en la silla del pasillo. Sus hombros se hunden un poco. «Lo siento», dice en voz baja. «No era mi intención».

Asiento con la cabeza. Por supuesto que no quería hacerlo. Y, sin embargo, sucedió. «Voy a salir un momento. Necesito aire».

Mamá no dice nada más y solo asiente con la cabeza.

Afuera hace más frío de lo esperado. El aire vuelve a oler a nieve. Desde que llegué aquí no ha vuelto a nevar, pero como la

temperatura ronda los cero grados, la nieve se mantiene.

Salgo sin rumbo fijo. Mis pasos son más rápidos de lo que deberían ser con este tiempo. El suelo está bastante resbaladizo. Mi cabeza es un torbellino.

Cosas del pasado. Tonterías de niños.

Me detengo, respiro hondo y luego exhalo. Sé que mamá no lo dice con mala intención. Lo sé. Pero saberlo no cambia nada.

«Maldita sea», murmuro.

«¿Mara?».

Me doy la vuelta. Es Hannah. Antes iba a mi clase. No es alguien que me haya hecho daño, pero tampoco alguien que se haya quedado. Inteligente y siempre con aspecto un poco cansado, incluso entonces.

«Hola», digo realmente sorprendida. «Hannah».

Sonríe tranquilamente y parece, de alguna manera, con los pies en la tierra. Lleva una chaqueta gruesa y amplia, bajo la cual se adivina que está acostumbrada a llevar cosas. Bolsos llenos o niños.

Caminamos juntos unos pasos. «Eres fiscal, ¿verdad?», pregunta Hannah.

«Sí».

«Qué fuerte», dice Hannah. «Me alegro de verdad».

«Gracias».

Hannah duda y luego dice: «Escucha, quizá sea algo espontáneo, pero... estoy recaudando fondos para un hospital infantil aquí en la región».

Me detengo. «¿Un hospital?».

Hannah asiente. «Sí. Hace dos años, mi hijo tuvo que ser operado tras un viaje de tres horas. Era una emergencia. Por suerte, sobrevivió. Pero no todos los niños tienen esa suerte. El largo viaje hasta allí casi le cuesta la vida».

Su voz es tranquila. «Queremos conseguir que se construya uno aquí. Sé que suena ambicioso, pero hay que empezar por algún sitio».

«¿Cuándo?».

«Esta noche», dice Hannah mirando su reloj. «En tres horas».

Hago un rápido cálculo, pienso en mamá y me pregunto si funcionará. Por otro lado, papá está en casa.

«Iré», digo. «Y, por supuesto, haré una donación».

La cara de Hannah se ilumina. «¿De verdad? Gracias. Significa mucho para mí».

«Lo sé».

Se despiden. Sigo caminando, un poco más despacio que antes, para poder oír el crujir bajo mis pies. La ira no ha desaparecido, pero me siento mejor.

Por la noche, cuando entro en la enorme casa de Hannah, donde se recogen los donativos y se mezclan numerosas voces, me siento mucho más segura de mí misma que antes. En un panel que veo al principio hay bocetos de habitaciones de hospital en colores alegres. Niños sonrientes, nuestro futuro en DIN A3. Es impresionante lo que Hannah ha conseguido aquí.

Hoy no me importa que apenas conozca a nadie. Como fiscal, conozco gente nueva constantemente. Así que charlo con algunas personas que Hannah me presenta. Todo es agradable y relajado. Hasta que una persona en concreto entra en la sala: es Lena.

Por un momento, el tiempo se detiene para mí. Los vasos tintinean. Alguien ríe demasiado fuerte en algún lugar. Por un momento, vuelvo a quedarme paralizada y siento la vieja angustia.

Se coloca al borde, con un vaso de agua en la mano. No es el centro de atención como antes, pero tampoco pasa desapercibida. Para eso es demasiado presente. Da igual la ropa que lleve puesta. Lleva algo sencillo, negro, que no le da un aire severo, sino claro. Habla con alguien, asiente con la cabeza, sonríe con esa sonrisa tranquila y madura que no quiere demostrar nada. Y, sin embargo, parece muy diferente a como era antes.

Otra vez no, pienso. Aquí no. Ahora no. Todo iba tan bien.

Mi primer impulso es el mismo que esta mañana: irme. Simplemente dar media vuelta, abrirme paso discretamente entre la multitud, hacer una donación más tarde, y listo. Ya estoy dando un paso atrás cuando Lena levanta la cabeza. Nuestras miradas se

cruzan y, una vez más, no puedo moverme. Sobre todo porque la salida pasa por delante de ella. ¡Qué fastidio!

Siento esa vieja y rápida opresión en el pecho y ya me estoy dando la vuelta cuando...

«Mara».

¡Maldición! Es Hannah, que quiere presentarme a su marido. Estoy demasiado distraída como para recordar siquiera el nombre. Cuando por fin se van, me escabullo hacia la salida. Para llegar a ella, doy un gran rodeo y me acerco por el otro lado. Pero, de alguna manera, debería haber imaginado que era inútil. Me descubren.

«No tienes por qué hablarme», dice Lena. Su voz es firme, pero hay algo que vibra en ella. «Pero si no te importa, me gustaría decirte algo». Lena parpadea, como si esperara mi consentimiento. Pero no puedo simplemente ignorarla. Hay gente a nuestro alrededor. Estoy preparada para todo y respiro hondo. Ya no puede hacerme daño. Soy una mujer madura y tengo la piel dura. Quizás no en su presencia, como se nota en mis manos ligeramente temblorosas. Pero solo se sale fortalecido de las confrontaciones. Así que: ojos abiertos y adelante. «De acuerdo», digo, y levanto la barbilla un milímetro.

«Lo siento». No dice nada más.

Espero un momento, me sorprendo y me río brevemente porque me parece tan irreal. «Vaya, eso ha sido rápido».

«Quiero decir...».

«No», la interrumpo. «Ya es suficiente. Una frase, una vez dicha, y ya está. Muy eficiente».

Lena aprieta la mandíbula.

«Sé que...», comienza tranquilamente y luego se detiene. «Simplemente me debo a mí misma decírtelo».

Cruzo los brazos. «Y yo no te debo nada».

«Es cierto».

Su sinceridad me irrita casi más que cualquier justificación. Antes de que pueda responder, Hannah aparece a nuestro lado, ligeramente sin aliento, con ese talento organizativo que no admite réplica. «¡Ah!», dice aliviada. «Perfecto. Lena, ella es Mara. Te he hablado de ella».

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

«No sé si os conocéis», continúa Hannah, ajena a todo. «Mara es fiscal en Nueva York».

Lena levanta una ceja. «Sí. Me he enterado».

«Eso es estupendo», dice una mujer mayor que se une a la conversación. «Aquí necesitamos a alguien así. ¿Sabe lo difícil que es sacar las cosas adelante cuando nadie entiende cómo funcionan los sistemas?».

Siento que me estoy hundiendo. Como en arenas movedizas. Podría irme ahora, pero algo me retiene.

«Por desgracia, solo estoy de visita». Sonrío educadamente, como si todavía tuviera dieciséis años.

«Pero usted sabe de lo que habla», dice el hombre que está junto a Hannah. «Derecho penal, ¿verdad?».

«Sí».

«Entonces sabrá lo importante que es la atención médica temprana. Y... eh... la protección».

Mara asiente a regañadientes. «Veo a diario lo que ocurre cuando los sistemas fallan».

Lena me mira. «Trabajas con los casos en los que ya es demasiado tarde», dice en voz baja.

Mara carraspea. «Por así decirlo».

Algunas personas asienten con la cabeza. Hannah sonríe como si hubiera deseado precisamente este tipo de conversación.

«Eso es justo lo que necesitamos», dice. «Personas que entiendan que la ayuda no debe empezar solo cuando todo ha salido mal».

Me doy cuenta de que respondo sin querer. «Por desgracia, la prevención es muy cara. Y bueno... invisible».

«Pero aun así se echa en falta», dice Lena. «... cuando no existe».

Miro a Lena. De verdad. No a la chica de antes. No a la mujer con las tijeras en la mano, sino a una persona que parece interesarse por su entorno.

«Es cierto», digo finalmente. «Y precisamente por eso lucho con tanta tenacidad. Porque he visto a demasiadas personas a las que nadie ha protegido».

Lena me mira con una mirada que apenas puedo interpretar. Quizás de reconocimiento. Carraspeo. «Debería seguir», digo abruptamente y me alejo lo más rápido que puedo de este evento.

CAPÍTULO 6

Lena

Al entrar, ya tuvo la sensación de respirar demasiado fuerte. La casa es grande. No ostentosa, pero claramente cara. Techos altos, obras de arte auténticas en las paredes. No del tipo que se entiende, sino del tipo que se supone que cuesta dinero. Los vasos son finos, la luz es cálida y todo parece, de alguna manera, sencillo. Lena sujeta su vaso de agua con demasiada fuerza y casi teme que se rompa. ¿Para qué se hacen vasos tan finos? Cuestan mucho más que los gruesos de las tiendas de descuento. Lo había buscado en Google después de su última visita.

No estás equivocada, se repite una y otra vez. *Estás aquí porque quieres ayudar.*

Sin embargo, se queda al margen y observa. Gente con voces tranquilas, manos cuidadas. Conversaciones sobre subvenciones, planos de construcción, contactos. Conoce estas salas. Nunca ha dejado de sentirlas ajenas, por muy segura de sí misma que sea por lo demás.

Entonces, de repente, apareció Mara. Y, de pronto, todo lo demás dejó de importar. La conversación posterior fue... mal. No fue catastrófica, pero tampoco fue buena. Lena notó cada aspereza y cada actitud defensiva.

Cuando Mara se da la vuelta de repente y se marcha, Lena la sigue sin pensarlo al pasillo. De repente, se encuentran solas y alejadas del ruido, en una habitación estrecha con estanterías

repletas de libros y una ventana desde la que se ve el jardín iluminado. Las voces entran amortiguadas.

«No tienes por qué quedarte aquí, claro», dice Lena, sin tener ni idea de lo que está haciendo. Hablar sin pensar siempre había sido su punto débil.

«No tienes por qué acompañarme», responde Mara.

Un empate.

Lena duda. Sabe que debe ser cautelosa. Pero algo en su interior quiere aclarar algo.

«Antes quería decirte», comienza, «que estoy impresionada».

Mara levanta una ceja. «¿De qué?».

«Por lo que haces», dice Lena. «Por la claridad. Parece que sabes exactamente quién eres».

Es un cumplido sincero.

Pero Mara no sonríe. Al contrario. «Ah, ¿y tú qué?», pregunta fríamente. «¿Sabes quién eres?».

Lena duda un momento. «Creo que sí», dice finalmente. «He construido algo propio».

«Una peluquería», dice Mara.

«Sí», dice Lena sonriendo, porque está realmente orgullosa de ello. «Una buena».

«Por suerte, no hace falta ser muy inteligente para cortar el pelo».

La frase suena tranquila, pero golpea con brutalidad.

Lena siente inmediatamente el conocido golpe en el estómago. Conoce esa sensación. Es la de antes. De las aulas, donde pensabas que eras tonto solo porque pensabas de forma diferente. De los padres, que nunca te preguntaban qué pensabas, sino solo qué habías hecho mal.

«Me estás reduciendo», dice Lena. Su voz es tranquila, pero sus manos tiemblan ligeramente. «A algo que tú consideras insignificante».

«No te estoy reduciendo», dice Mara con dureza. «Te estoy clasificando porque sé muy bien lo que se esconde detrás de tus *cumplidos*». Hace comillas en el aire con los dedos.

Mara la mira. Sus ojos son duros, pero detrás de ellos hay dolor. Lena ahora lo ve. «Cuando te digo que lamento mi comportamiento

anterior, lo digo en serio. Ya no soy la misma».

Pero a Mara no le importa. Se da la vuelta sin decir nada más y sale de la casa.

Sigue creyendo que soy una persona arrogante.

Lena respira hondo y piensa en su infancia. En sus padres, que estaban demasiado cansados para ser amables. En la coraza que se ha puesto porque nadie más la protegía. Si tienes mala suerte, acabas siendo como ella era de joven. Pero ahora es más inteligente y sabia y, sí, también mucho más amable. Al parecer, eso no le importa a todo el mundo. Es su problema.

CAPÍTULO 7

Mara

El café sabe más amargo de lo habitual. Estoy sentada a la mesa de la cocina, con ambas manos alrededor de la taza, como si tuviera que agarrarme a ella. La ventana está empañada, fuera hay una mañana apagada con nieve vieja y helada. Mamá pone un plato con tostadas sobre la mesa. Mantequilla, mermelada, todo como siempre. Papá dobla el periódico y mira de uno a otro, como si estuviera comprobando si el ambiente es lo suficientemente estable como para no alterarlo accidentalmente.

«¿Lo pasaste bien ayer?», pregunta finalmente. «¿En la gala benéfica?».

Mamá asiente con la cabeza cuando yo no digo nada. «Sí. Parece que Hannah se ha esforzado mucho».

Sigo sin decir nada, miro fijamente la taza durante un momento y luego levanto la vista.

«Creo», dice lentamente, «que fui grosera».

Mamá se detiene. «¿Grosera?».

«Con alguien», aclaro. «Con Lena».

«Ah», dice mamá sorprendida. «Eso me sorprende».

Me encojo de hombros. «A mí también».

Papá carraspea. «¿Habéis hablado?».

«Sí», digo. «Un poco. Y luego... no tan bien».

Mamá se sienta. «¿Qué ha pasado?».

Lo pienso un momento y sigo sintiendo ese nudo en el pecho, esa mezcla de justificación y vergüenza. «Dije cosas que... no fueron

agradables».

«¿Sobre qué?».

«Sobre su trabajo», digo en voz baja. «Que es peluquera».

Mamá me mira fijamente durante un buen rato, como si no pudiera creerlo. «Tú no eres así», dice entonces.

«Al parecer, sí. Hay una pequeña zorra malvada dentro de mí».

«No te conozco así», dice mamá con cautela. «Siempre has sido de las que piensa antes de hablar».

Siento cómo algo se contrae dentro de mí. «Quizás en mi trabajo he aprendido a ser más aguda».

Papá no dice nada. Remueve su café, como si quisiera dar tiempo a la conversación.

«Creo que ahora ya no querrá peinarme».

Mamá frunce el ceño. «Sería una pena».

«Probablemente esté justificada», dice papá.

Mamá suspira. «Mara... no sabía que eras tan...».

«¿Así?», pregunto.

Mamá duda. «Tan dura».

Me recuesto y de repente me siento cansada. No físicamente. Más profundamente.

«Me sentía herida», explico. «Y me defendí».

Mamá asiente lentamente. «A veces se hace eso».

Durante un momento, permanecen sentadas en silencio. Entonces, mamá apoya las manos sobre la mesa. «Hoy tengo quimioterapia», dice con calma. «¿Podrías llevarme? Si no, tu padre tendría que volver a coger medio día libre».

Levanto la cabeza inmediatamente. «Por supuesto».

«Es una hora de viaje», dice mamá, casi disculpándose.

«No importa».

Mamá sonríe débilmente. «Gracias, cariño».

Me levanto y dejo la taza en el fregadero.

Antes de salir de casa, me miro brevemente en el espejo del pasillo y vuelvo a ver las canas. Esta vez no pienso en ocultarlas y las acepto con confianza.

Durante el trayecto, nos sentamos tranquilamente uno al lado del otro, mientras el coche avanza lentamente por la carretera,

adaptándose al tiempo. Los árboles y los campos pasan ante nuestros ojos.

Mamá mira por la ventana y, al cabo de un rato, dice: «¿Sabes? A veces las personas siguen arrastrando sus antiguos roles durante mucho tiempo».

No digo nada. No sé si esa frase va dirigida a mí o a Lena. Quizás a las dos.

El hospital aparece finalmente en el horizonte y me da un miedo terrible. A menudo asocio los hospitales con la muerte y no quiero que mi madre muera bajo ningún concepto. En este lugar suceden cosas que no se pueden controlar. Y odio las cosas que no puedo controlar.

Aparco y apago el motor. Nos quedamos sentadas un momento.

«No tienes que hacerlo todo bien», dice mamá en voz baja. «Ni siquiera ahora».

Asiento con la cabeza. No sé si puedo creerlo. Pero quiero creerlo. Cuando salgo del coche y le abro la puerta a mi madre, pienso en la noche anterior. En la cara de Lena cuando me fui. En lo que le dije. Quizás mi trabajo como fiscal me ha endurecido. Este pensamiento me acompaña mientras atravieso con mamá las puertas automáticas del hospital.

La sala de espera huele a desinfectante y a café que ha estado demasiado tiempo en la placa calefactora. Me siento junto a mamá y sostengo su bolso en mi regazo. A nuestro alrededor hay muchas otras personas sentadas. No todas parecen estar enfermas. Quizás la mayoría solo sean acompañantes.

Han llamado a mamá. «No tardaré mucho», me ha dicho, y yo he asintido con la cabeza. Aunque sé que *«no tardaré mucho»* puede significar cualquier cosa en un hospital. Me levanto, doy unos pasos por el pasillo, solo para moverme. Para no pensar ni sentir. Luego me detengo. Al final del pasillo, en una pequeña sala contigua, separada provisionalmente por un biombo, hay una mujer que me resulta familiar. Cuando se da la vuelta, estoy segura. Es Lena.

No está arreglada como de costumbre. No lleva tacones. Lleva una camiseta sencilla, con las mangas remangadas, y el pelo recogido en un moño suelto. En la mano sostiene unas tijeras.

Frente a ella hay una mujer mayor en silla de ruedas, con una toalla sobre los hombros. Lena se inclina ligeramente hacia delante y dice algo que no puedo oír. La mujer se ríe en voz baja. Y entonces Lena empieza a cortarle el pelo.

Inmediatamente siento ese tirón en lo más profundo de mi estómago. Ese cosquilleo indeseado y traicionero que conozco tan bien, o mejor dicho, que conocía. De antes. De cuando aún pensaba que los sentimientos podían sobrevivir a los momentos difíciles. Spoiler: no es así.

Lena se mueve con lentitud y respeto. Cada gesto es benévolo, sus manos parecen casi tiernas. Nada en ella parece artificial.

Recuerdo cómo Lena solía jugar con el bolígrafo en clase. Esa risa que siempre atraía a todo el mundo. A los chicos que se agolpaban a su alrededor como si fuera un premio. Y a Lena le encantaba que la adoraran. Eso era aún peor para mí que la propia adoración. Ella era inalcanzable para mí.

Cruzo los brazos, como si así pudiera alejar la sensación de insuficiencia. He aprendido a controlarme. A juzgar sin dudar. Y, sin embargo, sigo sintiendo ese cosquilleo, persistente, como si solo hubiera estado dormido.

Te equivocaste. *Te equivocaste entonces. Y volverás a hacerlo ahora si no tienes cuidado.*

La anciana en silla de ruedas toma la mano de Lena y le dice algo. Lena se inclina hacia ella y la escucha.

Siento ese viejo afecto que no se manifiesta con grandes gestos. Siento calidez. La sensación de que alguien es bueno, incluso sabiendo que te ha hecho daño.

«Idiota», susurro. «Entérate de una vez». Pero no consigo sacarme ese sentimiento de la cabeza.

No puedes volver a hacerlo. No puedes volver a confiar en que sea una buena persona. No puedes saber con certeza si Lena ha cambiado.

Me doy la vuelta y vuelvo. De regreso, me siento de nuevo junto a la bolsa vacía de mamá. Tengo las manos frías. Cierro los ojos un momento.

Quizás no solo me haya equivocado.

Y precisamente ese pensamiento le da más miedo que cualquier encuentro anterior.

¡*Maldita sea*! El carrusel de pensamientos sigue girando y no puedo hacer nada para detenerlo. Lo único que puede ayudarme ahora es la cafeína. Así que busco una máquina expendedora o una cafetería. La cafetería está en la planta baja, justo al lado del gran ascensor. Huele a café y pasteles. Solo los pacientes en albornoces recuerdan que esto es un hospital. Estoy en la cola, con la cartera en la mano, y miro fijamente la carta que hay sobre la barra sin verla realmente. Dos cafés. Un té. Algo dulce. Que no sea otra vez tarta seca. Ayer trajeron de la panadería Dawson.

Apenas puedo pensar. Eso es lo extraño. Después de horas en el hospital, la cabeza se queda en blanco, como si hiciera espacio para cosas que no se pueden controlar.

La cola avanza. Un abrigo oscuro delante de mí me resulta familiar. Además, reconozco la postura incluso antes de que mi mente se ponga al día.

Demasiado tarde.

Lena está justo delante de mí en la caja. Me vuelvo a quedar paralizada. Pero esta vez solo durante un instante. Luego pienso si sería ridículo salir ahora de la cola. De hecho, sería ridículo. Así que me quedo donde estoy.

Lena paga y coge su taza, luego se da la vuelta. Nuestras miradas se cruzan.

Lena arquea las cejas, sorprendida. Como si no esperara verme aquí. «¿Tú aquí, en el hospital?».

Asiento con la cabeza. «Sí». Y espero que con eso se acabe todo. Que Lena se dé la vuelta y se vaya. Por desgracia, no lo hace.

«¿Vienes a visitar a alguien?», pregunta Lena con cautela.

Inmediatamente siento el reflejo interno de bloquearla. «Solo estoy aquí un momento», respondo evasivamente.

Lena me mira fijamente durante un momento demasiado largo. «Ah, ya».

La cajera me mira con impaciencia. Hago mi pedido rápidamente, pago y me aparto. Lena se queda parada y espera.

¿Por qué no se va?

«Bueno», dice entonces. «Ahora es el momento de preguntar, ¿no?».

En realidad, no.

Levanto la vista a regañadientes. «¿Qué?».

«Por qué estás aquí», dice Lena con calma. «No es casualidad que nos encontremos en el mismo hospital».

Aprieto los labios. *No es asunto tuyo*, pienso. «Es privado», digo en su lugar.

El rostro de Lena cambia. Solo un poco. Pero lo noto.

Exactamente.

Dejo las palabras sin respuesta.

«¿No me lo dices porque soy peluquera o por lo que pasó antes...?» Se interrumpe y niega con la cabeza. «Da igual».

Siento que mi pulso se acelera. «Estás interpretando demasiado».

«¿Ah, sí?», pregunta Lena. Ahora hay aspereza en su voz.

La máquina de café silba ruidosamente. Alguien pide un pedido.

«No te debo ninguna explicación». De alguna manera, ahora me siento como una maldita snob.

«Es cierto», dice Lena. «No me debes nada. Pero deja de actuar como si esto fuera un juego de poder».

«No es así», digo rápidamente.

«Sí», dice Lena en voz baja. «Me has encasillado en una categoría y ya está».

¡Eso no es cierto, maldita sea! «No sabes nada sobre mí», digo.

«Creo que sí», responde Lena con calma.

Siento cómo se me oprime el pecho. *Si supieras que ahora mismo no se trata de mí...*

Las tazas están ahora sobre la barra. La de Lena y la mía. Primero cojo la mía y me doy cuenta demasiado tarde de que en realidad le tocaba a ella antes que a mí. «Tengo que volver».

«Por supuesto», dice Lena. Da un paso atrás, como si quisiera dejarme paso. Ahora me siento realmente mal.

Me quedo un momento más y no sé por qué. ¿Quizás debería aclararlo? Simplemente decir que estoy aquí por mi madre... Pero no, pienso entonces. Sé perfectamente lo mucho que se cotillea en

las peluquerías. La enfermedad de mi madre se propagaría como la pólvora. Está claro que estoy metiendo a Lena en el mismo saco, lo cual seguramente no es justo. Pero ahora mi madre es lo primero.

«No se trata de ti», le digo para que Lena no se sienta mal, porque realmente no es mi intención. Es lo más sincero que puede decir sin revelarlo todo.

Lena coge su taza, se da la vuelta y se marcha sin decir nada.

Me quedo allí, con dos vasos en la mano, y siento que debería trabajar urgentemente en mi comunicación. Como fiscal, debería saber cómo aclarar malentendidos. Pero cuando estoy cerca de Lena, me cuesta mucho pensar. Solo ahora me doy cuenta de que me tiemblan las manos.

CAPÍTULO 8

Lena

Es más tarde de lo que Lena pensaba. El día la ha agotado demasiado. Ahora necesita aire fresco. Ha salido sin rumbo fijo, con el abrigo demasiado fino para este invierno, las manos hundidas en los bolsillos. Sus dudas sobre sí misma vuelven a ser extremas. Se pregunta si alguna vez se librará de ellas.

Las calles están casi vacías, solo se ven algunas ventanas iluminadas. Aquí se conocen estas tardes. Son tranquilas y un poco solitarias. Lena camina rápido, porque quedarse parada no es una opción. No deja de pensar en la mirada de Mara y en esa frase: *«No se trata de ti».* Piensa en cuántas veces ha oído eso en su vida, sin que nunca fuera cierto.

En la esquina de la antigua calle lateral, reduce el paso. La farola de allí parpadea, medio rota, y proyecta más sombras que luz. Y entonces la ve.

Mara viene hacia ella, también con las manos en los bolsillos del abrigo y la mirada al frente. Ella también parece sorprendida. Probablemente ninguna de las dos quería este encuentro.

Ambas se detienen un momento.

«Hola», dice Mara.

«Hola».

Mara ya se dispone a seguir caminando.

Esto enfurece increíblemente a Lena, porque aún tiene mucha energía negativa acumulada. «No», dice entonces. «Espera».

Mara se detiene y se da la vuelta. «¿Qué pasa?», pregunta tensa.

Lena exhala bruscamente. «Quiero saber de una vez qué problema tienes conmigo».

Mara parece irritada. *«¿Me* lo preguntas a mí?».

«Sí», dice Lena. *«A ti*. No tengo ni idea de por qué te comportas de forma tan injusta conmigo».

«Tú sí que lo sabes», dice Mara.

«Eso fue hace mucho tiempo. Éramos niñas».

Mara da un paso hacia ella. «¿Quieres que deje el pasado en paz?».

«Sí», dice Lena. «Porque ya no somos esas personas».

«Puede que tú ya no seas esa persona», dice Mara. «Pero yo sigo siendo la que sufrió por ello».

«¿Y cuánto tiempo vas a odiarme por eso?», pregunta Lena con dureza. «¿Toda la vida?».

«No te odio», dice Mara inmediatamente.

«Sí», dice Lena. «¿Y sabes qué? Lo he aceptado. Pero ya no me lo merezco».

Mara baja la barbilla. «Tienes razón».

Lena parpadea. «¿Qué?».

«Tienes razón», repite Mara en voz baja. «Ya no te lo mereces».

Durante un instante, no pasa nada. Solo se oye su respiración en el aire frío. Y entonces ocurre algo que desconcierta a Lena por un momento.

Mara levanta la mano, agarra el cuello del abrigo de Lena, la atrae hacia sí y simplemente la besa.

Lena está tan sorprendida que no puede moverse. No es un beso vacilante. Es apasionado y exigente, lleno de años acumulados. Los labios de Mara se presionan contra los de Lena como si tuviera que demostrar algo. La pregunta es: ¿qué? ¿Quiere desestabilizar a Lena? ¿Es un beso de venganza?

¡Mara se equivoca de persona! Lena le devuelve el beso. Con la misma intensidad e impulsividad. Eso no la sorprende. En su vida ya ha besado a otros muy diferentes.

Pero entonces Mara se separa bruscamente. Al parecer, eso fue demasiado para la fiscal.

«No», dice, más para sí misma que para Lena. Da un paso atrás y respira con dificultad. Sus ojos están oscuros. «Lo siento», dice Mara rápidamente. «Ha sido un error».

Lena no tiene ni idea de lo que le pasa a Mara. Pero, por el momento, no parece que haya sido un beso de venganza ni nada por el estilo.

«Mara...».

Pero ella ya se ha dado la vuelta. «No debería haber pasado», dice por encima del hombro, y luego echa a correr. Sus pasos resuenan con fuerza en el asfalto y poco a poco se van apagando.

Lena se lleva una mano a los labios, como si tuviera que comprobar si realmente ha sucedido. Su respiración es superficial. ¿Qué acaba de pasar?

«Maldita sea», susurra y regresa lentamente a su apartamento.

CAPÍTULO 9

Lena

El beso fue... crudo. Desprotegido. Lleno de cosas que nunca se habían dicho. Y, sin embargo, había parecido real.

¿Cómo era posible?

Al llegar a su apartamento, Lena cierra la puerta tras de sí y se apoya brevemente contra ella. La envuelve un silencio familiar. En realidad, le gusta la tranquilidad, pero a veces también se siente sola. Especialmente en días como hoy. Se quita el abrigo, lo deja descuidadamente sobre la silla y se quita los zapatos. El ático está en penumbra. Lena deja la luz apagada y se dirige a su dormitorio. Se sienta en la cama y luego se acuesta sin cambiarse de ropa. Mira fijamente al techo, donde las sombras de los coches que pasan se deslizan lentamente.

¿Por qué lo ha hecho Mara? Ella es heterosexual. ¿No había salido antes con ese tal Mike? Lena ya no estaba tan segura de si Mara quería provocarla a propósito. Pero ¿por qué se hace algo así? Y después de tantos años.

Lena se gira hacia un lado y se tapa hasta la barbilla con la manta. Su cama le parece enorme. Echa de menos la intimidad. No el sexo, sino saber que alguien se queda, al menos por un momento. No tener que explicar por qué eres como eres.

Te han utilizado, le susurra una voz en su interior. O *te has dejado utilizar.*

Aprieta los ojos. «No», dice en voz baja en la habitación. «Nadie hace algo así».

La vieja sensación de insuficiencia se apodera de ella. Siempre habrá gente en su vida que quiera provocarla o que la considere estúpida o incapaz. En el caso de la mayoría de la gente, no le importa. Pero ¿por qué precisamente Mara?

Las lágrimas le brotan de los ojos. Deja que fluyan.

Eres adulta, se dice a sí misma. *Deberías saberlo mejor.*

Lena vuelve a darse la vuelta y se tumba boca arriba. Suspira y se pasa la mano por la cara. «Maldita sea», murmura. «¿Qué vendrá después?».

CAPÍTULO10

Mara

Ya estoy despierta cuando entro en la cocina, pero no me siento así. La luz exterior es gris, hace tiempo que no sale el sol. Hoy echo especialmente de menos la primavera.

La mesa está puesta: dos tazas de café, una cesta con pan, mantequilla, mermelada. Todo como siempre. Y, sin embargo, el mundo es otro. He besado a Lena. ¿Qué demonios me ha pasado?

Papá está de espaldas a mí junto a la ventana, con una taza en la mano. Todavía lleva el jersey de anoche, con los hombros ligeramente encogidos, como si tuviera frío, aunque la calefacción está encendida. Parece que él tampoco se encuentra muy bien.

«Buenos días», digo en voz baja.

Se da la vuelta y sonríe aliviado, como si no estuviera seguro de que fuera a venir.

«Buenos días, Mara».

Me siento y me echo un mechón de pelo detrás de la oreja. La silla de enfrente permanece vacía.

«¿Mamá?», pregunto.

Papá suspira y se sienta lentamente. «No ha podido levantarse. Hoy es un mal día».

Asiento con la cabeza. Eso explica el ambiente deprimido. De repente, mis propios problemas me parecen ridículos.

«Más tarde le llevaré algo», digo.

«Ha dicho que primero quiere estar sola», responde él, y luego, casi disculpándose: «Se avergüenza».

No debería. No por el malvado tumor que le está amargando la vida.

Papá coge el cuchillo, unta mantequilla en una rebanada de pan, olvida por un momento lo que quería hacer y se detiene, como si tuviera que recordar por qué lo está haciendo. Lo observo con el rabillo del ojo. Hoy parece más viejo.

«Tu pelo», dice finalmente. «Se te está cayendo de verdad... A mechones».

Aprieto los labios y lo veo ante mí, aunque no lo haya visto. Mamá, que siempre era tan cuidadosa, tan ordenada en todo lo que hacía... y ahora esto.

«Eso lo empeora aún más», continúa en voz más baja.

Doy un sorbo al café. Está tibio.

«Dice que ya no se siente ella misma», dice. «Y yo...». Se interrumpe, se ríe brevemente, impotente. «Siempre digo alguna tontería. Que solo es pelo. Que es preciosa...».

Cierro los ojos un momento. «¡No es una tontería! Y tampoco estás haciendo nada mal».

«Lo sé», dice. «Pero aun así lo siento así».

Comemos en silencio durante un rato. El pan cruje ruidosamente. El reloj hace tictac. Entonces, papá carraspea. «Mara», dice con cautela, como si estuviera pisando terreno peligroso. «Quería preguntarte algo».

Lo miro. «¿Sí?».

Duda, aparta el pan sin haberlo comido realmente. «Ya conoces a... Lena».

Siento cómo algo se contrae dentro de mí, esa lenta y desagradable sensación que ya conozco demasiado bien. «Sí», respondo lacónicamente.

«Ella tiene experiencia en estas cosas», continúa sin mirarme. «Con mujeres a las que se les cae el pelo. Pelucas o pañuelos. Tu madre...». Busca las palabras adecuadas. «Quizás se sentiría mejor si lo hablara con alguien que sepa de estas cosas. Y no conmigo, que no tengo ni idea de cómo abordar algo así... con delicadeza».

Tragué saliva. «Quieres decir que debería llamar a Lena».

Él asiente. «Sin hacer mucho ruido. Solo... hablar. Quizás».

Me recuesto en la silla. Esta cruje. De repente, mi cabeza se llena de ruido. ¡Mierda! ¿Después de lo de anoche? ¿Después del beso? Pensará cualquier cosa de mí. Eso fue acoso sexual, ¿no? Si hubiera sido al revés, quizá habría considerado emprender acciones legales.

«No es una buena idea», digo entonces.

Mi padre frunce el ceño. «¿Por qué no?».

«Porque...», empiezo a decir y me callo, porque no puedo decir la verdad. No puedo decir que simplemente la besé. Porque no me controlé. No puedo decir que todo es más complicado de lo que crees. Pero tal vez debería hacerlo.

«Es incómodo», digo en su lugar. «Para mí».

«Lo sé», dice mi padre con suavidad. «Pero se trata de mamá».

Eso me deja sin palabras. Vuelvo a mirar el sitio vacío en la mesa. El sitio donde suele sentarse mamá. Tragué saliva y no fui capaz de rebatir ese argumento. ¡Mamá es lo más importante ahora mismo! ¿A quién le importa ese estúpido beso?

«Tu madre necesita ayuda», continúa. «Y la necesita *ahora*».

Asiento lentamente. Lo sé. Eso es lo peor de todo. «No la voy a abandonar», digo. Más para mí misma que para él.

Papá me mira con gratitud. «Lo sé».

Los dos nos levantamos. Recojo las tazas y las pongo en el fregadero. Mis manos se mueven automáticamente. En mi cabeza se forma un pensamiento que no quiero: puedes huir de Lena, pero no de lo que ahora se necesita. Y mientras abro el grifo, pienso en cómo estaba Lena en el hospital, con esas manos seguras y esa mirada amable, y sé que la llamaré.

No porque quiera, sino porque el amor a veces significa hacer cosas que te duelen.

Espero a propósito hasta que amanece fuera. Hasta que las luces de los escaparates de las tiendas se apagan una tras otra, hasta que la calle se calma. Son poco más de las seis cuando aparco el coche y me quedo sentada un momento más, con las manos inmóviles en el

regazo, la mirada fija en la puerta del salón, detrás de cuyo cristal se mueve alguien.

Ahora sería el momento adecuado. Solo tengo que armarme de valor. Respiro hondo por última vez. Luego salgo del coche.

Al entrar, suena la campanilla que hay sobre la puerta, más suave de lo que la recuerdo. El salón parece más grande sin clientas. El olor a champú y agua caliente aún flota en el aire.

Lena está de espaldas a mí y barre el suelo. Se ha subido las mangas. Cuando nota el movimiento detrás de ella, se detiene y se da la vuelta. Su mirada escéptica se posa en mí y vuelve a despertar en mí la conocida sensación de vergüenza.

«En realidad estamos cerrados», dice.

Asiento con la cabeza. «Lo sé». Me quedo cerca de la puerta, como si tuviera que asegurarme primero de que realmente puedo quedarme. «Quería...», empiezo, me interrumpo, exhalo. «Quería disculparme».

Lena no dice nada. Apoya la escoba contra la pared, no cruza los brazos, pero tampoco se acerca. Su silencio me inquieta más que cualquier respuesta brusca.

«Por lo de ayer», continúo, como si tuviera que llenar el silencio antes de que me abrumara. «Y por... otras cosas. Fui injusto y estaba dolido. Pero eso no es excusa para hacerte daño».

Lena me mira fijamente durante un largo rato. Su expresión permanece tranquila, casi neutra, y sigue sin decir nada.

Siento que mi pulso se acelera. Estoy acostumbrado a que la gente reaccione. Que esté de acuerdo, en desacuerdo, se defienda, cualquier cosa. Este silencio me obliga a seguir adelante. «No se me da bien», digo en voz más baja, «expresar o aclarar las cosas cuando me afectan».

Una imperceptible mueca aparece en su rostro. Quizás sea mi imaginación.

Tragué saliva y levanté la vista. «Pero no estoy aquí solo por eso».

Ahora Lena se endereza un poco, como si solo estuviera esperando a saber cuál era mi verdadero motivo. «Ah».

«Se trata de mi madre», digo. «El otro día en el hospital vi que tienes experiencia... con mujeres que pierden el pelo».

Lena frunce ligeramente el ceño. «Y por eso has venido a verme».

«Sí», respondo con sinceridad. «Y sé cómo se ve eso».

«¿De verdad?», pregunta ella.

Asiento con la cabeza. «Sé que no te he inspirado precisamente confianza. Y entiendo que no quieras hacerlo».

Lena se da media vuelta, coge la escoba y la deja definitivamente a un lado. «Ya no trabajo para personas que no me hacen bien».

Respiro hondo. «Te he pedido perdón».

Ella se ríe brevemente, sin humor. «Sin sentirlo».

Probablemente no sirva de nada negarlo. De todos modos, no me creería. Cierro los ojos por un momento. Luego digo en voz baja: «Mi madre tiene cáncer».

Lena me mira ahora de otra manera. Con un poco de compasión, si interpreto bien su mirada.

«Ha empezado la quimioterapia», continúo. «Esta mañana apenas podía levantarse. Y su pelo...». Me interrumpo y aprieto los labios. «Le está afectando mucho».

Lena sigue sin decir nada, pero da un paso hacia mí. Al cabo de un rato, responde: «Lo siento por tu madre».

«No estoy aquí porque me resulte cómodo», digo. «Ni porque crea que me debes algo. Estoy aquí porque ella necesita ayuda. Y porque no sé cómo conseguirla. No creo que seas incapaz porque te dediques a peinar. Sé que ayudas emocionalmente a mucha gente. Y quiero que también ayudes a mi madre».

Lena me mira a los ojos. Luego suspira en voz baja. «Iré el fin de semana», dice. «Si a tu madre le parece bien».

Asiento con la cabeza, más rápido de lo que quería. «Gracias».

Nos quedamos un momento frente a frente, sin necesidad de decir nada más. La luz del salón es cálida, tenue. Afuera pasa un coche.

«Bueno, pues nada», digo.

«Mara», dice Lena cuando ya me he dado media vuelta.

Me detengo.

«Lo hago por tu madre».

Asiento con la cabeza. «No quiero nada más».

CAPÍTULO 11

Mara

Me despierto antes de lo necesario. La casa aún está en silencio, ese silencio profundo y cauteloso que se produce cuando todos esperan que el día de hoy sea más agradable. Me quedo tumbada un momento y escucho el suave crujir de la calefacción y, finalmente, los pasos de papá.

Me levanto y me visto. Vaqueros, un jersey sencillo, nada que llame la atención. Nada que delate lo nerviosa que estoy hoy. Me recojo el pelo en una coleta alta.

En la cocina, papá está sentado a la mesa con un periódico delante que no lee. Mamá ya está allí, en bata, con un pañuelo atado sin apretar alrededor de la cabeza. Sonríe cuando me ve, pero es una sonrisa débil, como si le costara esfuerzo.

«Llegas temprano», dice.

«Es la costumbre», respondo.

Me siento y me sirvo un café. El aroma me resulta familiar y reconfortante. Por un momento, me siento como antes, antes de aprender que con suficiente distancia se puede controlar todo mejor.

«Lena llegará sobre las diez», dice papá con indiferencia y dobla el periódico, aunque nadie le ha preguntado.

Casi me atraganto con el café. «A las diez», repito.

«Sí», dice mamá. «Anoche llamó y preguntó si me parecía bien. Es una chica muy simpática».

Me río por dentro, porque antes era todo lo contrario. De alguna manera, «chica agradable» no es precisamente lo que mejor la

describiría. Ni siquiera ahora, como la simpática peluquera de al lado.

«Dijo que no tardaría mucho. Y sonaba muy... simpática», repite.

¡Otra vez eso de «agradable»! Lena siempre suena agradable antes de apuñalarte por la espalda. Inmediatamente me avergüenzo de ese pensamiento. No se lo merece. Al fin y al cabo, hoy está aquí para ayudar a mamá.

«No queríamos estresarla», continúa papá. «Así que lo preparamos todo especialmente».

Señala la mesa de la cocina, sobre la que ya hay una pila de toallas limpias, cuidadosamente dobladas, junto a un cuenco con galletas.

Cierro los ojos un momento. Lena no parece precisamente el tipo de mujer a la que le gustan los dulces. Más bien se burlaría de ellos. Con su figura impecable, seguro que no consume calorías vacías.

«Papá», le digo lentamente, «ella viene a ayudar a mamá, no a tomar el té».

«Aun así, se puede ser amable», responde él.

¡Amable! ¡Me dan ganas de gritar!

Mamá sonríe con ironía. «Tu padre está más nervioso que yo».

Miro a mi madre, veo el cansancio en sus ojos, la forma en que inclina ligeramente la cabeza, como si quisiera protegerla. De repente, toda mi actitud defensiva cambia. «Me alegro de que venga», digo en voz más baja. Y lo digo en serio.

La mañana se hace larga. Recojo cosas, aunque nadie ha dicho que estén estorbando. Lo importante es tener algo que hacer. Voy dos veces a mi habitación, ordeno nada y todo al mismo tiempo. Me miro en el espejo más veces de las que debería. ¿Cómo se puede ser tan vanidoso? *Eres adulto*, me digo a mí mismo. *Ya has superado situaciones peores que esta.*

Y, sin embargo, esto me parece un examen para el que nunca he estudiado. Lena en *mi* casa. Sonaba absolutamente irreal. Cuando suena el timbre, me sobresalto.

«Yo voy», digo rápidamente.

Mamá levanta una ceja. «Vale».

Abro la puerta y ahí está ella. Se ve diferente a como se veía en el salón y mucho más diferente a como se veía en la gala. No está arreglada, sino con ropa cotidiana. Por supuesto, eso es una tontería. Ella nunca podría verse cotidiana. Solo por su carisma y su ondulante cabello rojo, se ve especial.

Lleva una chaqueta clara, vaqueros y el pelo suelto y ondulado. Su rostro parece relajado y sí, vuelve a estar preciosa. No me cansaré de repetirlo.

Inmediatamente vuelvo a sentir esa vieja punzada. *¡Oh, no!*

¡Tengo que recomponerme ahora mismo!

«Hola», dice ella.

«Hola», digo con voz clara e insegura. «Gracias por venir», añado apresuradamente. «Bueno. Por estar aquí. Por...».

«No pasa nada», dice Lena con suavidad. «Sé por qué estoy aquí». Entra.

Mamá ya está en el pasillo, más erguida que antes, como si se hubiera recompuesto para este momento. «Lena», dice cordialmente. «Me alegro de que hayas venido».

«Me alegro de verte lejos del bullicio de la ciudad». Le da la mano a mamá.

Yo estoy a su lado y de repente me siento como un mueble molesto. Papá también le da la mano a Lena. «Le estamos muy agradecidos», dice. «De verdad. Mi mujer siempre ha dado mucha importancia a su pelo».

«Papá», murmuro.

«No pasa nada», dice Lena con calma.

Entramos en la sala de estar. Mamá se sienta, Lena deja la bolsa y saca paños y un cepillo suave.

Me apoyo en la pared, con los brazos cruzados y tratando de mantener una postura que sea algo entre segura e indiferente. Por dentro, soy todo lo contrario.

Lena explica con calma las opciones disponibles. Mamá responde con sinceridad, a veces con una broma, a veces desviando brevemente la mirada. Lo observo todo desde la distancia. Me

conmueve lo mucho que sufre mamá. Solo quiero que este maldito cáncer desaparezca.

Entonces, sin querer, la mirada de Lena se cruza con la mía. Por una fracción de segundo, hay algo. Finalmente, vuelve el recuerdo de la calle oscura del otro día, de los labios y de una cercanía que fue claramente excesiva. Carraspeo ruidosamente. «Yo... voy un momento a la cocina».

«Relájate», dice papá inmediatamente. «Esto es interesante».

Preparar acusaciones de asesinato es interesante, pienso. Esto es una tortura. Aun así, me quedo.

En algún momento, mamá se ríe cuando Lena le muestra un pañuelo que le queda sorprendentemente bien. «Quizás no sea tan malo», dice.

Tragué saliva. Me sentía orgullosa y avergonzada al mismo tiempo, y completamente fuera de lugar. Todo esto sería más fácil si no supiera cómo se sentían los labios de Lena. Si no sintiera ese maldito calor cada vez que se mueve.

Contrólate, pienso. *Eres fiscal*.

Pero las fiscales no se vuelven inmunes a los viejos sentimientos. Solo aprenden a ocultarlos mejor.

Lena se arrodilla delante de mamá. Ha dejado el cepillo a un lado y observa el pelo de mamá con una mirada concentrada, que no juzga, solo percibe.

«¿Puedo ser sincera?», pregunta en voz baja.

Mamá asiente inmediatamente. «Por favor».

Lena levanta con cuidado un mechón, como si quisiera sentir su peso. «Probablemente su cabello se volverá aún más fino», dice con calma. «No de la noche a la mañana. Pero se notará».

Mamá exhala. «Lo sé».

«Técnicamente, sería posible un peinado corto», continúa Lena, «pero no creo que se sintiera cómoda con él».

Mamá duda. «He tenido el pelo largo toda mi vida», dice casi disculpándose. «Sé que suena vanidoso».

Lena niega con la cabeza. «En absoluto. Le queda muy bien. Y por eso le recomendaría una peluca. Para los días en los que quiera sentirse lo más normal posible. O fuerte».

Mamá frunce el ceño. «¿No son... artificiales?».

Lena sonríe levemente. «No todas. Y no tenemos que precipitarnos».

Mete la mano en el bolso y saca un pequeño y discreto catálogo de muestras. «Elegiríamos algo muy parecido a tu cabello», explica. «De color y longitud similares».

Observo cómo los hombros de mamá se relajan lentamente. «Y debajo», continúa Lena, «podríamos trabajar con los pañuelos».

Mira a mamá. «Puede cambiarlos. Dependiendo del día o de cómo se sienta».

Mamá asiente lentamente. «Suena... factible».

Noto cómo algo que llevaba días reprimiendo se libera dentro de mí.

«No tenemos que decidir nada hoy», dice Lena con calma. «La próxima vez traeré uno o dos modelos. Sin compromiso. Primero los ve y los toca y luego decide».

Mamá sonríe. «Gracias», dice. «Que lo diga así...».

«De verdad», responde Lena.

Y creo que lo dice sinceramente. Miro alternativamente a una y a otra. Lena significaba muchas cosas para mí. La causante de viejos enfados, la fuente de sentimientos indeseados, alguien que me desequilibraba. Pero aquí, en este momento, veo algo diferente: alguien que sabe exactamente cuándo no hay que imponer nada. Y eso me afecta profundamente de forma inesperada.

Cuando Lena se levanta más tarde y recoge sus cosas, mamá me lanza una mirada que dice: «Es buena».

Solo asiento con la cabeza, porque no puedo hablar en este momento.

En algún lugar entre pelucas, pañuelos y frases susurradas, Lena ha hecho algo que nunca hubiera imaginado: le ha devuelto a mi madre un poco de dignidad. Sin quererlo, vuelven a mí viejos sentimientos que no quiero tener allí.

CAPÍTULO 12

Mara

El coche huele a papel y manzanas. Estoy sentada en el asiento del copiloto, con la lista de la compra en las rodillas, mientras mi padre conduce con ambas manos firmemente agarradas al volante, como si tuviera que asegurarse de que al menos eso funciona. El cielo está bajo, gris, no amenazante, más bien agotado, igual que yo.

«Necesitamos leche de avena», dice sin mirarme. «Y algo que se pueda calentar rápidamente».

«Lo apunto», digo, aunque ya está en la lista.

Conducimos lentamente por la calle principal. Hay poco tráfico, las tiendas están cerradas y los escaparates a oscuras. Dejo que mi mirada vague sin buscar nada en concreto. Entonces reconozco la peluquería de Lena. El gran escaparate está oscuro y solo refleja la calle y el coche.

«Ah», dice mi padre con indiferencia, «ahí está la peluquería».

Asiento con la cabeza. «Sí».

El coche sigue avanzando, pero mi mirada se queda fija en el cristal oscuro. Pienso en Lena, en su sonrisa, en su cabello cobrizo.

«Basta», pienso.

No tengo motivos para pensar en ella. No es necesario. Ya se ha dicho todo lo importante, se ha arreglado todo lo necesario. Lena ayudará a mamá y después ya se verá.

«Tu madre estaba de mejor humor esta mañana», dice mi padre. «Incluso bromeó».

«Sí», digo. «El pañuelo le queda bien».

«Lo ha elegido ella misma», añade, casi con orgullo. «Gracias a Lena». Siento un pequeño tirón. No es realmente desagradable, pero... inoportuno. «Es buena en lo que hace», digo con objetividad.

«Eso es lo que yo pensaba», dice él. «Muy tranquila. Y, de alguna manera... atenta».

Aprieto los labios. No sé por qué me pone nerviosa.

«Antes no eras tan callada», dice mi padre de repente.

Lo miro. «¿A qué te refieres?».

«Bueno», dice con una sonrisa torcida. «Ahora estás muy pensativa. Como antes, cuando algo te preocupaba y no sabías qué hacer con ello».

Apoyo la cabeza en la ventanilla. Afuera pasan casas, familiares y extrañas a la vez. «Tengo muchas cosas en la cabeza», digo.

«Así es», asiente él.

En el supermercado, recorremos los pasillos, empujamos el carrito y hablamos de cosas sin importancia. Cojo las cosas que están en la lista: pan, pasta, tomates en lata. Normalidad en envases de plástico. En la caja, vuelvo a pensar en la ventana oscura. En que una tienda cerrada puede ocupar espacio de todos modos. En que la ausencia a veces está más presente que todo lo que hay. La besaste, pienso. Sin duda fue un error.

Mientras cargamos las bolsas en el coche, me doy cuenta de que no pienso en la culpa, sino en algo mucho más desagradable: que Lena está ahí incluso cuando no está. En mis pensamientos, ella siempre está presente. Que existe en espacios que ahora están vacíos. Y que no tengo ni idea de qué hacer con eso.

La casa de Hannah y Tom está en una calle tranquila, no muy lejos del río, donde las aceras se estrechan y la nieve se mantiene más tiempo, porque el sol solo se cuela brevemente entre las casas. El jardín delantero está ordenado, pero no demasiado arreglado, y en el porche hay una pequeña bicicleta roja apoyada, medio volcada, como si alguien la hubiera dejado allí apresuradamente para entrar. Aparco en el borde y me quedo sentada un momento. El invierno aún se respira en el aire, aunque el calendario ya anuncia marzo. La nieve está dura y gris en los bordes, pisoteada, como si hubiera

decidido no moverse más, solo quedarse. Me abrocho el abrigo y pienso involuntariamente en Lena. El recuerdo de ella se ha quedado tan fijo como la nieve.

Hannah abre la puerta antes de que pueda llamar al timbre.

«Entra», dice con calidez. «Hace frío ahí fuera».

Dentro huele a café y a algo dulce, quizá bollería, y a ese olor indefinible de las familias que siempre tienen un tendedero en algún sitio. Del salón llegan voces y risas apagadas, y un breve «¡No corráis!» desde algún lugar arriba.

«Los niños están ocupados», dice Hannah, casi disculpándose. «Al menos durante los próximos veinte minutos».

«No pasa nada», digo.

Me quito el abrigo, lo cuelgo en un gancho, junto a chaquetas de tamaño infantil, y sigo a Hannah a la cocina. La mesa es grande, de madera clara, con unos lápices de colores tirados y una hoja de papel a medio pintar.

Me siento y envuelvo con las manos la taza caliente que Hannah me ha servido. El calor me sienta bien.

Tom se une a nosotros con las mangas de la camisa remangadas, como si acabara de arreglar algo.

«Mara», dice, y me da la mano. «Me alegro de que hayas venido».

«Gracias por la invitación», respondo.

Se sienta, suspira en voz baja y se pasa la mano por la cara.

Durante un momento hablamos de cosas sin importancia. El colegio. El tiempo. El hecho de que este año el invierno no quiere acabar. Afuera, algo parece golpear la ventana, pero parece ser solo hielo que se desliza del tejado.

«He estado pensando en ello últimamente», dice Tom finalmente. «En lo que dijiste en la gala».

Levanto la vista.

«Tenemos mucha gente comprometida aquí en la ciudad», continúa. «Pero cuando las cosas se ponen serias, en el ámbito legal y médico, nos falta algo».

«Estructuras», digo en voz baja, entendiendo lo que quiere decir, pero sin saber adónde quiere llegar con esta conversación.

Tom asiente. «Exacto. Solo te das cuenta cuando las necesitas».

Hannah deja su taza sobre la mesa. «Cuando nuestro hijo enfermó, no sabíamos a quién llamar. No teníamos a nadie a quien acudir. No teníamos un plan de emergencia».

«El hospital estaba a más de una hora en coche», dice Tom. «En plena noche. Y tuvimos suerte. Otros no la tuvieron».

Siento cómo algo se contrae dentro de mí. Pienso en el hospital. En Lena, que estaba allí sentada como si fuera parte de ello, aunque nadie se lo hubiera pedido. Pero yo había tensado. ¿Qué más quiere?

«A menudo recibo llamadas», dice Tom. «La gente pregunta si conocemos a alguien que... asesore legalmente. Y entonces oigo que eres fiscal y pienso: quizá...».

Ahí está el quid de la cuestión. Inmediatamente niego con la cabeza. «Es un malentendido».

Tom frunce el ceño. «¿En qué sentido?».

«Los fiscales representan al Estado», explico. «No a las personas. Nosotros acusamos. No asesoramos. No estamos aquí para proteger a nadie, sino para hacer cumplir la ley».

Hannah asiente lentamente. «No lo sabía».

«Muchos no lo saben», digo. «Por supuesto, es un problema que aquí no haya nadie que ayude, explique o acompañe de forma accesible. Eso debería hacerlo un abogado».

Tom se recuesta en su asiento. «Y no lo hay».

«Sí», digo. «Y no en teoría. Sino en la práctica».

«Amo esta ciudad», dice Tom en voz baja. «Y quiero que podamos vivir aquí bien y seguros».

Hannah me mira. «Pensaba que estabas pensando en echar raíces aquí».

Abro mucho los ojos. «¿Quién ha difundido ese rumor?».

Hannah mira a su marido.

No quiero saberlo con exactitud. «Da igual. Solo estoy aquí para ayudar a mi madre. En cuanto se recupere, volveré a Nueva York».

Durante un momento, se hace el silencio. Entonces, un niño se ríe en algún lugar y se cambia de tema. Lamento que tuvieran expectativas sobre mí que no puedo cumplir. Pero, lamentablemente, no puedo hacer felices a todos.

CAPÍTULO 13

Lena

Cierro la puerta de casa más despacio de lo necesario. Estoy preparada para el silencio. Para el olor del café, que hace tiempo que se ha enfriado, para el sonido amortiguado de la televisión, que mi padre siempre enciende cuando el reloj marca las ocho. Dejo la bolsa, me quito el abrigo y oigo voces en el salón.

Me detengo.

«... De verdad, Lena, eso es demasiado azúcar», dice mamá, y en su voz hay esa sonrisa familiar que últimamente he oído con muy poca frecuencia.

«Entonces yo me tomaré un trozo más grande», responde Lena secamente.

Cierro los ojos un momento. ¿Por qué está ella aquí?

Al doblar la esquina, las veo a las dos sentadas a la mesa. Mamá en el sillón, con el pañuelo suelto, una taza de café en la mano. Lena en el borde de la silla, relajada, como si estuviera en su sitio. Entre ellas, un plato con tarta y una botella abierta de vino tinto en el aparador.

Me detengo en seco. «¿Qué...?»

Lena levanta la vista. Su mirada es de sorpresa. «Hola».

«Hola», digo secamente. Luego señalo la botella. «Eh... ¿Vino?».

Mamá se vuelve hacia mí. «Solo para los invitados».

«Mamá...».

«Que yo no pueda beber no significa que mis invitados tampoco puedan», dice con suave firmeza. *«Yo* estoy enferma, los demás no».

Lena levanta ligeramente su copa. «Beberé por ti».

Aprieto los labios. Vale, pienso. No es mi lucha.

«Pensaba que ya habíais terminado», digo y me dirijo a la cocina, más por escapar que por necesidad.

«Nos hemos entretenido charlando», grita mi padre desde el pasillo. «Ven con nosotros».

¡Por Dios!

Me sirvo un vaso de agua, respiro hondo y vuelvo. Lena sigue allí sentada, ahora con la copa de vino tinto en la mano. Parece relajada.

«Estábamos hablando de Tom», dice mamá cuando me siento. «Y de lo que pasó entonces».

Asiento con la cabeza. «Lo del hospital».

«Fue un caos», dice papá.

«Fue más que eso», dice mamá. «Salió incluso en el periódico. ¿Te acuerdas?».

Recuerdo los titulares y la indignación que estalló brevemente y luego desapareció.

«La ciudad estaba completamente desbordada», continúa mi padre. «Nadie sabía quién era el responsable. No había ningún punto de contacto».

Lena asiente con la cabeza. «Lo recuerdo perfectamente, pero no ha pasado gran cosa desde entonces. Simplemente necesitamos a alguien que defienda nuestros derechos».

Me mira. No sé por qué no se limita a mirar su copa de vino.

«En fin», dice mi padre, inclinándose hacia delante, «pensamos que sería bueno que hubiera alguien aquí que supiera del tema. Me refiero a cuestiones legales. Y tú eres la persona ideal, Mara».

Otra vez no. Suspiro en voz baja. «Papá...».

«Solo digo», continúa, «que eres fiscal. Podrías ayudar a la ciudad».

«Son dos profesiones completamente diferentes», digo inmediatamente. «Es la tercera vez que lo explico esta semana».

«Pero el derecho es el derecho», dice él.

«No», respondo. «No lo es».

Siento la mirada de Lena sobre mí, pero mantengo la de mi padre. «Un fiscal representa al Estado», explico. «No a individuos. No puedo asesorar a nadie, ni representar a nadie, ni defender a nadie. Sería un conflicto de intereses».

«Pero, en teoría...», comienza mi padre.

«En teoría», le interrumpe Lena con calma, «tendrías que renunciar a tu cargo, obtener la licencia de abogada y entonces ya no podrías trabajar para la fiscalía».

Todos la miran.

Parpadeo. «¿Cómo sabes eso?».

Lena se encoge ligeramente de hombros. «Lo leí una vez».

Resoplo. «Claro».

«Eso significa», dice mamá pensativa, «que no es tan fácil».

«No», respondo. «Y, sinceramente, tampoco es lo que deseo».

Ahora todos me miran.

Lena da un sorbo de vino y deja la copa sobre la mesa. «Pero sería posible», dice en voz baja. «Si alguien realmente lo quisiera».

La miro.

«A Mapleton le falta alguien», dice Lena. «Necesitamos a alguien que represente legalmente a la gente».

Me recuesto en mi silla. «El problema es que todos piensan que alguien más se encargará de ello».

«Y entonces nadie lo hace», añade Lena.

Exacto. Es más inteligente de lo que pensaba. En realidad, es cruel pensar algo así. Los prejuicios vuelven a dominarme.

«Estoy cansada», dice mamá de repente. Se recuesta en el sillón y cierra los ojos por un momento. «Tan cansada», repite, sin quejarse, pero visiblemente agotada.

Lena deja su vaso. «Entonces debería irme».

«Tonterías», dice mamá inmediatamente y vuelve a abrir los ojos. «Vosotros dos deberíais terminar de beber tranquilamente. Tu padre me llevará arriba».

Levanto la cabeza. «Mamá...».

«No», dice con firmeza. «Tengo la edad suficiente para saber cuándo debo irme a la cama. Y la inteligencia suficiente para saber cuándo una conversación aún no ha terminado».

Así que, desde mi punto de vista, todo está claro. No hay nada que discutir.

Papá ya se ha levantado y le pone con cuidado una mano en la espalda a mamá. «Ven», le dice en voz baja. «Te ayudo».

Mamá se deja levantar y, al pasar, me lanza una mirada que es a la vez cariñosa y elocuente. «No seas tan duro», dice. «Contigo mismo».

¿Qué quiere decir eso?

Luego se van. Los pasos en la escalera se hacen más lejanos, la puerta de arriba se cierra. Lo que queda es una habitación que de repente parece más grande.

Lena coge su copa y la gira ligeramente entre los dedos. «Tu madre es impresionante».

Asiento con la cabeza. «Siempre lo ha sido», digo, y me sirvo también un poco de vino.

Nos quedamos en silencio un momento. El vino tiene un sabor intenso y me quema la garganta.

«La ciudad realmente necesita un asesor legal», dice Lena finalmente, como si llevara tiempo dándole vueltas al tema. «No solo para cosas grandes, como hospitales. También para cosas pequeñas».

Levanto la vista. «¿A qué te refieres?».

«He visto muchas cosas en los últimos años», dice Lena con calma. «Contratos de trabajo que nadie entiende. Divorcios en los que las mujeres renuncian a todo porque no saben cómo hacer valer sus derechos. Familias que toman decisiones precipitadas porque nadie les explica qué opciones tienen».

La escucho. No quiero, pero lo hago. «Ahora estás hablando de derecho laboral, derecho de familia y derecho de divorcio. Para eso se necesitarían tres abogados especializados».

«No siempre se trata de encontrar la solución profesional perfecta», continúa Lena. «A veces solo se trata de que haya alguien que te

diga: puedes preguntar eso o puedes exigir eso».

Me recuesto en mi asiento. «Y crees que yo podría ser esa persona».

«Creo», dice Lena con cautela, «que entiendes lo mucho que falta».

«Quizás», digo. «Pero sigo sin pertenecer aquí».

Lena me mira. «¿Por qué no?».

Me río brevemente. «Porque nunca me he sentido bien aquí. Porque siempre he tenido la sensación de ser una persona extraña. Aquí siempre he sido la *empollona*». Hago comillas en el aire. «Porque pensaba que, si me alejaba lo suficiente, ese sentimiento desaparecería».

Lena parece un poco avergonzada. Quizás porque sabe perfectamente que ella fue una de las personas que me hizo sentir inferior. «¿Y?», pregunta Lena. «¿Esa sensación desapareció en Nueva York?».

No respondo de inmediato.

«Aquí todos han cambiado», dice Lena entonces. «Yo también».

«Me he dado cuenta», digo en voz baja y lo digo en serio. Una parte de mí espera no equivocarse esta vez.

Nuestras miradas se cruzan, lo que vuelve a provocar ese cosquilleo en mi interior.

«Entonces no entiendo por qué no puedes dejarlo atrás».

El cosquilleo, en lo más profundo de mi estómago, se hace más intenso. Odio lo rápido que vuelve y lo poco que puedo controlarlo.

«Hay cosas que no se pueden olvidar fácilmente», digo. «No cuando te han marcado».

Lena asiente lentamente y da un sorbo a su copa de vino. «Hay cosas que cambian de todos modos».

Mi copa de vino está casi vacía y quiero rellenarla para evitar su mirada. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que no quiero apartar la mirada.

El cosquilleo se intensifica aún más. Dejo mi copa. Sé que ahora debería hacer algo. Levantarme, servir más vino, cambiar de tema,

da igual. Lo importante es crear distancia. En lugar de eso, me quedo sentada y ahí radica precisamente el peligro.

Lena también deja su copa sin apartar la mirada de mí. «¿Por qué me besaste el otro día?».

Siento cómo se me revuelve el estómago y tengo que tragar saliva involuntariamente. «No fue nada», digo rápidamente. «Un impulso».

Lena levanta una ceja. «Un impulso».

«Sí», digo. «Quería... sorprenderte. Estabas tan... segura de ti misma. Yo estaba enfadado».

«¿Y por eso se besa a alguien?», pregunta Lena.

Me encojo de hombros, tratando de parecer indiferente. «La gente hace tonterías cuando está enfadada».

«Eso es lo que pensé al principio... Que querías provocarme. Pero ahora... ya no lo creo», dice Lena en voz baja.

De repente, la habitación me parece demasiado pequeña. Me siento extrañamente agobiado y noto que mi corazón late más rápido, incluso traicioneramente fuerte. Dios mío, espero que ella no pueda oírlo.

«No tienes por qué creerme», respondo. «No fue nada».

Lena se acerca más. Lo suficiente como para que pueda sentir su aliento. «No me ha parecido que no fuera nada».

Vuelvo a tragar saliva. Ahora tengo el estómago tan revuelto que apenas puedo pensar con claridad. Quiero decir algo. Cualquier cosa que salve o destruya la situación, cuando se oyen pasos en la escalera.

«Bueno», dice mi padre alegremente al entrar en la habitación. «Mamá está durmiendo».

Lena y yo nos separamos, como adolescentes que han hecho algo prohibido.

«Bien», digo demasiado rápido y cojo mi vaso, aunque está vacío.

Lena sonríe cortésmente, pero con esa mirada cómplice, como si hubiera comprendido la situación entre ella y yo. «Entonces debería irme ya».

«No tienes por qué...», empieza papá.

«Sí», dice Lena. Su mirada busca la mía una vez más, brevemente. «Creo que es mejor así».

Asiento con la cabeza y me odio por ello. ¿Por qué vuelvo a sentirme como una colegiala de dieciséis años? Soy fiscal en Nueva York, por el amor de Dios.

CAPÍTULO 14

Mara

La cena es sencilla. Pasta con una salsa cualquiera de bote, una ensalada verde que papá lava cuidadosamente y que luego se vuelve poco apetecible por lo blanda que queda. Nos sentamos uno frente al otro en la mesa de la cocina. La habitación está agradablemente cálida por el calor de la cocina y fuera ya hace tiempo que ha anochecido.

«Mamá sonreía hace un momento», dice papá y se lleva un bocado a la boca. «Eso está bien».

Asiento con la cabeza. «Sí».

Me oigo hablar, pero siento como si la voz viniera de otro lugar. Mi mirada se queda fija en un punto de la mesa, sin ver realmente nada. En mi mente, el mantel se difumina hasta convertirse en una masa indefinible.

«Pensaba», continúa papá, «que quizá podríamos dar un paseo mañana. El aire fresco le vendrá bien. Si se encuentra bien».

«Mmm», digo.

Él sigue hablando. Sobre el tiempo. Sobre la compra. Sobre algo que han echado en la televisión. Su voz es tranquila y uniforme, pero me cuesta concentrarme en lo que dice.

Pienso en Lena. En ese momento en el que nuestras miradas se cruzaron. La sensación de cosquilleo vuelve al instante. Se siente profundamente, bajo la piel, recorriendo mi abdomen, mi pecho y mis brazos. Me muevo en la silla sin darme cuenta. Es agradable y desagradable al mismo tiempo.

«¿No te gusta?», pregunta papá.

«Sí», respondo inmediatamente. «Todo bien». Doy un bocado y mastico mecánicamente. Pero apenas noto el sabor. En mi cabeza no hay espacio para la pasta ni para las conversaciones. Solo hay ese tirón, ese recuerdo constante de la voz de Lena, de la distancia entre nosotros, que siempre se ha sentido cargada.

Después de comer, nos sentamos en el salón. Papá enciende la televisión. Están poniendo una película que ya he visto. Me siento a su lado, recojo las piernas y me pongo una manta sobre las rodillas. Cinco minutos. No aguanto más. Las voces de la televisión simplemente no me llegan. La trama se desintegra en ruidos. Cojo mi móvil, abro mis correos electrónicos y me desplazo por cosas que deberían interesarme. Pero nada me llama la atención. Dejo el móvil, lo vuelvo a coger. Lo abro de nuevo y lo vuelvo a cerrar. Mis pensamientos giran al mismo ritmo, mi corazón también. Late más rápido, sin motivo. O quizá precisamente por el motivo que no quiero nombrar. ¡Es absurdo!

Eres adulto. Tienes el control.

Pero el control se siente ahora como algo que se me escapa lenta pero inexorablemente. Lo único que quiero es a Lena. Esa idea me golpea con más claridad que cualquier otra cosa esta noche. Desnuda, sin disimulos y aterradora. ¡La quiero!

Me levanto bruscamente. «Voy arriba».

«¿Todo bien?», pregunta mi padre.

«Sí, solo estoy cansado».

En mi habitación, cierro la puerta, me apoyo contra ella y respiro. Exhalo. Vuelvo a inhalar. No sirve de nada. El maldito cosquilleo persiste. Ahora que estoy sola, la atracción es aún más fuerte. Siento como si algo dentro de mí ya hubiera tomado una decisión, mientras yo sigo buscando razones para detenerlo de alguna manera. Sé que es irracional. Es lo mismo que se siente cuando uno se ha estado evitando a sí mismo durante demasiado tiempo. Llega un momento en que ya no es suficiente.

Mi cerebro está apagado mientras salgo sigilosamente de la casa y camino lentamente por la nieve helada. Una parte de mí sabe que es un error salir ahora. Pero la fiscal dominante que hay en mí se

arriesga y simplemente ignora las posibles consecuencias. La calle está casi desierta ante mí. Son poco más de las nueve y Mapleton parece haberse vuelto más silenciosa. A veces desearía poder bajar el volumen de mi voz interior. Pero no puedo. Grita sin descanso: ¡La quiero!

Las farolas proyectan una luz fría sobre el asfalto, el invierno sigue teniendo el control. Mis manos sujetan el volante, pero mi cabeza está en otra parte.

Al imaginar lo cerca que ha estado. Cómo sonaba su voz. Cómo me hacía sentir su mirada... No pienso en frases completas. Son imágenes, calor y piel. Esa inquietante atracción que ya no puedo respirar. Bloqueo todo lo demás. Que en realidad estoy cansado y que más tarde tendré que dar explicaciones.

Aparco el coche medio en la acera, delante del salón. No me importa cómo quede. Solo quiero estar con ella. Salgo del coche, cierro la puerta de un portazo y casi echo a correr, subo los escalones de dos en dos, con la respiración acelerada. Una vez arriba, no lo dudo ni un segundo. No pienso. Toco el timbre.

Se abre la puerta y la veo delante de mí y casi se me corta la respiración. Su melena roja y ondulada cae suelta sobre sus hombros. Lleva unos pantalones cortos diminutos. Por encima, una camiseta ligera que apenas oculta nada. No lleva sujetador, lo veo enseguida. Sus pezones se marcan bajo la fina tela. Esto sumerge mis emociones en un caos total. ¡Dios mío, es impresionante!

Lena se queda sorprendida y no dice nada. Yo tampoco digo nada. Nos miramos como si tuviéramos que comprobar si esto está pasando de verdad. Mi corazón late tan fuerte que creo que ella debe oírlo. Entonces no puedo contenerme más y doy dos pasos rápidos hacia ella. La agarro, la atraigo hacia mí y la beso, sin previo aviso ni explicación. El beso es urgente y exigente, lleno de la tensión que llevo días sintiendo. Siento su cercanía y su calor, pero sobre todo esa familiaridad desconocida. Creo conocerla. Al mismo tiempo, sin embargo, me resulta completamente extraña. Mis manos están por todas partes. En sus hombros, en su espalda, deslizándose finalmente sobre su increíblemente firme trasero. De hecho, se siente tal y como siempre había imaginado. Por un instante espero

resistencia, pero no hay nada. Así que sigo adelante. Me dejo llevar por lo que quiero, por lo que necesito, por la sensación de no tener que frenarme por fin. Cierro la puerta de una patada y deslizo mi mano bajo su camiseta, buscando su pezón derecho, que parece desearlo tanto como yo. Amaso su pecho y, al mismo tiempo, exploro con mi lengua la fragante piel de su cuello. Es tan delicada y Lena está tan dispuesta que me cuesta controlarme. Con avidez, deslizo los dedos dentro de sus pantalones cortos y siento al instante la humedad que me vuelve completamente loco. Ella gime. ¡Lena gime para mí! Es el sonido más hermoso del mundo. Sus manos se aferran a mi abrigo, que es desagradablemente frío. Parece querer deshacerse de él y se lo quita con prisa. No puedo esperar a que esté lista y la penetro con dos dedos. Ella grita mientras busca apoyo en mi jersey. ¡Oh, Dios! La deseo tanto. Justo así. Se derrite ante mí y le cuesta mantenerse en pie. Siento su excitación y sus temblores y solo estoy agradecido por poder sentirlo. No importa si yo misma soy tocada. En este momento, solo me importa su excitación. Pero a ella parece no bastarle, porque sus manos ya me están desgarrando. Quieren deshacerse de la tela que parece interponerse como una barrera entre nosotros. Baja mis vaqueros y mis bragas al mismo tiempo y me penetra. Gimo inmediatamente. Sus delicados dedos dentro de mí se sienten tan maravillosos que quiero gritar. Puedo contenerme durante al menos dos segundos, pero sus dedos experimentados parecen saber exactamente lo que hacen. Eso aumenta mi deseo muchas veces y ya no puedo contenerme. Grito. «¡Sí, oh, sí! Hmm». Ella amortigua mis gritos con un beso, pero no deja de penetrarme una y otra vez, cada vez más rápido. Me olvido por completo de mí misma, me muevo con ella y siento cómo el mundo a mi alrededor se desvanece. Se reduce a esta habitación, a esta cercanía, a este momento inconcebible en el que todo lo demás se queda en silencio.

En algún momento, la tensión disminuye. Es como volver a deslizarse dentro del propio cuerpo. Nos quedamos allí un momento, respirando con dificultad.

«Ha sido... alucinante», dice Lena en voz baja.

¿Intenso? La palabra me golpea como una ráfaga de aire frío. Es una palabra que me recuerda a la joven Lena. Un eco de otro tiempo.

Este recuerdo vuelve a mí de forma cruel e inesperada. De un momento de cercanía al que siguió algo destructivo. Humillación, envuelta en ligereza.

Doy un paso atrás. De repente, vuelvo a estar completamente presente. Registro la cruel realidad y empiezo a vestirme lentamente. Primero las bragas, luego los pantalones.

«Yo...», empiezo a decir, pero me interrumpo y me agacho para recoger mi abrigo. La vergüenza y la comprensión me invaden al mismo tiempo. «Tengo que irme», digo apresuradamente.

Lena no dice nada. Solo me mira sorprendida, quizá también un poco decepcionada. No sé cómo interpretarlo. Agarro el pomo de la puerta, la abro y salgo al frío pasillo. Me tiemblan las manos. Solo quiero irme. La puerta se cierra detrás de mí. Mientras bajo corriendo las escaleras, solo tengo una certeza aterradora: la he cagado.

CAPÍTULO 15

Lena

La puerta se cierra, como suelen hacer las puertas cuando alguien que no quiere quedarse se marcha. Lena sigue en el pasillo, con la mano medio levantada, como si quisiera decir algo, pero no supiera qué. Se ha quedado demasiado sorprendida. Respira de forma superficial y rápida, y solo ahora se da cuenta de lo rápido que late su corazón, como si intentara recuperar algo que ya ha pasado. En realidad, ahora debería haber algo diferente.

Calidez, tal vez, y satisfacción. Esa agradable sensación de relajación que se siente cuando algo se ha descargado, cuando el cuerpo obtiene lo que quería. Pero nada de eso ocurre. En cambio, todo se siente vacío y hueco, como si alguien le hubiera quitado algo y hubiera dejado el espacio tal cual, sin volver a llenarlo. Se apoya con la espalda contra la puerta, se desliza un poco hacia abajo hasta que sus hombros tienen que sostenerla. Sus manos tiemblan ligeramente. Presiona una de ellas contra la boca, como si tuviera que evitar que algo ruidoso saliera de ella, algo que probablemente la asustaría a ella misma.

¿Podría haberlo previsto? ¿*Debería* haberlo previsto?

La fiscal. La mujer de Nueva York que siempre sabe exactamente lo que hace. Que viene, toma lo que necesita y se va tan pronto como está satisfecha. Lena siente cómo ese pensamiento se le clava, cómo le duele, precisamente porque le parece tan lógico. No había venido aquí porque quisiera a Lena, sino porque necesitaba algo.

Lena se seca los ojos con el dorso de la mano, pero no sirve de nada. Las lágrimas brotan de todos modos, como si solo estuvieran esperando a que se cerrara la puerta. Se siente utilizada, y eso es lo peor, porque creía ser lo suficientemente mayor y lista como para no dejar que algo así le afectara. Pensaba que tenía la piel dura, pero esto la ha afectado profundamente.

Lo que lo hace especialmente malo no es ni siquiera el beso ni lo que pasó después. Es esa sensación de haber sido reducida a algo simple, a algo físico, a un papel que le han atribuido tantas veces. La peluquera. La que se elige porque está ahí. Porque parece disponible. Porque no se espera que quiera más. «No eres tonta», se había dicho tantas veces. «No vales menos». Y, sin embargo, ahora está aquí sentada, con la mano delante de la boca, los hombros encorvados, y se siente exactamente así.

Piensa en la mirada de Mara justo antes de marcharse. En ese repentino cambio, como si algo hubiera cambiado en ella. Quizás entonces se dio cuenta de que Lena no era la persona adecuada para una fiscal.

Permanece sentada así durante mucho tiempo, hasta que las piernas se le entumecen y la respiración se le va calmando poco a poco. Afuera reina el silencio. En algún momento se levanta, va al baño y se lava la cara, como si pudiera simplemente enjuagarse esa sensación de desaliento. Su reflejo en el espejo la hace parecer cansada.

«Esto no te volverá a pasar», se dice en voz baja. Pero en el fondo sabe que no es del todo cierto. Porque lo que más le duele no es solo que Mara se haya ido, sino que una parte de ella desearía que se hubiera quedado.

CAPÍTULO 16

Mara

El coche está torcido delante de la casa y, cuando apago el motor, me doy cuenta de que tengo las manos crispadas, como si hubiera tenido que agarrarme al volante para no desmoronarme. Salgo, cierro la puerta en silencio y entro sin encender la luz. Todo está en silencio. La casa duerme y yo me muevo por ella como un agente secreto. En mi cabeza no hay ningún pensamiento claro. Solo fragmentos e imágenes. La cara de Lena en la puerta. *¿Qué has hecho?*

Me quito los zapatos y los dejo donde caen. En mi habitación ni siquiera me siento correctamente en la cama, sino que me dejo caer y me cubro la cabeza con la manta, como si pudiera esconderme allí. La oscuridad ayuda un poco. No mucho. Pero lo suficiente para soportar la presión por un momento. Ahora vuelve esa otra voz. La que pregunta si todo fue realmente como me lo estoy contando ahora mismo. Que Lena participó. Que no dudó. Que no parecía aburrida o indiferente.

Aprieto los ojos. Mi corazón sigue latiendo demasiado rápido. Siento esa incómoda incertidumbre que conozco tan bien de situaciones en las que he perdido el control y solo después me doy cuenta de lo mucho que he revelado. Es el mismo miedo de antes, solo que más sutil y, por eso mismo, quizás aún peor.

¿Y si Lena habla de ello? Sé que es una idea irracional. Lena ya no tiene dieciséis años, ya no es alguien que va contando cosas. Y, sin

embargo, ahí está, ese viejo miedo a quedar en evidencia, desenmascarada y reducida a un momento de debilidad.

Hundo la cara más profundamente en la almohada. «¡Maldita sea!».

Y entonces, muy lentamente, otro pensamiento se interpone. ¿Y si Lena realmente lo quisiera?

Y no solo físicamente y por ese momento.

Sino de verdad. Como algo que fuera más que una válvula de escape para la tensión acumulada.

Contengo la respiración, como si me hubiera pillado a mí mismo. Porque si eso es cierto, entonces no solo he actuado de forma impulsiva. Entonces he herido a alguien. No a propósito, pero tampoco por casualidad. ¿Soy una mala persona?

Pienso en la mirada de Lena. En la calma con la que suele reaccionar y en lo rápido que ha ido todo. ¿Y si ella accedió porque pensó que era algo *serio*? Pero eso supondría que es lesbiana, ¿no? Quizás sea bisexual. O sexualmente abierta. Una vez tuve una cita con una mujer que dijo que acababa de salir de una relación con un hombre y quería probar algo nuevo. Eso es exactamente lo que me digo a mí misma ahora. Lena nunca ha sido una persona triste.

Me giro hacia un lado y me arropo con la manta, como si tuviera que sujetar algo que se está desmoronando. En este momento me siento pequeño, algo que rara vez me ocurre. No indefenso, sino inseguro de una manera que no puedo controlar. No sé qué hacer. Solo hay una cosa que tengo clara: esto no se puede olvidar fácilmente. Ni para mí ni, probablemente, para Lena.

Mientras estoy allí tumbada, en la oscuridad, entre el arrepentimiento y un resto de nostalgia, me doy cuenta por primera vez de que no solo tengo miedo de lo que Lena pueda pensar. También tengo miedo de lo que significaría que Lena realmente me quisiera.

CAPÍTULO 17

Mara

Miércoles. Estoy con mamá en el hospital y aquí vuelve a oler a desinfectante y café caliente. La oncología ya por la mañana está marcada por un cansancio que se cierne pesadamente en los pasillos. El miércoles es día de quimioterapia. Y el miércoles también es el día en que Lena está aquí. O al menos podría estarlo.

Tengo un plan. Uno bueno, incluso. Me quedo con mi madre, la ayudo a registrarse, la escucho, asiento con la cabeza, le paso agua. No voy a la cafetería. Ni una sola vez. No me siento cerca de las grandes ventanas, desde donde se ve a la gente entrar y salir. En cambio, me quedo en la sala de espera, luego en la sala de tratamiento y más tarde en el pasillo de al lado.

Cuando mamá se queda dormida, cojo mi bolso. «Vuelvo enseguida», susurro.

Salgo. Veinte minutos de aire frío. Es un camino corto hasta la pequeña panadería de la esquina que he buscado antes en Google. Fuera respiro más profundamente, compro un panecillo y un bollo dulce.

Ya ves, pienso mientras vuelvo. *Puedes hacerlo. Tienes el control.*

De vuelta en el hospital, todo sigue igual. Lena no está por ninguna parte. Estoy casi orgullosa de mí misma.

Más tarde, cuando acompaño a mamá fuera de la sala de tratamiento, pienso que el día ya ha terminado. El camino hacia la salida me resulta familiar. Ya no nos puede pasar nada, pero entonces sucede.

«Oh», dice mamá de repente y se detiene.

Lo siento incluso antes de ver por qué. Esa pequeña contracción inmediata en el pecho.

«¡Ahí está Lena!», dice mamá, y en su voz se nota una alegría sincera.

Cierro los ojos un instante.

«Mamá», digo rápidamente. «Deberíamos...».

«Tonterías», me interrumpe. «Vamos a *saludarla*». Y ya está levantando la mano, saludando y sonriendo.

Lena se da la vuelta. Parece cansada. Un poco diferente de lo habitual. Lleva el pelo recogido, no lleva maquillaje, va con vaqueros oscuros y jersey. Podría ser *yo*.

Cuando me reconoce, su mirada cambia. Me mira con reproche. Odio lo mucho que me afecta eso.

«Lena», dice mi madre con cordialidad. «Qué alegría verte».

«Hola», dice Lena con calma. «¿Cómo estás hoy?».

«Agotada», responde mamá con sinceridad. «Pero mejor de lo que temía».

Lena le sonríe.

«Por cierto, la peluca es maravillosa. Parece casi mi pelo real».

«Me alegro», dice Lena.

Estoy a su lado y me siento como un elemento perturbador. Como alguien que no tiene nada que hacer aquí. Evito la mirada de Lena y miro al suelo.

«Mara me ha dicho que vienes aquí a menudo», dice mamá.

Tragué saliva. No es cierto, pensé. No es así.

«Sí», dice Lena. «Los miércoles».

Levanto la cabeza, cruzo la mirada con Lena y enseguida me arrepiento. Me mira con reproche. Probablemente debería volver a hablar con ella.

«Nos íbamos», digo apresuradamente. «El viaje es...».

«Por supuesto», dice Lena inmediatamente. «Entonces os deseo un buen viaje de vuelta a casa».

Vuelve a mirar a mamá. «Descansa bien».

«Lo haré», dice mamá. «Y gracias. Por todo».

Lena asiente y da un paso atrás. Antes de darse la vuelta, su mirada decepcionada y cansada me alcanza por última vez.

Mientras seguimos caminando, mamá no dice nada. Solo después de unos metros. «Es una buena mujer», dice en voz baja. «Muy atenta».

Asiento con la cabeza, pero no consigo articular palabra. Este encuentro es peor que cualquier otro anterior. Peor que el beso. Peor que huir después de acostarnos.

Cuando salimos del hospital, mi orgullo de antes me parece ridículo. Quería evitar a Lena. En cambio, me la he encontrado justo donde no se puede esconder.

En el coche, al principio nadie dice nada. El motor está en marcha, la radio apagada y la carretera se extiende gris y monótona ante nosotros. Mamá está sentada en silencio, con las manos en el regazo y la cabeza ligeramente apoyada en la ventanilla. Solo cuando llevamos unos minutos conduciendo, levanta la vista.

«Apenas os habéis mirado», dice con calma.

Me pongo tenso sin querer. «¿Qué quieres decir?».

«Tú y Lena», responde. «Normalmente, cuando se habla con alguien, se le mira. Vosotros dos lo habéis evitado».

Exhalo. «Te lo estás imaginando».

Mamá gira la cabeza hacia mí. «Rara vez me imagino cosas cuando se trata de personas».

«No es nada», digo rápidamente. «Simplemente fue... el hospital y el cansancio».

«Es posible», dice ella. «Pero no parecía cansancio».

Mantengo la mirada fija en la carretera. Siento esa vieja sensación de haber sido descubierta, aunque no tengo nada concreto que admitir. «No somos especialmente cercanas», digo finalmente. «Ya lo sabes».

«Lo sé», dice en voz baja.

Tragué saliva. «No ha pasado nada».

Ella no dice nada durante un rato. Luego asiente lentamente. «Bien». Suena más como una concesión. Un *«lo dejaré estar»*, no *un «te creo»*.

CAPÍTULO 18

Lena

El salón está luminoso por la tarde, porque el sol se abre paso hacia el interior. La luz entra en diagonal por la gran ventana y se posa sobre las sillas, los espejos y la superficie de trabajo, donde Lena ha colocado sus cosas ordenadamente una al lado de otra. Le gusta esta hora dorada. Las clientas están más tranquilas, menos apresuradas y hablan más. Quizás por fin llegue la primavera. Entonces muchas cosas mejorarán.

Lena no está muy concentrada hoy. La cara de Mara aparece una y otra vez ante ella. Esa mirada evasiva y culpable en el hospital. Debe de tener mala conciencia. Al menos eso. Pero eso no hace que Lena se enfade menos. Sigue sin poder comprender cómo alguien puede marcharse sin decir nada, sin dar explicaciones, sin tener el valor de mirar atrás al menos una vez. Eso es lo que más le duele. Esa vieja sensación de que alguien decide cuándo se acaba.

«¿Todo bien?», pregunta la mujer sentada en la silla frente a ella.

«Sí», responde Lena inmediatamente. «Solo ha sido un día largo».

La clienta, de unos cuarenta y tantos años, con ojos cansados y manos nerviosas, asiente con comprensión. «Lo entiendo».

Lena sigue trabajando y escucha mientras la mujer habla. Primero sobre cosas sin importancia, luego se vuelve más seria.

«En realidad», dice finalmente, «no sé si debería contártelo».

«¿Algo prohibido?», pregunta Lena con un guiño. «No pasa nada. Solo tienes que decirme lo que realmente quieres».

La mujer se ríe brevemente. «No es tan grave. Tengo problemas con mi casero. Quiere rescindir mi contrato porque, según él, he pagado el alquiler con retraso. Pero eso no es cierto. Lo he transferido todo. Solo que... no sé qué hacer ahora».

Lena se detiene y deja las tijeras a un lado. «¿Tienes algo por escrito?».

«Solo las transferencias», dice la mujer. «Y la carta que me ha enviado. Le he llamado, pero no me escucha».

Lena suspira en voz baja. Conoce estas historias. «Necesitas a alguien que sepa de esto», dice finalmente.

«¿Un abogado?», pregunta la mujer con escepticismo. «No puedo permitirme algo así».

Lena piensa en Mara. En su voz cuando dijo que no pertenecía a ese lugar. En esa resistencia que rayaba casi en la rebeldía. «Hay alguien», dice Lena entonces. «Es experta en derecho».

La mujer levanta la vista. «¿Aquí, en el pueblo?».

«Sí», responde Lena. Y luego, casi de pasada: «Es fiscal y acaba de volver a vivir aquí».

Nota cómo algo se remueve en su interior. Un pequeño y amargo placer. Por supuesto, Lena sabe que la venganza no es la solución. Pero no es un castigo propiamente dicho, ¿verdad? Mara podría simplemente decir que no puede ayudar y ya está. Pero ¿lo haría?

«¿Crees que ayudaría?», pregunta la clienta.

Lena se encoge de hombros. «En realidad, siempre dice que no es su trabajo». Lena no puede simplemente alimentar la esperanza de la clienta, que al final podría convertirse en lo contrario. Así que es sincera. «Pero sabe cómo funciona el sistema», continúa. «Y a veces eso es suficiente para saber qué se puede hacer y qué no».

La clienta asiente lentamente. «De acuerdo, quizá lo intente con ella».

Lena le da el nombre completo y la dirección, y la clienta lo anota. Realmente cree que la mujer podría recibir ayuda. Que alguien como Mara puede aclarar las cosas, incluso si ella no quiere.

Cuando la clienta se marcha, Lena se queda un momento mirándose en el espejo. Su rostro parece más tranquilo de lo que se

siente. Sigue enfadada y dolida. Pero ha visto a Mara. Todo eso no le deja indiferente.

CAPÍTULO 19

Mara

Estoy sentada en la mesa de la cocina y miro fijamente la pantalla de mi ordenador portátil sin leer realmente. Los correos electrónicos pasan por delante de mí como el agua. Repaso asuntos de trabajo que en realidad deberían interesarme. Normalmente, lo haría de forma estructurada, punto por punto. Hoy, simplemente, nada se me queda grabado. Mi cuerpo está cansado y mi mente se distrae constantemente. Mis pensamientos vuelven una y otra vez a Lena. A sus labios entreabiertos cuando yo...

Niego con la cabeza y cierro el portátil a medias cuando oigo voces en el pasillo.

«Pase», dice mi madre amablemente, como siempre. «Por supuesto que Mara puede ayudar».

Me quedo paralizada. *¿Qué?*

Oigo pasos, el susurro de un abrigo y un carraspeo inseguro. Entonces mi madre aparece en la puerta de la cocina, seguida de una mujer que me resulta vagamente familiar. Pero no consigo recordar de dónde.

«Ah, aquí estás», dice mi madre satisfecha. «Esta es la señora Berger. Tiene un problema legal».

Me obligo a poner una expresión neutra y siento cómo se me acelera el pulso. ¡No me lo puedo creer! Aun así, me enderezo, cierro el portátil y me levanto.

«Buenos días», digo educadamente y me obligo a sonreír.

«Siento molestar», dice la mujer apresuradamente. «Lena me dijo que debía... bueno, me dijo que usted sabía del tema».

¿Lena? ¿En serio?

«Siéntese», dice mi madre, mientras yo me quedo sin palabras por un momento, y acerca una silla a la mesa. «¿Quiere tomar algo?».

La mujer asiente agradecida y se sienta. Parece tensa. Tiene las manos entrelazadas y no deja de mirar al suelo. «Se trata de mi piso», comienza finalmente. «Mi casero dice que no he pagado el alquiler a tiempo. Ahora me ha rescindido el contrato».

«¿Tiene pruebas?», le pregunto con objetividad.

«Sí», responde inmediatamente. «Las transferencias. Y la carta».

«Tengo que dejar algo claro», digo con calma. «Soy fiscal. No puedo representarla».

La mujer asiente rápidamente. «Eso es lo que me dijo Lena. Pero pensó que quizá usted podría explicarme qué puedo hacer».

Siento un pinchazo en el estómago. Me lo merezco, ¿no? Al mismo tiempo, me molesta la idea de que esta mujer pueda ser un acto de venganza planeado. Se trata de una persona *real* con problemas *reales*. No es justo considerarla una molestia. «Puedo hacerlo», digo entonces. «Sin compromiso».

Mi madre sonríe satisfecha, como si fuera justo lo que esperaba. Mientras la mujer describe las circunstancias, le hago preguntas precisas. Me doy cuenta de que automáticamente paso al modo profesional y le pido que me dé los recibos.

La mujer se mueve inquieta en la silla mientras yo echo un vistazo a los extractos bancarios.

«El pago se ha recibido», digo finalmente. «Pero no a tiempo».

Ella suspira y asiente con la cabeza. «Dos días tarde. Hubo un fin de semana de por medio y mi sueldo llegó más tarde. Pensé que no sería un gran problema».

«Eso por sí solo no es motivo de rescisión», digo con calma. «Y mucho menos sin una advertencia previa».

Ella levanta la cabeza. «¿De verdad?».

«Sí», respondo. «Un arrendador no puede rescindir el contrato solo porque se haya retrasado un pago. La ley de arrendamientos es

bastante clara al respecto».

Ella duda y luego dice en voz más baja: «Hace tiempo que quiere deshacerse de mí».

La miro. «¿Desde cuándo?».

«Desde que quiere vender la casa», confiesa. «Nunca lo ha dicho abiertamente, pero siempre ha insinuado que sería más fácil si el piso estuviera vacío. Cuando me retrasé en el pago, enseguida llegó la carta».

Asiento lentamente. La imagen encaja.

«Entonces está utilizando el retraso en el pago como excusa», digo. «Eso sucede. Pero eso no hace que el desahucio sea legal».

Exhala audiblemente, como si solo ahora se diera cuenta de lo mucho que había contenido la respiración. «Tenía tanto miedo de tener que irme».

«No tiene por qué hacerlo», le digo. «No sin más. Lo importante ahora es que no firme nada y responda por escrito. Mantenga la objetividad». Le explico con palabras sencillas los siguientes pasos y noto cómo sus hombros se relajan poco a poco.

Cuando la mujer se marcha, me quedo sentada un momento más en la mesa de la cocina, pero no me imagino quedándome allí para siempre.

Mamá está de pie junto a la ventana, mirando a la calle. Recojo las tazas.

«Sabes, cariño», dice finalmente sin volverse, «algo como lo de hoy debería ocurrir aquí más a menudo».

Me detengo. «¿A qué te refieres?».

«Asesoramiento jurídico», dice ella. «Alguien que no cobre inmediatamente, sino que primero escuche. Hay muchos como esta mujer».

Guardo la última taza en el armario. «Puede ser».

Se vuelve hacia mí. «La has ayudado».

«Le he dado un consejo», digo. «No es lo mismo».

«Para ella sí», responde con suavidad. «Para ella significa que no tiene que mudarse».

Exhalo. «Mamá, no se puede vivir solo de buenos consejos».

Ella frunce el ceño.

«Necesito un trabajo de verdad», continúo. «Uno en el que la gente me pague por mi trabajo. El alquiler, el seguro, todo eso. Los favores entre amigos están muy bien, de verdad. Pero no se puede vivir solo de eso».

«Actúas como si esperara que lo hicieras todo gratis», dice con calma.

«Yo no digo eso», respondo. «Pero estas cosas cobran rápidamente impulso propio. Hoy ayudas una vez, mañana otra, y de repente eres a quien llaman cuando hay un problema. Sin contrato ni nada».

Ella asiente lentamente. «No hay por qué llegar a eso». Se sienta a la mesa y junta las manos. «No creo que sea ilusorio», dice finalmente. «Solo creo que nos hemos simplificado demasiado las cosas al decir: o el corazón o la profesión».

Resoplo en voz baja. «La realidad es menos romántica».

«Quizás», dice ella. «O estamos acostumbrados a pensar de forma muy... *limitada*».

La miro. «¿Quieres decir que debería dejarlo todo, mi trabajo muy bien remunerado en Nueva York y asesorar a personas que al final me invitan a un pastel?».

Una sonrisa se dibuja en el rostro de mamá. «Quiero decir que subestimas el valor de lo que sabes hacer».

«Valor», digo. «¿O aprecio? No es lo mismo».

Me mira fijamente durante un largo rato. «A veces, lo uno solo llega cuando le das espacio al otro».

Me recuesto y quiero contradecirla. Pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo de inmediato. «Me gusta ayudar», digo finalmente. «De verdad. Pero no puedo basar mi vida en que la gente esté agradecida».

CAPÍTULO 20

Lena

El salón está más tranquilo de lo habitual a última hora de la tarde. La compañera de Lena se ha tomado el día libre y su penúltima clienta tiene setenta y dos años y no es muy habladora.

Cuando su móvil vibra, Lena duda. Deja el teléfono a un lado y se concentra en la línea del cuello de la clienta. La pantalla vuelve a iluminarse. Luego, una tercera vez.

«Disculpe un momento», dice, y deja las tijeras.

En la pequeña cocina, contesta la llamada. «¿Sí?».

«Lena», dice la voz de su madre inmediatamente, sin saludar, «necesito tu ayuda».

Ni *un «¿cómo estás?»,* ni *un «solo quería saber cómo te va».* No. La madre de Lena solo llama cuando quiere algo. Y la mayoría de las veces es dinero.

Lena cierra los ojos un momento. «¿Para qué?».

«La factura», dice su madre evasivamente. «Ya sabes. Del fontanero».

Lena lo sabe. Siempre hay algo. Y cada vez solo llama por eso. Asiente con la cabeza, aunque nadie la vea. «Te haré una transferencia».

«Eres una buena chica», dice su madre y cuelga. Lena se queda un momento parada, con el móvil en la mano, y siente esa pesadez tan familiar en el pecho. Esa sensación de que solo vales algo cuando das algo a cambio. Piensa involuntariamente en la madre de

Mara. En su amabilidad y su calidez, a pesar de la enfermedad. ¿Por qué la madre de Lena no podía ser igual?

Algunos simplemente tienen suerte, piensa, y siente una envidia indescriptible porque Mara es tan afortunada. Lo tiene todo y no ha tenido que luchar por ello. Esta injusticia sigue afectando a Lena, incluso con más de treinta años, y se pregunta si alguna vez dejará de hacerlo.

De vuelta con su clienta, continúa con su trabajo como si nada hubiera pasado. Como siempre, no deja que se le note nada.

«Oiga», dice su clienta en algún momento, mientras Lena seca los últimos mechones, «he oído hablar de su simpática amiga».

Lena se detiene un momento. «¿Qué amiga?».

«Bueno, la abogada».

El corazón de Lena da un pequeño e inesperado salto. «En realidad no es abogada, sino fiscal». En realidad, tampoco es *su amiga*. Pero Lena prefiere ahorrarse la explicación.

«Da igual», dice la clienta. «Me preguntaba si ella también podría ayudarme. Me pasó algo muy tonto el fin de semana. Estaba destrozada y entonces... bueno, entonces oí que quizá alguien podría ayudarme con el... *problema*». Hace comillas en el aire.

Lena asiente lentamente, aunque no está segura de si debe volver a enviar a alguien a Mara.

«Fue muy servicial», continúa la mujer. «Y tan amable...».

Amable, sí. Lena ha tenido otras experiencias.

«Bien», dice finalmente. «Me alegro y quién sabe... quizá ella también pueda ayudarla».

La clienta sonríe, paga y se despide. Cuando la puerta se cierra detrás de ella, Lena se apoya brevemente contra el mostrador. No siente satisfacción. Solo esa extraña sensación de vacío porque no sabe qué sentir.

¿Cómo puede Mara ser tan buena persona por un lado y tan mala por otro? ¿No se merecía Lena un mínimo de amabilidad y decencia? Le frustraba.

Después del trabajo, Lena va al supermercado. Hace frío, el cielo es azul claro y el aparcamiento está medio vacío. Delicados copos blancos caen lentamente. A Lena le encanta la nieve, aunque ahora

echa de menos un poco más de sol. Lo bueno de marzo es que a veces se puede tener ambas cosas. Nieve y sol.

Aparca el coche, sale y se detiene en seco. Mara sale de la tienda con una bolsa en la mano. Ve a Lena casi al mismo tiempo. Durante un momento, se quedan simplemente una frente a la otra. Los copos bailan entre ellas, como si quisieran aliviar de alguna manera la tensa situación. Es tan extraño que Lena podría reírse. Si no fuera porque al mismo tiempo es tan triste.

Lena cruza los brazos, más por protección que por defensa. «No vuelvas a hacer algo así».

Mara mira al suelo. «Lo siento». Abre la boca y vuelve a cerrarla. «Yo quería...».

«No», dice Lena con calma. «No quiero explicaciones. Solo quiero que no vuelvas a hacerlo».

Pasa un coche. La vida sigue como si nada importante se hubiera dicho.

Mara traga saliva. «No sabía...».

«Exacto», dice Lena. «Ese es el problema». Respira hondo y solo ahora se da cuenta de lo tensa que estaba. «Si quieres a alguien, quédate. Si no, déjalo. Pero no juegues con las personas como si fueran algo que se puede usar para sentirse mejor».

Mara no dice nada. ¿Qué podría decir? Lena no quería escuchar justificaciones y Mara, al parecer, respeta ese deseo.

«Eso es todo», dice Lena finalmente. Se da la vuelta y se dirige a su coche. Solo cuando está de vuelta se da cuenta de que se ha olvidado de hacer la compra.

CAPÍTULO 21

Mara

El viaje a casa se me hace más largo de lo habitual. Sujeto el volante con ambas manos, como si tuviera que evitar que algo se me saliera del cuerpo. Las palabras de Lena resuenan en mi cabeza. *Si quieres a alguien, quédate.* Es esa frase la que se me queda grabada, porque no exige nada y, sin embargo, lo lo exige todo.

En casa, la luz del pasillo sigue encendida. Me sorprende un poco antes de abrir la puerta. A esta hora, mamá suele estar durmiendo y papá se sienta en el salón a ver la televisión. Cuando entro, oigo voces en la cocina.

«Ahí está», dice papá, como si me estuviera esperando. «Mara, esta es la señora Dick».

Una mujer de unos sesenta, quizá setenta años, está de pie junto a la mesa de la cocina, todavía con el abrigo puesto y las manos entrelazadas. «Siento venir sin avisar», dice inmediatamente. «Pero me han dicho que usted ha ayudado a alguien. Con un problema legal».

Esto empieza bien. No me importa ayudar, pero me imagino lo que sería tener una consulta jurídica aquí como trabajo principal. Probablemente, cada noche habría alguien llamando a la puerta.

«Siéntese, por favor», le digo mientras dejo mi bolso. «Cuénteme qué pasa».

Respira hondo. «Llevo años trabajando en una panadería. A tiempo completo. Pero mi jefe siempre me ha tenido como

autónoma. Ahora he estado enferma y me ha dicho que ya no tengo que volver».

Asiento lentamente con la cabeza. «¿Tiene contrato?».

«Solo un papel», dice, y saca algo arrugado del bolso. «Aquí pone que soy autónoma. Pero tenía un horario fijo. Y tenía que ir cuando él me lo decía».

Echo un vistazo al papel. «Eso suena a falso autónomo», digo con calma. «Eso no es legal».

Ella parpadea. «¿Eso significa...?»

«Significa», digo, «que tiene derechos. El pago continuado del salario en caso de enfermedad. Protección contra el despido. Y que debería hacer que lo revisaran».

Sus hombros se hunden un poco. «Pensaba que simplemente había tenido mala suerte».

Niego con la cabeza. «No».

Mientras le explico los pasos que puede dar, me doy cuenta de lo satisfecha que me siento. Ella no espera que yo la represente. Para ella era importante obtener una primera valoración y le explico que, aunque haya que pagarle, en este caso merece la pena contratar a un abogado.

«Debería ponerse en contacto con la Cámara de Trabajadores», le digo. «Y no firme nada antes de haber recibido asesoramiento».

Ella asiente con entusiasmo. «Gracias», dice. «Muchas gracias».

Cuando se marcha, me quedo un momento sola en la cocina. Me apoyo en la encimera, cierro los ojos un momento y vuelvo a pensar en Lena. Me hubiera gustado abrazarla antes. Sobre todo cuando dijo que debería haberme quedado. ¿Lo decía en serio? Poco a poco, empiezo a pensar que realmente podría haber cambiado.

Antes de que pueda seguir pensando en ello, mi móvil vibra. Tom me escribe para decirme que quieren reunirse sin compromiso, unos cuantos voluntarios, simplemente para ver si se puede deducir algo en común de los casos individuales. Leo el mensaje dos veces. ¿Por qué me escribe precisamente a mí? ¿No había dejado claro que volvería a Nueva York?

Sé que debería ir. También sé que no quiero ir. Pero la sensación que se ha apoderado de mí desde el aparcamiento no me deja otra

opción. No ir sería lo más cómodo. Y eso es precisamente lo que ya no quiero permitirme.

Por eso, salgo temprano por la tarde. Todavía hay luz, los días se están alargando poco a poco. La casa parroquial está un poco apartada, es un edificio bajo con grandes ventanas tras las que se ve una luz cálida. Aparco, salgo del coche y veo por la ventana que ya hay varias personas allí. Dentro huele a café. Tom está de pie al fondo de una mesa y saluda con un apretón de manos a los que llegan antes que yo.

«Me alegro de que hayas venido», me dice cuando me ve.

«Gracias por la invitación», respondo.

Me siento a la mesa, pongo las manos delante de mí y observo a los presentes. Una mujer de la iglesia a la que conozco vagamente. Un enfermero y una trabajadora social ya están allí.

Entonces se abre la puerta de nuevo. Primero solo oigo pasos y, poco después, veo a Lena doblar la esquina. Mi corazón late con fuerza. No la esperaba aquí hoy. Lena se detiene un momento en el umbral de la puerta. Su mirada recorre la sala y se detiene en mí. Intento sonreír, pero no estoy seguro de conseguirlo. En cualquier caso, ella no me devuelve la sonrisa. Vuelve a llevar una chaqueta vaquera que ya le he visto poner varias veces. Lleva el pelo recogido en una coleta alta. Le queda muy bien cuando se peina así.

Se sienta un poco más lejos, donde hay un sitio libre. Entonces parece que ya están todos.

Tom carraspea. «Gracias a todos por venir. Servíos café si queréis».

La mujer de la iglesia acerca hacia ella la cafetera que está en el centro.

«Hoy no se trata de tomar decisiones ni de programar nada, sino de charlar tranquilamente».

Nos cuenta algunos acontecimientos actuales de las últimas semanas. Inquilinas bajo presión porque el propietario quiere vender todo el edificio de apartamentos y el supermercado que quiere ampliar su horario de apertura los domingos. Para ello se necesita una imagen general del estado de ánimo.

Nadie habla de grandes soluciones, lo que me tranquiliza. Al parecer, aquí son los alcaldes los que toman decisiones en nombre de los ciudadanos para ahorrarse largas y costosas encuestas.

En realidad, se está muy bien aquí. Cuando terminamos el café, Tom saca dos botellas de vino blanco y copas y nos sirve. Yo solo tomo medio vaso, porque todavía tengo que conducir. Los demás son menos moderados.

Mientras conversan, noto que mi mirada se dirige una y otra vez hacia Lena. No sabía que era un miembro activo de la comunidad. Claro, los miércoles peina voluntariamente en el hospital. Pero al parecer también es activa más allá de eso. Ya no se puede negar que ha cambiado.

Cuando la reunión llega a su fin, todos se levantan, hablan al mismo tiempo, recogen las tazas y se ponen las chaquetas. Yo estoy en medio, pero todavía tengo la chaqueta en la mano.

«Tú también has venido», dice Lena detrás de mí.

Me doy la vuelta y percibo su seductor aroma. «Sí», digo, tratando de concentrarme. Sigo teniendo dificultades para pensar cuando estoy cerca de ella.

Ella sonríe. «Bueno... hasta luego», dice finalmente.

«Hasta luego», respondo, y al mismo tiempo me siento decepcionada por no haber dicho nada.

Ahora se ha ido y siento un extraño vacío dentro de mí. Me pongo la chaqueta y salgo del centro comunitario, igual que la otra.

Cuando estoy a punto de llegar al coche, veo a Lena, que también está delante del suyo. Se detiene un momento, mira hacia la calle y luego se pone en marcha a pie.

Sé que ha bebido. Es una decisión sensata no conducir. Y quizá por eso precisamente no puedo simplemente mirar hacia otro lado.

«Lena», le digo, y solo ahora me doy cuenta de cuánto tiempo he evitado decir su nombre.

Se da la vuelta. «Hola».

«¿Vas a ir andando a casa?».

«Sí», dice. «No está lejos».

Asiento con la cabeza. «Yo... voy a pasar por tu casa. Puedo llevarte».

Me mira brevemente. Luego se encoge de hombros. «Claro».

Se sube al coche y arranco. Durante un rato no decimos nada. Poco antes de llegar, por fin me armo de valor. Exhalo. «Me ha costado un poco entender lo que querías decir. En el aparcamiento».

«Me lo imaginaba».

«Es que... me daba miedo que volviera a pasar lo de entonces».

Detengo el coche en la acera. «En aquel entonces», continúo, «fue abrumador. Tenía dieciséis años, no sabía qué hacer con... mis sentimientos, y tú eras todo lo que yo no era. Segura... y deseada. Y yo quería formar parte de eso. Y me dolió... ya sabes».

Ella mira sus manos. Luego vuelve a mirarme. «No me eras indiferente. Solo que no sabía qué hacer con ese... lío de sentimientos en mi cabeza», dice en voz baja. «En mi casa, los sentimientos siempre estaban sujetos a condiciones. Si te portabas bien y funcionabas... obtenías esto y aquello». Vuelve a mirar sus manos. «Mi familia no es especialmente abierta. Y de repente *me* gustaban las mujeres», dice finalmente. «Ya entonces. Me gustabas. Pero tenía miedo. Miedo de lo que eso diría de mí. Y miedo de lo que podría pasar si lo permitía». Hace una breve pausa. «Así que te rechacé. Y eso fue injusto».

Siento que algo se libera dentro de mí. No de forma repentina. Más bien como un nudo que finalmente se desata. Así que siempre le gusté. Mi intuición era correcta.

«Lo siento», dice ella. «Por entonces».

«Yo también lo siento», digo. «Por ahora».

Ambos sonreímos y ella me mira de nuevo con esa mirada que me deja completamente desconcertado. «¿Quieres subir conmigo?».

CAPÍTULO 22

Lena

Lena no cierra la puerta inmediatamente. Se queda un momento en el marco de la puerta, con la mano en el pomo, como si tuviera que asegurarse una vez más de que realmente quiere hacerlo. Mara está delante de ella, todavía con el abrigo puesto, con los ojos fijos en Lena. Le sonríe a Lena y le da la seguridad que necesita en ese momento. Así que cierra la puerta y gira la llave.

«¿Nos vas a encerrar?». Sus ojos se agrandan, como si se estuviera asustando.

Lena no puede evitar reírse. «No te preocupes. Dejaré la llave puesta. Puedes irte en cualquier momento».

Mara niega con la cabeza. «Pero no quiero».

El apartamento está agradablemente cálido. La pequeña lámpara del salón emite una luz tenue. Al parecer, se me ha olvidado apagarla esta mañana.

Cuando Lena se da la vuelta, Mara está muy cerca de ella. Demasiado cerca como para esquivarla.

«Esta vez no me voy», susurra Mara en voz baja.

Lena levanta la mirada. Ya no piensa en el pasado. Ni en el miedo. Ni en las condiciones. Solo en este momento, que no se repetirá si lo deja pasar. Agarra a Mara, la atrae hacia sí y la besa primero. Cuánto había deseado volver a sentir los labios de Mara sobre los suyos. El beso es firme y lleno de deseo. Mara responde de inmediato y pone las manos en la espalda de Lena, como si ese fuera su lugar. Todo lo

que había entre ellas —la ira, la reserva, el dolor— se disipa y deja espacio para nuevos sentimientos.

Se quitan los abrigos sin prisa. Lena siente la cercanía de Mara y su aliento.

«Prométeme otra vez que te quedarás».

«Sí», susurra Mara. «Puedes confiar en mí».

Entonces Lena la lleva de la mano al dormitorio. Enciende la pequeña lámpara de la mesita de noche y se quita el jersey por la cabeza. Mara también se desnuda. Cuando va a desabrocharse el sujetador, Lara la detiene. «Espera». Da un paso hacia ella. «Quiero hacerlo yo». Muy lentamente, le desabrocha el sujetador y le quita las bragas. Luego da un paso atrás y admira su cuerpo desnudo. «Eres tan hermosa, Mara».

Sonríe y se tumba en la cama. «Ven conmigo».

Lena no se lo piensa dos veces. Se tumba junto a ella y explora cada centímetro de su cuerpo con los dedos. Esta vez se toman su tiempo y disfrutan de cada segundo. Acaricia los pequeños pechos de Mara y los amasa. Observa cómo gime suavemente. La última vez gritó de placer. Ahora disfrutan descubriéndose mutuamente.

Lena es consciente de cada caricia. Se da cuenta de cuánto tiempo ha anhelado una intimidad así. Es más que puro deseo. También es confianza.

Más tarde, cuando yacen una al lado de la otra, con la manta medio cubriendo sus cuerpos y la respiración tranquila de Mara en su hombro, Lena no se siente vacía ni utilizada. Por fin se siente vista.

CAPÍTULO 23

Mara

Son poco más de las cinco cuando abro silenciosamente la puerta de casa. El cielo aún es azul oscuro, ese momento intermedio en el que la mañana se toma su tiempo, como Mara y yo anoche. Me muevo con cuidado, me quito los zapatos en el pasillo, contengo la respiración, como si eso ayudara a que no me oyeran. La casa duerme. Al menos eso creo.

Subo sigilosamente las escaleras, cada escalón es un pequeño riesgo. En mi habitación, me quito el abrigo y me siento un momento en el borde de la cama. Mi cabeza está más despejada que en los últimos días. Mi cuerpo está cansado, pero relajado. Sonrío, me acuesto y cierro los ojos un momento. Han pasado quizá veinte minutos, quizá menos, cuando oigo pasos y, finalmente, la cafetera.

Durante el desayuno, mamá ya está sentada a la mesa, con una taza delante y el pañuelo bien atado. Papá está de pie junto a la ventana, leyendo algo en su móvil.

«Ayer no volviste a casa», dice mamá sin levantar la vista.

Me detengo. «Yo...», empiezo a decir, y luego exhalo. «Estuve con alguien».

Mi madre levanta la vista y me mira fijamente. «Ah».

Luego vuelve a mirar su taza. «Bien», dice finalmente. «Entonces ya lo sé».

Me siento, sintiéndome de repente muy adulta y, al mismo tiempo, como si tuviera dieciséis años. Papá se da la vuelta y guarda el móvil.

«Con alguien», repite y sonríe con ironía. «Entonces tendrás que ser abogada después de todo».

Gimo en voz baja. «Papá...».

«Solo digo», dice él, sentándose también. «Primero ayudas a medio pueblo y luego te quedas fuera toda la noche. Eso sí que es integración». Mira a su mujer.

Ella sonríe. «No le falta razón».

«No voy a ser abogada aquí», digo por reflejo. «Ya os lo he dicho».

«Lo sé», responde ella con calma. «Pero suenas menos convencida que antes».

Quiero contradecirla, pero no lo hago. En lugar de eso, miro mi taza y veo cómo el vapor se eleva y se disipa. «Me siento... más cómoda», digo finalmente. Me sorprende lo fácil que me sale la palabra. «Y la idea de tener que volver a irme...». Dejo la frase en el aire.

Mi padre asiente lentamente. «Supongo que eso es lo que se llama llegar».

«O confusión», murmuro.

«O ambas cosas», dice mamá con suavidad. «No son mutuamente excluyentes».

Me recuesto. En mi cabeza aparece el rostro de Lena. No la noche y el cuerpo, sino la mañana siguiente. Esa tranquila y pacífica convivencia. «No sé qué significa todo esto», digo en voz baja.

«No tienes por qué saberlo», dice mamá. «Aún hay tiempo».

Papá se levanta y coge su taza. «Lo importante es que seas sincero», dice por encima del hombro. «Contigo mismo».

Asiento con la cabeza.

Más tarde, cuando estoy solo, me vuelvo a vestir, me siento a la mesa y abro el portátil. Los correos siguen ahí. Los compañeros también. Y, en algún lugar entre medias, yo mismo. No sé cuánto

tiempo me quedaré. Pero sé que cada vez me costará más marcharme.

A última hora de la tarde, vuelvo a estar delante de la casa de Lena. Esta vez no impulsado, sino con una idea clara que se ha afianzado en mi mente desde la mañana. Me he duchado, he tomado café, me he vestido y me he arreglado un poco. Al fin y al cabo, no quiero descuidarme.

Toco el timbre y Lena abre la puerta al cabo de unos segundos. Parece sorprendida y quizás un poco cansada. «Hola», dice.

«Hola», le respondo. «¿Tienes un momento?».

Se hace a un lado. «Pasa».

El piso está más iluminado que ayer. Solo ahora me doy cuenta de lo acogedor que es el salón.

No me siento, porque primero quiero decirle algo. «Me gustaría invitarte», le digo finalmente. «Esta noche. Al acogedor restaurante junto al río». Le guiño un ojo. «Una cita». Quiero que Lena sepa que voy en serio. Quiero decir... todavía no me imagino dejando mi trabajo como fiscal. Pero tampoco me imagino simplemente irme de aquí. Para descubrir lo que realmente quiero, tengo que conocer a algunas personas. La opinión de mis padres la tengo clara. Ahora se trata de todos los demás. ¿Sería posible una vida aquí? Tengo que averiguarlo.

Lena me mira y sonríe brevemente. Luego su mirada se vuelve seria. «Mara», dice lentamente, «si eso... si eso va en dirección a una relación, hay algo que debes saber».

Siento cómo algo se tensa dentro de mí. «De acuerdo».

Se sienta y señala la silla de enfrente. La sigo.

«Mantengo mi vida privada al margen», dice. «Siempre lo he hecho».

Frunzo ligeramente el ceño. «¿Qué significa eso?».

«De incógnito», dice. «Sin citas en la ciudad. Sin ir de la mano. Sin rumores. Soy muy estricta con eso».

Necesito un momento para comprender a qué se refiere. Quiero decir... los años ochenta quedaron atrás hace mucho tiempo. «¿Por qué?».

Exhala. «Porque vivo aquí. Porque mis clientas me conocen. Porque la ciudad no es tan abierta como le gusta creer. Por no hablar de mi familia. Y porque no quiero perder mi tienda».

Me recuesto en el asiento. Mi corazón late más rápido, pero no por la emoción.

«Tú tenías contactos», le digo.

«Sí», dice ella. «Pero no aquí. O al menos no de forma visible».

«¿Desde cuándo vives así?».

«Más de veinte años», dice con calma.

Tragué saliva. «¿Y eso es lo que esperas ahora? ¿De mí?».

Ella duda. «No espero nada. Solo te cuento cómo es mi situación».

Me río incrédulo. «¿Sabes lo que eso significaría para mí?».

Ella levanta la mirada. «Me lo imagino».

«Me he abierto», digo. Mi voz se mantiene tranquila, pero noto lo mucho que me cuesta. «He pensado en quedarme aquí. En cambiar de trabajo. En renunciar a cosas que me dan libertad. ¿Y ahora me dices que haga todo eso y que, además, sea invisible?».

«No es eso lo que quiero decir», dice en voz baja.

«Pero es lo que parece», respondo. «Para mí».

Me levanto, doy unos pasos y me detengo junto a la ventana. «He pasado toda mi vida adulta sin esconderme. Ni en el trabajo ni en mi vida privada. No puedo volver a empezar».

Ella guarda silencio.

«Entiendo tu miedo», sigo diciendo. «De verdad. Pero no voy a esconderme en un armario solo porque aquí encaja mejor en el panorama». Me doy la vuelta. «Entonces prefiero volver a Nueva York y vivir abiertamente».

«¡Espera!».

Me vuelvo hacia ella.

Me mira fijamente durante un largo rato. Hay dolor y miedo en su mirada, algo que no quiero restar importancia. «No sé si podré hacerlo», dice finalmente. «Aquí no».

Asiento con la cabeza. «Entonces hemos llegado a un punto en el que debemos asumir las consecuencias». Me acerco a la puerta y me vuelvo a poner la chaqueta.

«Lo siento», dice ella.

«A mí también», respondo.

Cuando estoy fuera, respiro hondo. El aire es fresco y limpio. Me afecta mucho que lo nuestro haya terminado otra vez. Pero a veces los límites son lo más sincero que nos podemos ofrecer el uno al otro.

CAPÍTULO 24

Mara

Cuando papá me preguntó por la mañana en la mesa de la cocina si podía llevar a mamá a la quimioterapia el próximo miércoles, lo dijo con tanta naturalidad como si me pidiera que comprara leche de camino a casa. Precisamente esa naturalidad me impactó, porque demostraba lo mucho que nuestra vida giraba ahora en torno a citas, análisis de sangre y náuseas. A eso se sumaba esa esperanza cansada que uno se echa sobre los hombros como una manta para no darse cuenta de lo frío que hace en realidad.

En realidad, quería volver a Nueva York. Anoche ya había hecho las maletas, probablemente en vano. Asentí sin pensarlo y, en el momento en que terminé de asentir, supe que no podía retractarme. Porque no solo había dicho «sí» a un viaje, sino a toda una serie de miércoles. Sí al olor a desinfectante. A la forma en que mamá sonríe valientemente, aunque le tiemblan las manos. A la forma en que papá finge estar solo un *poco* despistado, aunque ahora veo que no es solo despiste, sino agobio.

«Gracias», dijo, y su voz fue un poco demasiado rápida, como si temiera que pudiera cambiar de opinión.

Remuevo mi café, aunque hace tiempo que dejé de tomar azúcar, y observo cómo el líquido oscuro gira en círculos, como si pudiera leer en él lo que debo hacer. Es ridículo. Antes podía leer expedientes en los que cada palabra tenía peso, cada fecha tenía un significado. Y aquí estaba yo, sentada en mi vieja cocina, esperando encontrar un oráculo en el fondo de la taza de café.

Mamá está arriba. No está «durmiendo» en el sentido habitual, más bien... ausente. En un estado en el que aún respira, pero no está realmente presente. Papá ha dicho antes que apenas ha dormido esta noche y que luego se ha quedado sentada en el baño durante mucho tiempo, como si estuviera reteniendo allí algo que, de otro modo, se le escaparía. No le pregunté si había llorado. Porque no quiero oír la respuesta. Y porque, de todos modos, ya la sé.

El problema es que ahora sé demasiado. Sé lo poco que se puede planificar cuando entra en juego la quimioterapia. Lo rápido que todo cambia. Y sabía que mi «otra vida» era en realidad tan frágil como el cristal en cuanto volviera aquí.

Y sé que anoche estuve en el apartamento de Lena. Todavía siento esa tensión dentro de mí, ese temblor físico que debería saber a cercanía y que, en cambio, sabe a vergüenza.

Después me metí bajo las sábanas, como si la tela pudiera amortiguar los pensamientos. En algún momento me quedé dormido.

Y ahora, a la mañana siguiente, todo ha vuelto. Solo que sin la oscuridad como protección.

Papá se aclara la garganta. Cuando levanto la vista, parece que tiene algo más en mente, pero no sabe cómo decirlo. «Mara», dice finalmente, y enseguida intuyo que ahora vendrá algo que él considera práctico y que yo probablemente encontraré humillante.

«¿Eh?».

«Sería práctico que te mudaras con nosotros. Te instalarías aquí y no dependerías de un trabajo de abogada. Aquí tendrías todo lo que necesitas. Yo cocinaría para ti...».

«¡Papá!

«Sería beneficioso para todos...».

«¡Papá, no! Ya no soy un niño pequeño. Entiendo que necesitáis ayuda. Y la tendréis. Pero soy adulto y no voy a vivir aquí para siempre».

«¿Quién ha hablado de *para siempre?* Solo hasta que te hayas establecido».

Esa frase dio en el clavo, y ya no pude seguir con mis excusas. Porque en mi «otra vida» se me daba muy bien poner límites, y aquí, de repente, los límites eran un lujo.

«Buscaré una solución», digo. A mis oídos sonó como una promesa que quizá era demasiado grande.

Papá parece aliviado. Ese alivio me ablanda y me enfurece al mismo tiempo. No puedo culparlo por lo que siento. Y, sin embargo, fue su petición la que me impulsó a actuar.

Cuando más tarde sube a ver a mamá, me quedo sola sentada a la mesa. Mi mirada se posa en mi móvil. En Nueva York era mi herramienta de trabajo. Aquí lo siento como un portal a través del cual mi antigua vida podría llamarme si yo quisiera. Lo cojo y lo desbloqueo. Siento el impulso de escribirle a Lena. Pero fue lo correcto terminar con todo antes de que me desgarrara aún más.

Me quedo mirando la pantalla hasta que se apaga. Cuando está negra, me veo en ella como en un espejo. Y no veo a la fiscal soberana que era en Nueva York. Sino a una mujer que no sabe cómo ser a la vez hija, ayudante, amante adulta y niña herida.

La decisión llega como el momento en el que dejas de gritar contra el viento porque te das cuenta de que te está destrozando la garganta. Por mucho que le dé vueltas, no puedo volver a mi antiguo trabajo. Y si soy sincera conmigo misma, tampoco quiero volver. Nueva York fue una etapa importante de mi vida. Quizás vuelva allí algún día. Pero, por ahora, mi lugar está aquí.

Me levanto, cojo mi portátil, me siento de nuevo y lo abro. La pantalla brilla intensamente en la acogedora cocina. Por un momento, tengo la sensación de estar cometiendo un delito, concretamente contra mi propia biografía. Pero sigo adelante y abro una nueva ventana de correo electrónico.

Para: Jefe ADA / Dirección de la oficina
Asunto: Renuncia / Motivos personales

Mis dedos flotan sobre el teclado. En mi cabeza oigo las voces del trabajo: *No se hace algo así sin más. Estás ascendiendo. Puedes tomarte un descanso, pero ¿dimitir?*

Un descanso. Vacaciones. Excedencia. Por supuesto que había posibilidades. Vacaciones sin sueldo. Permiso. Motivos familiares. Y tal vez mi oficina incluso lo habría apoyado. Había rendido bien y había sido fiable. Pero también sé que una ausencia prolongada en una administración sobrecargada nunca es «solo un descanso». Los casos se redistribuyen. Otros llevan tu carga. Y cuando vuelves, tu puesto ya no es el mismo.

Sé que no quiero volver y fingir que no ha pasado nada, mientras que mamá quizá ya no sea la misma.

Así que escribo como solía escribir solicitudes y declaraciones. Enfermedad grave en la familia inmediata. Regreso a la ciudad natal. Decisión de dejar mi cargo, ya que tendré que estar allí de forma permanente durante los próximos meses. Traspaso ordenado. Documentación de todos los asuntos pendientes. Disponibilidad telefónica mientras sea necesario.

Hago una breve pausa. Luego añado una frase que me sorprende a mí misma: que estoy agradecida a la oficina.

Vuelvo a leerlo todo. Mi corazón late más rápido, como si estuvieran a punto de dictar sentencia. Entonces pulso «Enviar». Es un pequeño clic y, sin embargo, siento como si hubiera dado un portazo.

Cierro el portátil como si tuviera miedo de que se abriera de nuevo y me echara hacia atrás. Luego me quedo allí sentada, escuchando la casa. El suave crujir de la madera. Un lejano ruido de agua procedente del baño de arriba. El silencio, que aquí suena diferente al de mi apartamento de Nueva York.

Mi apartamento. El pensamiento llega como una segunda ola. Aún no lo he pagado. Las cuotas mensuales se deducen actualmente de mi cuenta de ahorros. Vuelvo a coger el móvil y escribo a una administración de fincas que conozco. Por ahora no quiero vender mi piso, sino alquilarlo, y necesito a alguien que se encargue de las visitas, prepare un contrato y se asegure de que todo esté en regla legalmente, sin que yo me ahogue en el papeleo.

Nada más enviar el mensaje, siento por primera vez algo parecido al alivio. Ya no estoy atrapada entre dos vidas. Por fin he elegido. Lo que me costaría esa elección era otro capítulo.

Por la tarde, cuando mamá se despierta un momento y se tumba en el sofá, me mira como si hubiera intuido que algo más importante que la próxima cita de quimioterapia había sucedido en mi interior.

«Hoy estás muy callada», dice con voz ronca. En su tono cálido hay un amor que siempre me ablanda, por muy enfadada que esté con el mundo o por muy sola que me sienta.

«Solo estoy pensando», murmuro.

«¿En Lena?», pregunta, y eso es tan típico de mamá, porque consigue ser cariñosa y embarazosa al mismo tiempo.

Siento que se me calientan las orejas y odio que, con casi treinta años, todavía pueda sonrojarme como antes. ¿Cómo sabe que Lena fue su cita el otro día?

«Mamá», digo, y solo esa palabra me hace sentir como una niña.

Ella sonríe débilmente. «Solo quiero que no estés sola. Llevas tanto tiempo haciéndolo todo sola».

Abro la boca para contradecirla y la vuelvo a cerrar porque no sé qué decir. ¿De verdad tiene que saber que Lena prefiere las relaciones sin compromiso? ¿O más bien las relaciones incógnitas, como las había descrito Lena? En realidad, no quiero que mamá piense mal de ella. Quizás no lo haría, pero no se puede descartar.

Papá entra y mamá le hace un pequeño gesto con la mano para que se acerque, como si fueran un equipo y yo fuera la que hay que rodear con cariño para que no se escape.

«Tenemos que hablar también sobre...», comienza papá, pero mamá lo interrumpe.

«Más tarde», dice, y luego, dirigiéndose a mí: «Mara, me alegro de que estés aquí. No importa lo que decidas. No importa lo que hagas. Me alegro».

No es un gran drama, ni un discurso de película ni nada por el estilo. Es solo esa frase, y me impacta tanto que tuve que bajar la mirada para que ella no viera cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

A primera hora de la tarde, suena mi móvil. Es un número de Nueva York. Mi oficina.

Salgo a la terraza, aunque hace frío, porque no quiero que mamá o papá oigan mi voz y porque no sé si voy a enfadarme o a entristecerme.

«Mara», dice mi jefa, y su voz suena seria. «He leído tu correo».

Tragué saliva. «Sí».

«Es una sorpresa».

«Lo entiendo».

Suspira. «¿Estás segura? Hay otras opciones. Ya lo hemos hablado».

Me apoyo en la barandilla, siento la madera rugosa bajo mis dedos y miro fijamente el jardín cubierto de nieve, donde todo parece tan tranquilo como si la vida nunca hubiera tenido dientes aquí.

«Estoy seguro», digo. «No puedo... ir y venir entre dos lugares. Ahora no».

«De acuerdo. Entonces hagámoslo como es debido. Entrega, informes finales. Y... ¿Mara?».

«¿Sí?».

«Si quieres volver, avísame. Te has labrado un nombre aquí. No puedo prometerte nada, pero puedo decirte que no has cerrado esta puerta de golpe. Solo la has... entreabierto».

Algo dentro de mí se libera. «Gracias», digo en voz baja.

Cuando vuelvo a entrar, huele a sopa y a ese olor a hogar que antes daba por sentado. Pienso por un momento en lo diferente que sería la vida si no hubiera creído siempre que tenía que demostrar que no pertenecía aquí.

CAPÍTULO 25

Mara

Al día siguiente me encuentro con Tom en el ayuntamiento. «Ayuntamiento» era una palabra grandilocuente para un edificio que más bien parecía un centro comunitario bien cuidado.

Está en el pasillo cuando llego, con una pila de papeles en la mano. Su rostro se ilumina.

«Mara, he oído que has vuelto a salvar una vida».

Pongo los ojos en blanco. «Le he dicho a un hombre que no irá directamente a la cárcel por no haber pagado la factura de su taller».

«Eso es más de lo que la mayoría recibe aquí», dice secamente, y luego se pone serio. «Sentémonos».

Entramos en su oficina, que huele a fotocopiadora. «Te lo diré sin rodeos», comienza. «La ciudad necesita asistencia jurídica. Y no, no me refiero a que ahora tengas que resolver de forma voluntaria todas las disputas entre vecinos. Me refiero a algo... estructural. La gente aquí tiene problemas que no puede resolver porque no sabe a quién acudir. Derecho de arrendamiento. Derecho de familia. Derecho laboral. Problemas con las aseguradoras. Y en cuanto la cosa se complica un poco, tienen que ir a la ciudad más grande más cercana para concertar citas. A veces les estafan».

Asiento lentamente, porque ya había visto todas estas carencias desde que volví, como grietas en una casa que por fuera parece bastante bonita.

«Tom», digo con cautela, «soy fiscal. Es decir, *era* fiscal. No es lo mismo que ser abogada. No puedo simplemente...».

«Lo sé», me interrumpe. «Y precisamente por eso no te quiero como "fiscal de la ciudad", como dice tu padre, sino como abogada. Tienes la licencia. Puedes trabajar en un bufete privado. Conoces la ley. Y tienes...», sonríe, «tienes la reputación de no decirle a la gente solo lo que quiere oír».

Siento cómo se me encoge el estómago. No porque no tenga razón, sino porque de repente eso podría hacerse realidad. «He dimitido», me oigo decir, y los ojos de Tom se agrandan.

«¿Tú... qué?».

«He dejado mi cargo. Por ahora me quedaré aquí».

Me miró fijamente durante un momento, como si tuviera que asegurarse de que no estaba bromeando, y luego sonrió tan ampliamente que casi resultaba indecente. «Mara, eso es...», se interrumpió, recomponiéndose visiblemente. «Es valiente. Y bueno. Y...».

«Tengo que frenarte. Hay ciertas normas éticas que debo respetar. No puedo llevar ningún caso durante al menos un año. Es importante que lo sepas».

«Pero tú quieres trabajar como abogada».

«Conservaré mi licencia y ejerceré como asesora. Pero no podré trabajar solo pro bono».

«Por supuesto. Todos tenemos que ganar dinero».

Asiento con la cabeza. «De momento, será un pequeño centro de asesoramiento».

«Si quieres abrir un bufete, necesitas un local. Y sé que no quieres alquilar una oficina antes de saber cómo va a evolucionar todo».

Levanto las cejas. «Tom...».

«Te dejaré usar la oficina municipal temporalmente», dice, como si ya lo hubiera decidido. «No la grande de delante, no te preocupes. La pequeña de atrás, que casi siempre está vacía. Puedes atender allí dos días a la semana. Tarifas bajas, escala móvil, como se suele decir. Pro bono, cuando sea necesario. Y si funciona, seguro que se encuentra una solución a largo plazo».

Lo escucho y, al mismo tiempo, oigo otra voz en mi cabeza. La voz de Lena, cuando dijo que tenía que permanecer aquí de incógnito porque la ciudad no era abierta. Cómo no quería renunciar a su independencia y cómo yo acababa de tirarla por la borda. Aquí no puedo simplemente seguir adelante, sino que primero tengo que aceptar lo que me ofrecen.

Al mismo tiempo, estoy agradecido de que me ofrezcan algo.

«Yo...», empiezo, y mi voz suena inusualmente insegura, «tengo que hablarlo con mi familia. Y tengo que organizarme...».

Tom hace un gesto con la mano. «En cuanto a la organización, lo conseguiremos. Eres abogada, sobrevivirás al papeleo».

De hecho, me da por reírme un momento, y esa risa me duele, porque últimamente se ha vuelto muy infrecuente. «De acuerdo», digo. «Lo pensaré».

En casa, se lo cuento primero a papá. Está junto a la ventana fregando los platos, aunque el lavavajillas estaba libre.

«He dimitido».

Se da la vuelta tan rápido que un chorro de agua cae al suelo.

«¿Has... qué?», pregunta, y veo cómo frunce el ceño.

«Dejo mi puesto», repito. «Me quedo aquí. Por ahora voy a trabajar como abogada. Y voy a alquilar mi piso en Nueva York para no perder completamente...». Busco la palabra. «... el suelo».

Lo bueno es que la cuota de mi hipoteca es menor que los ingresos previstos por el alquiler. En Nueva York, los alquileres han subido rápidamente en los últimos años. Eso significa que tengo un colchón mensual fiable con el que podría permitirme incluso un pequeño apartamento aquí. Pero ahora no tengo que preocuparme por eso.

Papá me mira fijamente y tarda un rato en asimilar lo que he dicho. «Tu madre...», dice, y de repente su voz se vuelve inestable, «se pondrá muy contenta».

«¿Y tú no?», le pregunto en tono burlón.

Él se ríe, se acerca a mí y me abraza. «¡Yo también, pequeña! Es maravilloso».

Cuando mamá se despierta más tarde y se lo contamos, sus manos descansan sobre la manta como dos pájaros agotados.

«¿Estás segura?», pregunta en voz baja.

Asiento con la cabeza. «Estoy lo suficientemente segura como para intentarlo».

Mamá sonrió. «Entonces hagámoslo».

En los días siguientes, mi vida se convirtió en una lista. Notas de traspaso para mi oficina. Llamadas telefónicas a la administración de la finca. Llevar documentos firmados de A a B. Trámites administrativos, porque como abogada en la práctica privada hay que mantener otras cosas en orden que en la función pública: expedientes de clientes, confidencialidad, responsabilidad civil, baremo de honorarios. Cosas que son áridas y, sin embargo, increíblemente importantes.

Tom me envió fotos de la pequeña sala de la oficina municipal: un escritorio, una estantería, dos sillas, una ventana desde la que se veía el aparcamiento. No era glamuroso, pero era un comienzo.

En medio de todo eso, entre papeles y citas, Lena era como una sombra en mi cabeza de la que no podía deshacerme. No porque quisiera pensar constantemente en aquella noche, aunque, sí, por desgracia, mi cuerpo era más sincero que mi mente, sino también porque pensaba en lo que ella había dicho: que había mantenido sus relaciones en secreto porque la ciudad no era abierta y porque tenía miedo de perder clientas.

Entiendo ese miedo a un nivel abstracto y me pregunto hasta qué punto podría afectar a mi vida profesional. Si la ciudad me reduciría y no estaría dispuesta a dejar que mi vida privada fuera privada.

A nivel personal, me enfada porque acababa de decidir cambiar toda mi vida y ella me dijo al mismo tiempo: «Pero hazlo de manera que nadie se dé cuenta».

Por la noche, mientras estoy en la cama y mamá tose suavemente en la habitación de al lado, escribo una frase en mi mente: Me he quedado, aunque me da miedo. No puedo volver a esconderme. Ni de la ciudad, ni de Lena, ni de mí misma.

Tragué saliva, me giré hacia un lado y me cubrí la cabeza con la manta. Esconderse una vez más antes de aventurarse al mundo exterior.

CAPÍTULO 26

Mara

Dos semanas después, la oficina municipal ya no me resulta extraña. No es una habitación bonita. Un escritorio que ha visto días mejores, una estantería con archivadores, un viejo papel pintado rugoso. Pero al menos tengo una silla nueva. Me la he comprado pensando en mi bufete, que pronto quiero abrir.

He amueblado la oficina lo mejor que he podido: una lámpara de escritorio de mi apartamento, un cuaderno, una foto enmarcada de mis padres de tiempos mejores, que en realidad no quería llevarme, pero que al final empaqueté.

Mi piso en Nueva York ya está vacío. He sacado todas mis cosas personales, las cajas están almacenadas en el sótano de mis padres y las llaves están en la administración de la finca. A partir de mediados de abril se alquilará. Cuando vi las cifras por primera vez, me quedé mirando la pantalla con incredulidad. Los ingresos por el alquiler, menos los gastos de la administración de la finca, serían suficientes. Más que suficientes. En realidad, no tendría que estar aquí sentada, ni tendría que escalonar las tarifas, ni mantener largas conversaciones, ni escuchar historias que a veces parecen pesas de plomo. Y, sin embargo, me alegro de estar aquí. No porque sea heroico, sino porque tiene sentido.

Cuando llaman a la puerta, no levanto la vista inmediatamente. Termino de escribir una frase, guardo el documento y dejo el bolígrafo. «Adelante».

Lena está en la puerta, apoyada con desenfado en el marco. Lleva la chaqueta vaquera y el pelo suelto otra vez. «Hola».

Asiento con la cabeza. «Hola».

Nos miramos durante un momento.

«Quería...», comienza a decir, pero luego niega ligeramente con la cabeza. «Solo quería ver cómo te iba».

Le indico la silla. «Siéntate».

Lo hace. Mira a su alrededor y sonríe brevemente. «Así que te has quedado».

«Sí», respondo. «Hablaba en serio».

Exhala. «Eso esperaba».

Me recuesto en la silla y la observo. De alguna manera, tengo la sensación de que no solo está aquí por mi nuevo trabajo.

«Si quieres, esta noche podría cocinar para nosotros», sugiere.

Cruzo los brazos. «No me interesa una relación incógnita», digo. «Soy demasiado mayor para eso». Muevo la cabeza de un lado a otro. «O demasiado joven. Depende. Sobre todo, soy sincero conmigo mismo en este aspecto».

Lena asiente lentamente. «Ya me lo imaginaba».

«No quiero esconderme», continúo. «No otra vez. Ni siquiera por ti».

Ella mira sus manos. «Lo sé. Y lo entiendo».

«Yo también te entiendo y sé que la seguridad es muy importante para ti».

Ella se ríe en voz baja. «Debería serlo también para ti. Ahora tú también tienes un negocio. La gente no viene si no está de acuerdo con algo».

«Entonces sus problemas no pueden ser tan graves. Quien no me acepte tal y como soy, que se vaya».

«Por desgracia, en mi caso no es tan sencillo».

«¿Por qué?».

Levanta la cabeza. «Bueno, sobre todo mi familia...».

«Son adultos», la interrumpo con suavidad. «Y no son tu responsabilidad».

«Es fácil decirlo», responde en voz baja. «Tú tienes una familia agradable».

Me inclino un poco hacia delante. «No vives para entretener a una familia que no te quiere. No vives para cumplir expectativas que te hacen sentir pequeña. Y no eres responsable del malestar de los demás».

Lena traga saliva. «Y si pierdo clientas...».

«Entonces perderás clientas», le digo. «Pero no te perderás a ti misma. Y eso es lo más importante».

Ella se queda callada. Se nota que está pensando.

«No quiero empezar una relación», sigo diciendo, «en la que desde el principio tenga que renunciar a algo que es importante para mí. Y tampoco quiero una relación con alguien que se pone en segundo plano para complacer a los demás».

Me mira. «¿Y si aún no estoy preparada?».

Respondo sin dudar. «Entonces aún no estás preparada. Pero», añado, «cuando empieces a defenderte... entonces podremos hablarlo. Sin juegos de escondite».

Lena respira hondo. No parece ofendida, pero sí triste. «Me alegro de que te hayas quedado aquí».

Asiento con la cabeza. «Yo también».

Se levanta. «Bueno, hasta pronto». Sonríe como si fuera un anuncio.

«Hasta pronto», respondo.

Cuando se marcha, me quedo sentada un momento y siento una chispa de esperanza. Quizás se atreva.

CAPÍTULO 27

Lena

Lena cierra la peluquería antes de lo habitual porque le han cancelado la última cita. Sin poder evitarlo, se pregunta cómo sería si eso ocurriera continuamente. La gente cancelaría sus citas en masa porque ya no querrían que Lena les atendiera. Pero, ¿ocurriría eso realmente tan a menudo?

Gira la llave en la cerradura, se detiene un momento y repasa mentalmente la lista de clientes.

El apartamento está en silencio. Ordenado, como siempre, pero hay algo diferente. Ya no solo se pregunta cómo sería si no vinieran más clientes, sino también cómo sería si Mara estuviera allí después del trabajo. Si Lena ya no estuviera sola en el apartamento. Si pudiera vivir abiertamente como quisiera.

Se sienta a la mesa de la cocina, deja el móvil delante de ella y ve que su madre la ha llamado. Sin embargo, no ha pasado ni un mes desde la última vez que la llamó. Por lo general, no llama más de una vez al mes, y siempre al final, cuando el dinero escasea.

¿Quizás esta vez sea diferente?

Respira hondo y marca el número.

«¿Lena?», pregunta su madre, como si tuviera que asegurarse de que realmente es su hija quien está al otro lado del teléfono.

«Sí», responde Lena con calma. «¿Ha pasado algo? Siempre llamas a final de mes».

Su madre se ríe. «Muy gracioso. Escucha, necesito dinero urgentemente. Se ha estropeado el lavavajillas».

¿Por qué no lava a mano? ¿De verdad espera que su hija también pague *por eso*?

«No», la interrumpe Lena. Su voz no tiembla. «Ya te he dado dinero este mes. No puedo darte más».

«¡Pero yo no tengo la culpa de que el lavavajillas se haya estropeado!».

Lena siente cómo la ira se acumula en su interior. «Entonces tendrás que arreglártelas con tu dinero. No puedes depender siempre de mí».

«¿Qué quieres decir?».

«Significa», dice Lena lentamente, «que ya no tienes que llamarme cuando quieras dinero».

Su madre respira profundamente. *«¿Cómo dices?»*.

«Me gusta estar ahí para ti», continúa Lena. «Te escucho. Te corto el pelo. Voy a verte cuando estás enferma. Pero ya no voy a financiarte».

«Eres una desagradecida», grita al otro lado del teléfono. «Después de todo lo que hemos hecho por ti...».

«No voy a escuchar más», dice Lena. «Estoy harta de ser hija solo cuando pago».

«Eres egoísta», dice su madre, ahora con voz aguda. «¿Desde cuándo eres así?».

Lena cierra los ojos. «Madura de una vez».

Otra acusación de su madre que le duele como un viejo gancho. Entonces Lena cuelga.

Después se queda sentada, esperando la sensación que esperaba: culpa por abandonar a su madre.

Pero ese sentimiento no llega. Sigue sintiéndose en lo cierto, porque no debería estar ahí para su madre. Al menos, no cuando se trata de dinero.

Se levanta, se acerca a la ventana y mira hacia la calle. La primavera se asoma lentamente. No solo se hace de día más tarde, sino que también aparecen las primeras flores tempranas. Delante de su salón crecen azafranes alrededor del árbol. El sol brilla ahora con más frecuencia y le da una sensación de esperanza. Quizás aún no sea demasiado tarde.

De incógnito, le había dicho a Mara. Piensa en la cara de Mara en ese momento. *Soy demasiado mayor para eso.*

Lena se ríe en voz baja. «Yo también, al parecer», dice en voz alta.

Piensa en sus clientas. En la señora Miller, que lleva años acudiendo y siempre habla de sus nietos. En la joven madre, que estaba nerviosa cuando vino sola por primera vez. En la señora mayor, que nunca deja propina, pero siempre pregunta si Lena está bien. Y piensa en las demás. Las que susurran. Las que levantarían las cejas. Las que quizá no volverían. *¿Es eso lo que realmente quiero?*, se pregunta.

Y entonces, casi por sorpresa, la respuesta le resulta clara: *¿Quiero conservar clientas que solo me aceptan mientras me escondo?*

La respuesta es clara.

Se pone su nuevo vestido vaquero porque ahora quiere sentirse guapa, coge la chaqueta, se calza los zapatos de tacón rojos y cierra la puerta del piso con llave. Al bajar las escaleras, se siente más ligera.

Cuando se detiene frente a la casa de Mara, se queda sentada en el coche un momento. No piensa en lo que va a decir. Solo sabe que ahora quiere estar con ella. Sale del coche, se dirige a la puerta y llama al timbre. No importa cómo salga... está harta de dividirse en dos.

CAPÍTULO 28

Mara

Abro la puerta y no puedo creer lo que ven mis ojos. Lena está delante de mí. Y está más guapa que nunca.

Apenas puedo hablar. «Estás... estás preciosa».

Ella sonríe. «¡Gracias!».

Oh, Dios, por favor, haz que esté aquí por nosotros.

Le devuelvo la sonrisa. «Esperaba volver a verte pronto», le digo en voz baja.

Lena sonríe aún más. «Espero que no te importe. Debería haberte llamado».

«No pasa nada», respondo rápidamente. «En absoluto».

En el fondo oigo voces procedentes del salón. Papá dice algo sobre las noticias y mamá se ríe brevemente.

Lena da un paso hacia mí. Me besa sin dudarlo. Aunque mis padres están muy cerca, no vacila. El beso es firme y apasionado. Siento la determinación de Lena más que sus labios.

Cuando nos separamos, se queda muy cerca de mí. «Estoy harta», dice en voz baja. «De esconderme. De hacerme más pequeña de lo que soy».

Sonrío.

«Hoy he dicho cosas que debería haber dicho hace años», continúa. «A mi madre. A mí misma». Respira hondo. «Por fin quiero ser quien soy. Y vivir como quiero... y quiero hacerlo... contigo».

Siento cómo se me hace un nudo en la garganta.

«Y todos los que no quieran aceptarlo», dice con calma, «no tienen cabida en mi vida. Ya no».

«No puedo prometerte que vaya a ser fácil».

Lena asiente. «No te lo pido».

«Bien», digo en voz baja, sin poder creer mi suerte. Llevo años soñando con esta mujer, incluso en la época en la que quería odiarla. Y ahora está aquí, en la casa de mis padres.

Vuelven a oírse voces en el salón. Se mueve una silla, seguida de unos pasos. Echo un vistazo rápido hacia atrás y luego vuelvo a mirar a Lena.

«¿Quieres entrar?», le pregunto.

Lena sonríe. «Sí».

Me aparto y la dejo entrar.

Al pasar a mi lado, su mano roza mi brazo. Este pequeño gesto se siente como una promesa.

En el salón, las voces se callan brevemente cuando entramos. Mamá levanta la vista y nos mira a las dos. Luego sonríe. «Me alegro de verte», le dice a Lena.

Lena asiente. «Me alegro de estar aquí».

«¿Necesitamos el vino ahora?», pregunta papá mientras saca las copas.

«Parece que sí», murmura mamá y se pone en marcha. «Espero que nos quede una botella de Chianti».

Lena se encoge de hombros riendo y parece realmente feliz. Me siento a su lado y le cojo la mano.

«Nunca he cogido a nadie de la mano», confiesa Lena.

«Creo que hay muchas cosas buenas que aún no has hecho».

Lena asiente con la cabeza.

«Entonces es hora de que por fin empecemos nuestra nueva vida». La beso y Lena no deja lugar a dudas de que no le importa quién lo vea.